

ELENA MARTIN

RETELLING CUPID STORY



CORAZONES
FLECHADOS

Corazones Flechados

Retelling Cupid Story

Elena Martin

Like My Web



Derechos de autor © 2023 Elena Martin

Copyright © 2023 Elena Martin Todos los derechos reservados Copyright © Elena Martin. Todos los derechos reservados. Aviso legal: reservado todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Titulo original (español): Corazones Flechados

Subtitulo: Retelling Cupid Story

Publicación original: España

Autora: Elena Martin © 2023 Elena Martin

Portada: Like My Book

Obra registrada en Safe Creative : 2310155592755

Primeira Edición: octubre 2023

Diseño de la portada de: Like My Book

*A Héctor y a todos aquellos cuyos corazones han sido heridos, al igual que el mío, y a quienes, pese a todo, nunca han dejado de creer en el amor hasta el final: que este libro les brinde inspiración, les arranque sonrisas y les recuerde la belleza de reírse incluso en medio del dolor.
Haz del día de San Valentín todos los días.*

Esta es la historia de cupido contada desde lo que podría ser la verdadera versión...



Prológo

«Querido Cupido: ¿Te has enterado? Este año no estás solo en el negocio. ¿Te sorprende?»

Con ese mensaje me desperté una mañana. Me conocen como Cupido, pero la verdad es que me han puesto mil nombres a lo largo de los años. La primera vez que un crío te suelta un "señor Cupido", sientes cómo el peso de los años te cae encima. Pero cuando te nombran como "señora Cupido"... ahí sabes que estás navegando en las aguas del feminismo. Y oye, ¡bienvenido sea!

A lo largo del tiempo, he sido bautizado de mil maneras: «cupido, lanza flechazos, angelito con arco, Valentín, incluso demonio... ¡sí, demonio! Y otras cosas más coloridas y menos agradables como gilipollas, murciélago y grinch». Ah, grinch, es tan grinch que te llamen grinch.

La etiqueta más reciente de las generaciones "Millennials y Z" es: "San Valentín, el del amor y el consumismo". Este último, la palabra que ha perseguido mi reputación durante tanto tiempo. No me malinterpreten, no me opongo a ser llamado "El Rey de los Regalos Amorosos". Puedo ser el empresario del amor, mi marca puede representar el lado comercial del cariño, pero, a veces, siento que la gente no comprende realmente lo que hago. ¿Consumismo o tradición? Como dirían los antiguos: quid iuris quid ius. Así que, ¿cómo sabes que te encuentras en el panorama de "San Valentín es un puto negocio"? Cuando los más jóvenes te miran con desconcierto. Y no llegas a los nacidos después del euro.

Hablamos mucho sobre el Día de San Valentín, ya sea para celebrarlo o para renegar de él como el Grinch de los corazones. Pero pocos conocen su verdadero origen. San Valentín es el día de las rosas, chocolates y todo bañado en rojo pasión. La gente asocia mi nombre con ese tal Valentín, ese que por alguna razón terminó en las garras del emperador Claudio II allá por el 270.

Pero... ¡sorpresa! Yo no soy ese tipo. Soy Eros, el Dios del amor, hijo de Venus (o Afrodita, como prefieran) y de Marte (sí, el todopoderoso Zeus). Soy el auténtico, el original. Yo merezco mi propia serie en Netflix o HBO titulada "Cupido: Los Originales", no esos vampiros inventados. Los únicos vampiros que conozco son los que venden tarjetas con mi cara y los anuncios de perfumes en la tele.

Respiro. A duras penas. Y prosigo.

Además, ¿quién fue el genio que decidió representarme como un bebé regordete con alas? Cuando la gente piensa en Cupido, seguro que imaginan a un infante volador blandiendo un arco y flechas con puntas en forma de corazón. ¡Venga ya! Esa imagen me pone de los nervios. No es un niño con alitas jugando con sentimientos. ¡No funciona así! ¡Por la Virgen del Amor Hermoso! (Otra que está en el mismo negocio, por cierto).

Mucho antes de que esta imagen cursi se adueñara de mi representación, yo era (y sigo siendo) un joven apuesto, con un cuerpo de ensueño, fruto de mucho esfuerzo y, sí, con una cara guapísima. Quizá lo de los rizos dorados sea cierto, y en verdad, creo que combinan bastante bien con mis ojos azules celeste.

Llevo conmigo mi arco y dos flechas: una dorada con plumas de paloma y otra de plomo con plumas de búho. La primera inspira amor, la segunda, odio e indiferencia. Y por favor, olvidad la idea de que voy por ahí con una hoja de parra dorada. ¡Vamos! Me visto como cualquier otro, siguiendo las tendencias actuales. Ya se sabe, «Cum Romae fueritis, Romano

vivite more» - Cuando estés en Roma, actúa como un romano. Y yo, siendo del siglo XXI, actúo y visto como alguien de este siglo. Siempre he seguido el refrán: «Donde fueres, haz lo que vieres».

Pero hablar de normalidad es arriesgado. Etiquetar lo que es "normal" nos atrapa en cajas que no definen completamente quiénes somos. A mí me gusta destacar. A menudo, marco tendencia con lo «diferente». Dicho esto, no confiaría en un adulto que aún usa pañales. ¿Tú sí? Yo prefiero seguir mi propio estilo vanguardista, al tanto de las últimas modas. Siempre aconsejo: Mírate al espejo, valora lo que ves. No te pierdas en la vanidad, como mi primo Narciso, sino reconoce tu valía. El amor propio no proviene de mis flechas. Eso, querido lector, viene de dentro.

Dicho esto, ¡cuánto me ha salido el filósofo! Sigamos.

El verdadero problema aquí es la competencia. Justo cuando se acerca la fecha en la que trabajo más, incluso más que Papá Noel y los Reyes Magos juntos, recibo este sorprendente mensaje. Y, por supuesto, ya me imagino qué viene: mi ex, fastidiando como siempre. ¿No os lo había mencionado? Bueno...

La historia tiene mil versiones, y ahora os cuento la mía, la verdadera y sin censura. Según los rumores, me enamoré de Psique, una princesa que aparte de ser guapísima, tenía a todos los chicos a sus pies... menos a un novio. Resulta que a mi madre, la diosa Venus, no le hacía gracia que una simple mortal acaparase tantos piropos. Así que, me mandó con la misión de hacer que Psique se enamorara del chico más feo del barrio. Pero ¡zas!, me disparé con mi propia flecha. Me quedé pillado, ¡de cabeza por ella! Y sí, ahí descubrí que no solo era un adolescente con hormonas alborotadas, sino que además tenía corazón.

Mi madre, al enterarse, casi le da un parraque. Y yo, intentando ser discreto, me veía con Psique en plan ninja, en la oscuridad, para que nadie chismorreara. Y bueno, digamos que no solo hablábamos. Por eso dicen que Cupido va con los ojos vendados, porque el amor no es solo lo que ves. Aunque yo, con mis manos, exploraba terrenos desconocidos, todo hay que decirlo.

Una noche, todo se fue al garete. Yo, durmiendo como un bebé, y va Psique, enciende una vela para echarme un ojo. ¡Pero qué necesidad! ¿Es que no sabe que la belleza natural no se ilumina? Y la patosa va y me tira cera caliente en la cara. ¡Vaya despertador! Yo, más que decepcionado, salí de ahí con un cabreo de tres pares y con la cara como un tomate, pero no precisamente por la vergüenza. Así que dejé a la chica. Al menos eso es lo que se rumorea. Pero espera, que la historia continúa y te vas a partir de risa... ¡En plan película de terror! Psique, destrozada, fue en busca de ayuda. Pero todos sabían que meterse con mi madre era buscar problemas. Hasta que, valiente ella, se enfrentó a Venus. Mi madre, en plan villana de telenovela, la puso a prueba con retos dignos de un programa de televisión.

Imagínate a Psique vagando como alma en pena, pasando de templo en templo, rogando ayuda a cada diosito que se cruzaba en su camino. Pero todos, eh, todos, sabían que mi madre tenía a Psique en su lista negra. Vamos, era como invitar a Voldemort a una fiesta de Harry Potter, un no rotundo. Total, que Psique termina plantándose delante de la mismísima suegris del terror. Y la mami, poniendo cara de "Te lo dije", la lanza al circo romano particular que formaban mis dos hermanitas, Preocupación y Tristeza. No contentas con humillarla, le dan un estilismo al desnudo, ¡y encima le recriminan por traer al mundo a un pequeñín fuera del matrimonio oficial! ¡Qué drama! ¡Qué telenovela! De esto hablamos más adelante.

Luego, la suegris, en plan "A ver si puedes con esto", le lanza un mix de cereales y le dice: "Separa esto antes de que vuelva de mi fiestón". Pero la naturaleza siempre apoya a las

desafortunadas. ¡Toma hormigas al rescate! Y cuando la mami vuelve y ve que Psique ha acabado el trabajito, ¡puf!, estaba que echaba chispas.

«No me vencerás», pensaba la mamá, y le lanza la misión del videojuego: conseguir pulgas doradas de ovejas con muy mala leche que estaban de picnic al otro lado del río. Justo cuando Psique pensaba que era su final, ¡plim! aparece el dios del río dándole el truco del siglo.

Y para rematar, la última prueba: "Ve y tráeme agua de los ríos más peligrosos del mundo, rodeados de dragones y sin GPS". ¡Dragones! Cuando todo parecía perdido y los dragones se preparaban para el asado, un águila a lo Superman viene al rescate. Resulta que era un encargo especial de Júpiter para que Psique tuviera una oportunidad de volver a verme.

Para la prueba final, la suegra le soltó un "ve al infierno y tráeme la belleza de Proserpina". De camino, la torre parlante le chismeaba: "Oye, no te dejes líar por las figuras tétricas que encontrarás por ahí". Le advirtieron de un tío flotando en el río que separaba el más allá y el aquí y ahora, y de una vieja que tejía como si no hubiera mañana. Psique, ni caso. Al perro infernal de tres cabezas le pasó un pastelito para que la dejara tranqui y guardó un par de monedas para el Uber fluvial de regreso. Y todo esto cuando Ulises todavía mamaba.

Al final, Psique encuentra a Proserpina, que le suelta una charla sobre lo mal que lo pasaba allí abajo, le da la cajita con lo que, supuestamente, era su belleza, y le dice: "¡Ojo, no lo abras!". Pero la curiosidad mató al gato, y Psique la lió parda al abrirla y quedarse sobada en el acto.

Mientras tanto, yo ya me había curado del 'pequeño' accidente de la vela (gracias por nada, Psique) y salí pitando a buscarla. La encuentro de siestón en la entrada del inframundo, le quito el sueño de encima y lo meto en la caja. Volvemos con mi madre, que mira a Psique y piensa: "Esta chavala tiene agallas, se lo curra". Yo, flipando en colores con todo el teatro.

Y sobre la boda, pues sí, nos casamos, y fue la movida más grande del milenio. Pero paren las rotativas. Lo que dicen por ahí, nanai. Aquí os suelto la posta.

El asunto es que, a veces, la vida se convierte en una película de drama barato. Todos buscamos un poco de emoción y ternura, pero también queremos un poco de paz y amor. Yo, haciendo de Cupido por ahí, echaba el ojo, pero era mi chamba. ¡Eso ella no lo pilló! ¿Toxicidad? Esa palabra moderna que todos usan. En nuestro tiempo no existía, pero ¡vaya si nos zambullíamos en ella como si fuera una piscina de verano!

Vamos a ver, que la movida se puso más interesante que una peli de Hollywood de esas con palomitas XXL y refresco a juego. Siempre la misma historia: por un lado, ahí estamos, como buenos primates o estrellas fugaces o lo que demonios seamos, con ganas de fiesta y lío. Pero ¡anda que no! También queremos que todo esté más estable que una tosta con tomate en desayuno de domingo. ¡Menuda contradicción llevamos dentro! Esto es como la ley del embudo: mola mazo ser el guaperas de la peli, pero, ojo, que la pareja no se desvíe ni un milímetro. Total, que la muy pillo de mi ex, con su cara de no haber roto un plato, ¡me pone los cuernos! Con arco, con flechas y con todo. ¿Eso de los cuernos no sale en las postales de San Valentín? Claro, se me olvidaba.

¿Y la guinda? Que la muy lista era celosilla. Y tanto que un día, por no mirarla cinco minutos, me achicharra la cara con una vela. ¡Madre mía, qué numerito montó!

Pero, claro, tener un lío está de lujo mientras nadie te pilla. El marrón llega cuando te descubren con el carrito del helado. En mi caso, la pillé, pero no con las manos en la masa. ¡Qué va! ¡Con mi hermano Hímero! Y para colmo, el mundo piensa que somos la misma persona. Mi jodido hermano gemelo, que entre que es bipolar y que tiene más personalidades que una serie, ¡resulta que ella va y se lo lleva al catre!

Luego venía con quejas de que si miraba a otras. ¡Claro que sí, guapi! Con lo que mola

repartir flechazos por ahí. Pero ella no pillaba el rollo. Total, que cortamos porque la señorita decidió ponerme una cornamenta. Y esa es la movida real.

Venga ya, que la chica esta, sí, se sacó del bolsillo una glándula sexual extra que la peña llama poder. Pero, ojo, que para la lista de engaños que ha ido sumando, no es que fuera precisamente una máquina en la cama, eh. Y cuando me echó el lazo, era más mojigata que las abuelas del bingo un domingo por la tarde. Así que dejad de pensar que le di segundas oportunidades; que sí, la chica era lista, pero tampoco para tanto. Hay quien dice que sí, que volvimos y tal. Pero, a ver, que nos llevamos como el perro y el gato, o peor.

Y, claro, para no quedarse atrás y seguir dándome la chapa, la señorita encontró la forma de me tocar los cojones, que es lo único que puede tocar, porque lo demás ya no. Ahora que va llegando San Valentín y tengo curro por un tubo intentando emparejar a la peña, ahí está ella, mi exnovia o, como la llamo yo, futuraexmujer (que la tía no quiere firmar los papeles porque está de lujo viviendo a costa mía), Psique, que debería llamarse Psicop***, poniéndome palos en las ruedas. Entre reuniones y debates, parece que este año lo voy a tener crudo. Solo espero no liarla parda otra vez. O meter la pata. Según se mire.

En algún lugar entre el paraíso y el inframundo

Eros, el Cupido

El amor, caros lectores, es como el Red Bull para el alma; te da alas. Y a ver, no me pongas esa cara de sorpresa. Nos flipan las historias románticas, sobre todo porque nos recuerdan esas mariposillas que sentimos en el estómago cuando conocemos a alguien especial y nos entran ganas de hacer el gilipollas enamorado.

Además, las pelis están muy bien, ¿eh? Pero nos han vendido la moto con eso de las declaraciones de amor. Las de verdad, las que te llegan, no son esas que te tiras un discursazo digno de un Oscar. No, mi gente. Están en esas cosas que haces sin pensar, las que salen solas, en el día a día. Vamos, que si estás esperando que alguien se te plante delante con un boombox como en las películas de los 80, lo llevas claro.

Así que ahí estaba yo, frente a mi tablón de corcho, echando un vistazo a las movidas amorosas de otros años que, no es por fardar, pero salieron de mi cabecita. Buscando inspiración para lo que se me venía este año. Y claro, cómo no, tenía a la pesada de Psique respirándome en la nuca. Aún no sabía cuál sería mi misión este año, pero mientras, me pegaba el trip nostálgico recordando esos rollitos amorosos pasados.

MARTA Y RUBÉN:

«Vivo con mi churri. Tenemos un portátil y nos pasamos un mes en modo telenovela discutiendo qué imagen poner de fondo. Primero, él se empeñaba en poner tanques de esos que parecen sacados del Call of Duty, y yo, pues metía fotos de conejitos que parecían sacados de un cuento. Hasta que un colega mío, un día de estos que se pasó por casa, abrió el ordenador y ¡zas! ¡me soltó un coscorrón en toda la cabeza! Y claro, al ver mi cara de WTF, me dice: "¿Pero no ves lo que hay en el tanque, tía?" Me acerco y... ¡un anillazo metido en el cañón del tanque! ¡Un mes con esa foto y yo sin enterarme de nada! Y él notas de mi novio, desde la cocina, gritando: "¿Te vienes conmigo al altar o qué?" Gracias Cupido por ser tan crack.»

Y es que, mi gente, estas son las notitas que me llegan. Casi me echo la lagrimilla, que sí, suena a flipado total, nivel primo mío, pero es que no puedo evitar emocionarme. Es que soy la hostia. Venga, os enseño unas más que esto me mola.

EDUARDA:

«Mis abuelos se tiraron 80 años juntos, que ya es decir. Desde que eran unos mocosos de 15 años, ahí estaban, mano con mano. Entre guerras, cojeras de mi abuelo y la sordera de mi abuela, aún tenían tiempo para echarle narices a la vida. Han pasado penurias, hambre y hasta se enfrentaron a unos gangsters que tenían malas pulgas. Pero a pesar de todo, criaron a seis criaturas, viajaron y hasta volvieron a su pueblecito junto al mar. La abuela le ganó la partida al cáncer dos veces y el abuelo se rio en la cara de un infarto. Y ahí estaba él, llevándole flores a la abuela cada día, como un Romeo con arrugas. Se nos fueron a los 95 años, con un solo día entre ellos. Si esta no es una historia de peli romántica, no sé qué es. Gracias, Cupido, por estas movidas.»

MARÍ:

«Mi costillo se llama Marcos. Curra en una de esas empresas tochas y algunas veces llega a casa con una mala leche que pa' qué. Cuando se mete en la cama, le suelto historias que me invento sobre "El Increíble Mark", un tío chachi que se dedica a poner en su sitio a los malos. Pero ojo, que cuando la lía, le cuento las historias de "Marcos el bobo". Y así, entre coñas, hacemos más llevadero el día a día y la rutina de pareja. Gracias, Cupido, por este pedazo de hombre.»

SERGIO:

«Cuando mi padre rozaba los 35, le tocó pasar por quirófano para un tema del corazón, nada de asunto leve. Mientras estaba en el hospital, mi madre se apostó a su lado, y durmió con él en esa camita de hospital que parece hecha para duendes. Justo cinco días después de operarse mi padre, era el cumple de mi madre. El pobre estaba hecho polvo, no podía ni caminar del dolor, y las cicatrices parecían un mapa de carreteras. Pero en la mañana de su cumple, mi madre se despierta y ¡zas!, mi padre no estaba. Se lanzó a buscarle como una loca por el hospital y ¿sabes dónde estaba el muy cabezón? Con un ramo de flores gigante, tarta, chocolates, arrastrándose con cara de haber pasado por una batalla pero sonriendo como un tonto enamorado. Gracias, Cupido, por la movida de amor de mis padres.»

JULIA Y BRUNO:

«Yo con mis 19 primaveras y él con 24. Fue mi primer churri. Llevábamos ya casi dos años juntos cuando, después de nuestra primera noche, va el tío y me suelta: «No quiero estar más contigo». Yo, hundida, llorando como una magdalena. Pero el muy pillo saca un anillo de debajo de la almohada y dice: «No sólo quiero estar contigo. Quiero que seas sólo mía». Cinco años más tarde, le cuento que hay alguien nuevo en mi vida que amo más que a nada. El tío se queda blanco como la leche, y sólo atina a decir: «¿Quién?». Y yo: «Nuestro bebé, todavía no sé si es niño o niña». Esa fue mi revancha dulzona. Gracias, Cupido, por el amor de un hijo.»

FERNANDA Y RODRIGO:

«Ya llevamos tres años mi chico y yo compartiendo piso. No es que sea el tipo más mimoso del mundo, precisamente. Un día, mientras preparaba la comida, me fijo por la ventana y veo escrito en el suelo: «Fernanda, te quiero» y, alrededor, un montón de flores. Pensé, "¡qué suerte tiene esa Fernanda!", pero luego caí: ¡yo también soy Fernanda! ¿Sería para mí? Justo entonces, me llega un mensaje de Rodrigo: «Hazme algo rico para comer, ¿vale? Se me antojó decorar el suelo un poco». Un troglodita, pero con sus detalles. Gracias, Cupido, por recordarme que el amor mola.»

Podría pasarme horas y horas repasando las tarjetitas de mis «clientes», pero el tiempo apremia y hay que ponerse en marcha para cocinar una nueva historia de amor. Y justo en ese momento, como alma que lleva el diablo, irrumpió en mi despacho ese cachondo que decía ser mi secretario adjunto.

— ¡Jefe, jefe! ¡La tengo, la tengo, la tengo! —balbuceó, todo nervioso.

Por si no fuera poco con el estrés, el pobre Anatolio tiene síndrome de Tourette, un trastorno que le hace tener movimientos y sonidos involuntarios que, en ocasiones, me hacen dudar entre si sentir lástima o un poco de cabreo.

— ¿Qué ocurre, Anatolio?

Desde que la Catedral de Notre Dame tuvo ese desgraciado incendio en 2019, el primo del famoso jorobado se quedó sin trabajo. No me quedó otra que ficharlo, reemplazando a mi

antiguo y ya jubilado asistente.

— ¡La asignación, joder, mierda, coño!

El síndrome de Tourette es de esos trastornos que, por culpa de la tele y el cine, parecen más comunes de lo que realmente son. Apenas afecta al 1-2% de la población. Pero claro, que un personaje suelte tacos a diestro y siniestro en una peli o serie tiene su punto cómico, y por eso nos suena tanto.

Eso sí, no penséis que todos los que tienen síndrome de Gilles de la Tourette van soltando palabrotas por doquier. Nada más lejos de la realidad. Solo un pequeño porcentaje padece lo que en términos médicos se llama coprolalia. Y no, coprolalia no es una palabrota en sí, aunque literalmente signifique "hablar mierda". Es un fenómeno curioso, porque puedes soltar las barbaridades más grandes pero, si las camuflas con jerga médica, hasta suenan cultas. En resumen, la coprolalia es cuando, de repente y sin poder evitarlo, te salen palabrotas y otros improperios. Es un tipo de tic vocal, igual que hay gente que, sin querer, tiene tics en los ojos o en una ceja.

Por supuesto, a mí me tenía que tocar un ayudante con esta particularidad. Sin embargo, he aprendido a no dar importancia a los tacos que se puedan decir por el trastorno. Es fundamental entender que quien realmente sufre es la persona con Tourette. Muchos pueden acabar sintiéndose socialmente aislados, ya sea porque la gente decide evitarles o porque ellos mismos optan por recluirse. Lo más acertado es no darles mayor importancia a los insultos; después de todo, la ofensa en un impropio radica en su intención, no en su contenido. Y un individuo con síndrome de Tourette no tiene intención de ofender a menos que realmente tengan un motivo para ello. Aunque he de confesar que en ocasiones me encantaría responderle en su mismo tono.

—Pásame la carta, por favor —le pedí, extendiendo mi mano.

—La carta, la carta, la carta... —Repetía. Lo miré fijamente y supe que debía calmarse. Finalmente, tras un incómodo silencio, bajó la vista y comenzó a jugar nerviosamente con sus manos.

Pocos comprendemos realmente el profundo impacto que el sonido tiene en nuestras vidas. No solo me refiero a la música. A diferencia de nuestros ojos, los oídos no poseen un mecanismo inmediato para bloquear los ruidos. Estamos constantemente expuestos al bullicio del mundo, dependiendo únicamente del cerebro para filtrar lo relevante del resto de los sonidos que nos bombardean día y noche.

El ruido de las acciones humanas sobre el planeta es una cacofonía que, sinceramente, no estaba dispuesto a soportar en ese momento. Requería de todo el silencio posible para concentrarme en la carta. Sin embargo, tras leerla, creo que solté más improperios que mi propio asistente.

—¡Por Dios, no puede ser posible! ¡Maldición! Me cago en todos sus muertos, la madre que lo parió... joder... tengo ganas de matarme.

Por primera vez, vi a Anatolio sentirse, irónicamente, como la persona más normal de la sala. Me alegré por él, aunque estaba furioso por lo que acababa de descubrir.

—Señor... usted es inmortal, ¿recuerda?

—¡Esa desgraciada! ¿Cómo se atrevió? Y mi padre... ¿en serio?

—¿Qué sucede, señor? Joder... maldita sea... puta....mierda....zorra.

—¿Desde cuándo las inocentes se convierten en maestras del arte de la seducción?

—¿Se refiere a su ex, Psique? La última vez que supe de ella, conversaba con ese... desagradable individuo... hablaba con el cerdo... cerdo... de su padre.

—¿Su padre? —pregunté, confundido.

Según la historia que conocía, plasmada por Apuleyo en su Metamorfosis (El asno de oro): Psique no tenía padre.

—No, SU padre...

—¿Acabas de referirte a mi padre como un cerdo? —inquirí, elevando una ceja—. ¿Te refieres al Todopoderoso?

Anatolio emitió un sonido que parecía un sollozo y retrocedió varios pasos. Yo no pude evitar reír. El pobre alzó sus ojos, claramente asustado.

—Ah, claro, cómo no. ¿Por casualidad tu “propósito del amor” te llevó a hablar con mi padre? —repliqué con un tono evidentemente sarcástico.

—Ay, mi querido ayudante... 'Cerdo' es una palabra demasiado suave para lo que realmente quiero llamarle en este momento. Por favor, tráeme mi agenda. Necesito hablar con esa obstinada Psique y convencerla. Estoy seguro de que no podrá resistirse a mis encantos.

Oí una risita burlona de Anatolio detrás de mí.

—¿Qué pasa? ¿Crees que he perdido mi toque? ¿Quieres volver al paro? ¿Quizás regresar a esa iglesia en ruinas y chamusquina? ¡Muévete! —le ordené, y él se apresuró a buscar mi agenda.

«Superación», una palabra tan grandilocuente que proviene del latín superatio, y que básicamente significa «acción y efecto de sobrepasar». Y sí, eso es exactamente lo que tenía en mente: superar y liberarme para trabajar en paz, sin esa insistentemente entrometida rondando en mi sombra. En teoría, suena fácil, pero la vida tiene esa divertida manera de ponernos a prueba cuando menos lo esperamos. A veces, la tarea es pan comido; otras, es como escalar el Everest con chancas. Y no siempre apreciamos la montaña que hemos subido hasta que miramos desde la cima.

Cuando Anatolio, finalmente, hizo acto de presencia con mi agenda, busqué rápidamente el número de esa mujer y marqué. Tres tonos. Parece que aún disfruta del juego del hard-to-get.

—Hola, soy Psyche Love, deje su mensaje después de la señal. Pi. Pi. Pi... —imitó un sonido igual a una línea ocupada.

—Oh, por favor, Psyche. No juegues a las escondidas. ¿Y ese nombre? ¿Psyche Love? ¿Me he equivocado y he llamado a un burdel o algo así? No me extrañaría en lo más mínimo.

—No seas melodramático. Es solo un seudónimo para el trabajo. Creí que iba acorde a mi misión: el amor.

—¿Qué propósito ni qué ocho cuartos, nena? ¿Te has fumado algo o qué? ¿Desde cuándo te crees capaz de competir conmigo? Eres la oveja negra del amor, vaya que sí... Eres una...

—¡Chisss! ¡Chisss! ¡Chisss! —interrumpió con ese intento de silenciarme, pero vamos, solo logró encender más mi mecha—. Anda, no te vayas por las ramas —Claro, cómo no pensarlo antes: me encantaría ponerte esa rama en cierto lugar, pero me mordí la lengua y no lo solté—. No es que te de miedo perder poder sobre mí, es que te aterra no mandar en los demás.

—A ver, «Pscópata» —Si íbamos a jugar al juego de los apodos, ahí iba mi contribución—. El poder no se impone, se gana. Y de eso tú no tienes ni pajolera idea. ¿En qué agujero sin fondo has caído para creer que puedes reemplazarme?

—Vamos, que no es pensar. Es que ya estoy en ello y con el visto bueno de tu jefazo, o sea, tu padre.

No pude evitar una carcajada estruendosa.

—Ay, por favor... ¿Ahora qué? ¿Vas a ser la "Cupido" del siglo? ¡Vaya numerito te estás marcando!

—Tu padre cree que un poquito de competencia no te vendría mal, para bajarte de esa nube

en la que vives. Me soltó algo así como: "Es vital que el amor siga su curso y hasta que se expanda. Mi chaval, desde hace un rato, está subido al carro de la fama, con el ego por las nubes. Ojalá se baje del trono un ratito y se ponga las pilas".

—Mi padre no ha soltado semejante tontería... —me defendí, algo picado.

Y ahí estaba Anatolio, con cara de "lo siento, jefe", asintiendo con la cabeza. Ay, madre... Tendría que hablar con el viejo, pero ya sería después. ¿Qué se cree este? ¿Ponme en evidencia? ¿Así, sin más?

—Si nos ceñimos al plan de tu padre y firmamos una tregua, podríamos colaborar. Tú y yo, codo a codo, como en los viejos tiempos.

¡Ay! Por Dios, casi me da algo. De verdad que, si hubiera podido, le disparaba con una flecha de plomo y la petrificaba ahí mismo. Quizá inventaría una nueva especie... no sé... ¡zombis, por decir algo! Con tal de no verla ni en pintura.

—Oye, a ver si te cae el veinte de una vez. No pienso colaborar contigo en este lío. —Ya me estaba subiendo la bilirrubina.

—No te sulfures, querido —Iba a darle su merecido, te lo juro—, porque ya me aseguré de que esos dos vivan felices y coman perdices.

¿Qué se cree esta? Tengo mi chuleta bien hecha y no necesito que la señorita sabelotodo me deje en la estacada. Si quiere guerra, que se prepare.

Es esa época, ¿verdad? Hacer recuentos, listas, balancear números. Vamos, el colmo de la tristeza. Los líos que había, los que hay y los que han ido apareciendo, como ella. Me vendría de perlas solucionar aunque sea uno, para variar. Pero no, mi padre debía tener un cortocircuito cerebral.

—Vete a freír espárragos.

—Ay, Cupidorro —¿«Cupidorro»? ¿Qué demonios es eso? ¿Cupido en esteroides o qué? No sé, pero me sacó de quicio—, Deberíamos abrir puertas para todos, ¿no? Hacer de esto un espacio democrático y evitar más dramas. Oye, Cupido estrella, ¿te has esfumado? ¿Acaso el spotlight te ha quemado un poco? ¿La presión te puede o qué?

—¿Sabes dónde puede meter tú tu democracia? Donde usualmente se la meten a uno. Y por lo que veo, tienes espacio de sobra.

Directo colgué el teléfono.

—¡¿Perooooo?! —Anatolio estaba con los ojos como platos.

Me recordaba a esos monos con ojos descomunales. Pobre, cuando me ve así no sabe si reír, llorar o salir por patas. Me acomodé mi gloriosa melena que, terca, caía sobre mi frente, y me dediqué a un respiro profundo. Vaya lío en el que me encontraba, y todo por culpa de esa mosca cojonera. Me sentí como en un maremoto emocional, con el sabor amargo de la furia. Alcé la vista y, al cruzar miradas con Anatolio, pude ver ese brillo malicioso en sus ojos.

—Mi señor... ¿ya cocinas algo en esa cabecita, verdad? ¿Verdad? Dime que sí... síííí...

Esa mirada picacona, a la que ya me estoy volviendo adicto, aviva mi espíritu, y dibujé una sonrisa de esas que asustarían al mismísimo demonio. Si la señorita se cree que puede arruinarme el negocio, que siga soñando.

—Eso es, jefe —asintió vehementemente con la cabeza.

—Sí, Anatolio, me siento inquebrantable, especialmente frente a esa traicionera.

—¡Desvergonzada! ¡Sinvergüenza! Guarra. Zorra —Evito entrar en su juego.

—El colmo. Que empiece a preparar los papeles del divorcio, esa furcia.

—Aunque, ¿no te parece audaz? Valiente...

Le dediqué una mirada tan penetrante que de inmediato se enderezó, como si fuese a recibir

un castigo. Y bien que podía recibirlo.

—Voy a devolverle la jugada. ¿Cómo se atreve? A traicionarme así.

—Te sientes herido, lo veo. Despechado —De nuevo lo miré fijamente y casi puedo ver cómo se encogía. Juraría que su joroba se ha agrandado.

—¡Dios, nunca me he sentido tan avergonzado! —exclamé, cayendo en el sofá—. Esto es una auténtica pesadilla.

—Pesadilla, sí, esa arpía, esa arpía.

Cogí la carta y la repasé nuevamente. Esto tenía solución. ¿¿Cómo pude ser tan ingenuo?!, me reprochá. ¿Caer ante una mujer como ella? ¿No se dice que fui criado por bestias del bosque? ¿Qué tengo el poder de evocar el amor o el olvido? ¿Pasión u odio? Nadie podía resistir el poder de mis flechas. Psique obtuvo el don de la inmortalidad para que pudiéramos ser iguales en matrimonio. Tras una noche de locura, nació nuestra hija Voluptas (que significa placer).

Y será precisamente a ella a quien le delegue este San Valentín. Sí, este año, Voluptas o Hedoné llevará mis flechas. Si no, podría pensar en quitarle la generosa asignación y el lujoso estilo de vida que lleva, entre fiestas y redes sociales.

Revisé mis metas y mis deberes. La misión de este año parece un chiste: el cliché más viejo del libro, tan viejo que podría ser mi propia historia. Y los protagonistas tienen unos nombres que, ¡por Dios!, son la guinda del pastel. No, espera. No me refiero a Dios. No me hablaré con él en un buen rato. Con algo de fortuna, el mismo 14 de febrero todo estaría listo. No había un minuto que perder.

ASIGNACIÓN DE MISIÓN PARA CUPIDO

FECHA LÍMITE: 14 de febrero del año en curso

DURACIÓN: Un mes

OBJETIVOS:

Valentina Ballesta (Alias: Val)

Edad: 29 años

Profesión: directora de Marketing

Ubicación: Madrid, España

Aquileo Carrasco (Alias: Leo)

Edad: 33 años

Profesión: Diseñador Gráfico Senior

Ubicación: Madrid, España

SITUACIÓN:

La atracción entre dos personas es un fenómeno palpable. En Val y Leo, esta química es innegable, con cada fibra de su ser resonando en sintonía con la del otro.

DESTINO:

Son almas gemelas, predestinadas a encontrarse.

PRINCIPAL DESAFÍO:

Se detestan con fervor.

MISIÓN:

Facilitar el descubrimiento de lo que realmente los une, demostrando que es más fuerte que cualquier desavenencia pasada.

OBSTÁCULOS ADICIONALES:

La reaparición del ex de Val, un casanova conocido por su notoria "mamitis". Es esencial discernir entre la simple cortesía y la verdadera atracción. Mientras algunas personas son inherentemente sociables y atentas con todos, si notas que alguien muestra un interés desmedido hacia una persona en particular, es probable que haya algo más. En el entorno laboral de la agencia, muchos "colegas" podrían interferir con tus objetivos.

CONCLUSIÓN:

¡Necesitarás toda la suerte del mundo, Cupido!

Más tarde en la Tierra

Hedoné, Voluptia

Cuando mi padre me asignó esta misión, inicialmente pensé que era una broma. Otra vez atrapada entre él y mi madre, en sus constantes desavenencias. Afortunadamente, he logrado ganar algo de tiempo para evitar que sus altercados escalen a una guerra total que podría terminar en sangre, divorcio y, eventualmente, la muerte. Yo estaba perfectamente contenta en la Isla de las Tentaciones, rodeada de chicos guapos, y ahora debo supervisar a una pareja de tortolitos que no tienen ni idea de lo que quieren en la vida. Creo que han depositado demasiada confianza en mí para esto.

Además, mi padre me confió sus flechas, que ni siquiera sé cómo usar, y mi madre, frustrada por no poder participar pero resignada a ayudarme, me ha dado una pequeña caja con poderes mágicos para usar en momentos críticos. Aún tengo que descubrir cuáles son esos momentos, porque para mí, los únicos momentos críticos que merecen atención son aquellos llenos de placer.

Yo soy un espíritu femenino que representa el deseo sexual. Mi nombre, que significa "placer", no es coincidencia, y en algunos lugares, soy considerada la personificación de la lujuria. Y la verdad es que lo soy.

Estaba en camino a la agencia donde trabajan esos dos jóvenes, a quienes debo hacer enamorarse, cuando me topo con la última persona que esperaba ver en esta eternidad: Algos. Así que, ya lo ven: tenemos un auténtico lío en nuestras manos. No lo atribuyan a alguna habilidad predictiva de mi parte, sino más bien a un ojo astuto para identificar la amenaza que la presencia del ente conocido como Dolor podría traer a la situación.

—¿Qué demonios pintas aquí? —pregunto con cierto recelo.

Y justo como esperaba, viendo su expresión cambiar, ya me hacía a la idea de lo que venía. Él personificaba el dolor y el sufrimiento, ya fuese físico o emocional. Podría amargarte la vida con su simple presencia, y sí, ese era su gran talento.

—Haciendo mi trabajo. ¿Y tú qué? ¿No deberías estar entreteniéndote con algún imbécil? Dicen que la razón por la que las tías se acercan a ciertos lugares es por... picazón. Así que, ¿qué picazón vienes a rascar aquí?

—Vaya, sigues siendo el mismo capullo de siempre, ¿eh? ¿Te jode que no te haya prestado atención? —Porque Algos, además de ser un auténtico plasta, era un engreído de cuidado.

—Ya te gustaría, pero te aseguro que no podrías conmigo. Te haría pedir clemencia.

Lo dejo hablar porque, aunque me duela admitirlo, en parte tiene razón. Pero no voy a dársela.

—No necesito nada tuyo para eso. Tu palabrería ya me es suficiente. Pero, contesta de una vez, ¿qué haces aquí?

—Tengo una asignación. Estoy trabajando, como te dije. —Y ahí estaba, con esa actitud altanera de siempre.

—¿Y se puede saber de qué va? Por aquí no veo nada que te interese. ¿No te has hartado ya con todas las mierdas y virus que has soltado últimamente? ¿No es suficiente ya?

—Todavía queda lo mejor. Pero no, no es por eso. Es un simple trabajillo para mantenerme ocupado antes del gran apagón.

—¿Apagón? ¿Qué apagón?

—¿No estás al tanto? —Me lanzó una sonrisa cargada de sarcasmo que me hizo desear atravesarle con una flecha en ese instante.

—En fin, lo sabrás pronto.

Allá estaba con sus dichosos enigmas.

—Bueno, ¿y qué se supone que tienes que hacer? —Con Algos, siempre había que andar con mil ojos.

—Me encanta tu interés. ¿Eso significa que estás empezando a ver la luz?

—¿De qué diablos hablas? —¿Podría ser más cargante?—. Responde de una vez.

—Pues simple. Conseguir que dos colegas acaben detestándose y se queden solos y desgraciados el resto de sus días. Y sí, que se mueran de pura pena.

—¡Joder! —Lo miro, mezcla de sorpresa y horror.

Sabía que era capaz de algo así, pero siempre lograba dejarme con la boca abierta. Él suelta una risa burlona.

—Para la próxima, no preguntes.

—Habla rápido, que tengo una orgía esperándome y no quiero perder más tiempo contigo. ¿De quién estamos hablando?

—Una tal Valentina y un Aquileo. Pero tranqui, no habrá sangre ni golpes, al menos no que puedas ver. Me tienta, pero no será necesario. Su dolor será mucho más intenso.

Intercambiamos una mirada desafiante.

—No pienso caer en tus trampas y no te permitiré que jodas a mis "clientes". Lárgate mientras te estoy avisando. Como sigas, te prometo que me voy a animar a darte un puntapié donde más te duele, si es que todavía te queda algo ahí... ¿o me equivoco, eunuco?

Mi cara es un poema de enfado. Se acerca tanto que nuestras narices casi se tocan. Para ser tan repelente, tengo que reconocer que no está nada mal. Es irónico que el dolor pueda ser tan... atractivo. ¡Maldita sea mi suerte!

—Hedoné, querida, ¿sabes cuál es tu problema? —Me lanza saliva al hablar, el guarro. Y luego dicen que yo soy la provocadora—. Creo que te daré el gusto de descubrirlo por ti misma.

—Tus triquiñuelas no funcionan conmigo.

—¿Asustada?

—¿Asustada? ¿De ti? Por favor, eres insignificante para mí.

—¿Crees que no existe un dolor que supere al placer? Tal vez no has oído hablar de las verdaderas cincuenta sombras del infierno. Te aseguro que hay unos cuantos que te harían cambiar de opinión.

—Eso sigue siendo encontrar placer en el dolor, no lo contrario.

—No me infravalores, querida...

—En este momento, prefiero pensar que tipos como tú no existen.

Ríe con sorna.

—Qué gracioso viniendo de ti, hija de dioses. Pero la verdad, me estás haciendo perder el tiempo.

Me deja ahí, en el pasillo, como a una idiota. ¡Qué cara más dura! Eso de que no tiene madre, es literal. De tan cabrón que es, nadie sabe de dónde salió.

Me toca espabilar con esos dos o esto acabará mal. Si fallo, mi padre me quitará todos mis privilegios. Y, sinceramente, no quiero trabajar. Trabajar y disfrutar son como el agua y el aceite. Sería como vivir con Algos. Bueno, casi. Pero ¡qué asco de vida la mía!

Siento que debería estar al mando, pero todo esto me supera. Soy el epítome del placer y

debería ser el centro de atención. Pero últimamente, siento que no destaco, que soy una más. A menudo pienso que mi aspecto es el problema, pero luego me miro y, joder, soy un bombón.

Estoy hecha un lío, lo admito. No sé cómo actuar y a menudo meto la pata. Pero no puedo ser la única que siente esto, ¿verdad?

Voy a hacer que todos valoren lo que soy. Y voy a empezar con esos dos. Si consigo que caigan rendidos ante mis encantos, todos verán de lo que soy capaz. Ni mis padres, ni los otros dioses, ni ese gilipollas de Algos podrán menospreciarme.

¡Vamos allá!

En la agencia de marketing donde trabajaban nuestros tortolitos

Hedoné, Voluptia, como narradora

Valentina suspiró con frustración al romperse una uña mientras esperaba en la cafetería. Se había enganchado con la cremallera de su chaqueta, y su manicura, que antes era perfecta, ahora estaba hecha un desastre. Rápidamente buscó en su bolso, pero la lima de uñas, que siempre llevaba, no estaba. Estaba casi segura de que Héctor, su novio, la había usado y la había dejado en cualquier lugar menos en su bolso. Era tan despistado.

La puerta de la cafetería se abrió y un grupo de chicas entró. Algunas saludaron a Valentina con una sonrisa, pero Sara, la más popular de todas con su maquillaje perfecto, le lanzó una mirada de complicidad a sus amigas y murmuró algo que las hizo soltar una risita. Valentina rodó los ojos. Que se jodan, pensó.

Poco después, apareció Pablo.

—Hola —saludó, ajustando la correa de su mochila.

—Hola —respondió Valentina.

Habían quedado para comer juntos. A pesar de estar en enero, el frío de Madrid era especialmente intenso ese día. Valentina se subió el cuello del abrigo, intentando protegerse del aire gélido.

—Quizás deberías haber elegido un abrigo más grueso —observó Pablo.

—La verdad es que no esperaba este frío —confesó Valentina, observando los intensos ojos azules de Pablo, tan brillantes que en ciertas ocasiones bromeaba sobre cómo podrían alumbrar un cuarto oscuro.

Mientras caminaban hacia el aparcamiento, Valentina comenzó a hablar:

—Sabes, estaba pensando...

—Es que yo... —interrumpió Pablo.

Ella sonrió ligeramente.

—Adelante, habla tú primero —le dice ella, algo tímida.

—Hay una fiesta de San Valentín en casa de Nacho. Es para celebrar el final de la campaña navideña y el buen resultado que tuvimos. Realmente espera que vayamos.

—No lo sé. Tenía planes de hacer algo con Héctor.

—¿No me dijiste que no sabías si estaría en la ciudad?

Un ruido de un coche interrumpió la conversación. Al alzar la vista, Valentina reconoció a varios compañeros de trabajo y, entre ellos, a Aquileo, a quien realmente no soportaba. Le parecían todos un grupo pretencioso, y sinceramente, no quería formar parte de sus reuniones o fiestas.

—¿Tú realmente quieres asistir? —preguntó con curiosidad.

La casa de Nacho quedaba a unos treinta minutos en coche del hogar de Valentina. Sabía que Pablo vivía cerca de ella y esperaba que eso le disuadiera de beber en la fiesta, dado que tendrían que regresar conduciendo.

—Claro que quiero ir —afirmó Pablo.

Valentina lo observó, dudando de su sinceridad.

—No estoy segura de querer ir —confesó.

Él la miró, inclinando ligeramente la cabeza. —Por favor, Val.

Un grito captó la atención de Valentina. Al girarse, vio el rubio cabello de Sara mientras se lanzaba a abrazar a Pablo.

—Pablo, ¿vas a ir a la fiesta de Nacho? —preguntó Sara, alejándose lo justo para posar su mano sobre el pecho de él.

Valentina conocía cada detalle de ese pecho, como la pequeña cicatriz que su hermano mayor le había dejado con una piedra en la infancia. Le molestaba ver a Sara tan cerca de Pablo, especialmente sabiendo las intenciones de la rubia.

Soy Voluptia, la narradora de esta historia, y debo aclarar que Sara era la mujer más provocadora de la agencia. Los rumores decían que estaba enamorada de Pablo, quien a su vez, sentía algo por Valentina. Y sí, Valentina y Pablo frecuentaban la misma piscina en el gimnasio, por lo que no era un secreto la atracción mutua, aunque nada había pasado entre ellos. Valentina tenía novio, Héctor, un piloto que rara vez estaba en casa.

—Entonces, nos vemos en la fiesta —dijo Sara, con una mirada cómplice a Pablo antes de marcharse.

Valentina se cruzó de brazos, claramente enfadada.

—¿Qué fue eso?

—Solo me confirmó que iría a la fiesta —respondió Pablo, evitando su mirada.

—Creo que hubo algo más en esa conversación —insistió Valentina.

—¿Estás celosa? —preguntó Pablo con una sonrisa traviesa.

—No es celos —replicó Valentina, irritada—. Solo no me gusta que te hagan quedar mal.

—Val, no me siento un idiota —respondió Pablo.

—Creo que a Sara le gustas —dijo Valentina, mostrando su preocupación.

Pablo encogió los hombros.

—¿Y si es así?

Valentina suspiró, agotada de la conversación.

—Vamos a comer. Hablamos de la fiesta después.

Ambos se dirigieron al aparcamiento. Pablo abrió la puerta del conductor, y Valentina subió rápidamente al coche, tratando de resguardarse del frío. Una vez en marcha, Pablo encendió la calefacción, aliviando el gélido ambiente.

—Gracias —dijo Val.

—De nada —respondió Pablo.

Estos dos iban a complicar la vida. Ojalá este chico estuviera intentando acercarse a Valentina de otra manera. Pero no, esa no era la misión. Debía evitar que esto progresara.

No volvieron a hablar, y el resto del viaje transcurrió en silencio. Cruzaron el centro de la ciudad, pasando frente a tiendas ya cerradas. A pesar de que Navidad había pasado hacía semanas, las luces doradas aún colgaban de los árboles.

Al acercarse al restaurante, Aquileo ya estaba allí con su grupo de amigos.

—Es irónico... Tal vez sea la única persona que conozco que no encuentra encanto en la idea de ir a "descansar" en algún lugar. Deberías escuchar a mi prima Almudena hablar de ello, como si despertar en un hospital psiquiátrico fuera lo mejor que te pudiera pasar —comentó Leo a sus amigos mientras esperaban su comida y bebidas.

—Realmente exageras —respondió Joaquín, colega de Leo y diseñador gráfico junior. Ambos trabajaban estrechamente.

—Se me ocurre algo —declaró Leo, dirigiéndose a Joaquín—. Va a ser algo loco.

—Cuéntame —dijo Joaquín, expectante.

—Nos conseguiremos una habitación doble. Será increíble.

—Descríbeme la escena —Joaquín animó a Leo.

—Imagina... mujeres amables, manos suaves, voces susurrantes, sábanas blancas, sofás blancos, orquídeas blancas... todo blanco.

—Como en el cielo —reflexionó Joaquín.

—¡Exactamente! ¡Como en el cielo! —confirmó Leo.

Sin embargo, en mi opinión, esa imagen no era precisamente celestial. Intenté intervenir, pero era inútil, y además, no podían verme. ¡Odio ser solo un medio cupido!

—...el sonido del agua que tintinea...

—...el olor del jazmín...

—...un reloj haciendo tictac en algún lugar en la distancia...

—...el nostálgico sonido de una campana...

—...y los dos tumbados en la cama, con la cabeza apagada por el Xanax y activada por el Viagra...

—...mirando soñadoramente los granos de polvo en el aire...

—...y las chicas vestidas de enfermeras cachondas...

Los imaginé acostados, influenciados por medicamentos, mirando los motes de polvo flotar en el aire.

—Y habría enfermeras sí... y acceso a esos medicamentos exclusivos de los hospitales —continuó Leo.

Pero, claro, no habría nadie vendiendo drogas ni nada ilegal. ¡Las ideas que tiene la gente!

—Y habría una voz —dijo Joaquín, buscando drama— que te diría: libera tus preocupaciones.

—Y una amable enfermera nos resguardaría del mundo laboral —agregó Leo—. Nos asegurará paz y tranquilidad. Informará a aquellos insensibles gilipollas del departamento de marketing sobre nuestra situación emocional, haciendo que todos nos traten con más consideración y comprensión si llegamos a regresar.

Mientras conversaban, Valentina y Pablo pasaron por detrás. Valentina lanzó una mirada fulminante a Leo, luchando por contener la risa. Leo la percibió y provocó:

—Si quieres, puedo darte un puto *Xanax* algo para calmartte —soltó Valentina, con un deje de sarcasmo.

—Sería genial. Siempre me he preguntado cómo te las arreglas. Con esa medicación, todo tiene sentido.

Después de un momento de tensión, Leo, finalmente, miró a Valentina, cuyo rostro estaba encendido.

—Val, ¡por Dios! —exclamó Leo con la risa en la voz—. ¿Por qué no puedes dejar que alguien sueñe tranquilamente?

—Tú, por otro lado, pareces un niño de diez años. ¡Inmaduro!

Cada uno se sentó en su mesa, y yo observé desde lejos. Sería una tarea complicada. Si un año no era suficiente para unirlos, dudo que un mes lo sea.

En algún lugar entre la casa de Valentina y el café de la esquina

Algos, el Dolor, como narrador

Valentina estaba en el café de la esquina, a tiro de piedra de su piso, esperando a su mejor amiga, la cual, por cierto, compartía oficina con ella en la misma agencia. Era un sábado, a la hora del almuerzo, y como todo buen sábado madrileño, se habían quedado para un brunch tardío, algo que había cobrado fuerza en los coquetos bistrós de Madrid.

Ahora bien, ¿qué estaba leyendo Valentina? ¿"Cómo enseñar a tu hija a elegir a un buen hombre y no a un patán"? ¡Qué va! Eso sería yo, Algos, dándole salseo a la trama. Pero no, la realidad era más sosa: Valentina hojeaba la revista "¡Hola!". Esa clase de revistas, repletas de chismes de famosos y royals, que son una auténtica pesadilla, superadas solo por las novelas románticas baratas.

—¡Hola guapa! —saludó Evelina, entrando con brío y besando a Val en ambas mejillas—. ¿Qué tal?

—Vaya hora de aparecer, Evelina. Entre tu retraso y esa pintura de guerra, pareces lista para una gala, no un brunch —respondió Valentina con una sonrisa pícara.

Evelina la miró, fingiendo indignación.

—Oye, ¡este arte lleva tiempo! —exclamó, haciendo gestos alrededor de su cara—. ¿Ya has pedido? Me muero de hambre.

—Te estaba esperando. ¿El menú Saludable de siempre?

—Mmm... Tenía antojo de algo más contundente, fritanga. Quizás unas torrijas.

—¿Embarazada? —Valentina bromeó. Yo me reí desde mi rincón invisible. Esta chica tenía chispa y era de las mías.

—No, querida amiga, mal follada eso es, y con ganas de algo dulce. Pero venga, vamos a por ese menú que has dicho, Val. ¿Qué lleva?

—Una tostada con queso Filadelfia, pavo braseado, zumo de naranja y café.

—Perfecto. Voy a hacerle ojitos al camarero para que nos atienda.

Si había alguien que sabía cómo coquetear, esa era Evelina. Y eso lo decía yo, que llevaba siglos viendo y provocando amoríos. Pero entonces, al mirar por la ventana, vi una figura familiar a lo lejos: Voluptia. Me preguntaba si era real o producto de mi imaginación, pero ahí estaba, lanzándome una mirada traviesa. Esa bruja estaba haciendo de las suyas, alterando el ambiente y mi concentración. Pero dos podían jugar a ese juego. Ahora sería yo, Algos, quien decidiría cómo, dónde y cuándo sucederían las cosas. Parecía demasiado surrealista para ser verdad, pero ahí estaba, desafiando la realidad. ¡Que empiece el juego!

—Val, es hora de marcar un hito en tu vida. Héctor ya no es ese mago que te hechizó.

—¡Ay, por todos los dragones! No me apetece hablar de eso ahora.

—¿Cómo que no es el momento? ¡Por los siete reinos! ¿No decías que estabas hechizada por la confusión? Esa relación os tiene más perdidos que elfo en ciudad.

—Evelina, las cosas no son un cuento. Lo veo más distante, como si estuviera en otro plano astral. Y sinceramente, su varita mágica ha dejado de funcionar conmigo. El tío tiene el morro de decir que soy como un dementor en la cama, ¡que el problema lo tengo yo!

—¡Albricias! Espera, ¿no me estás diciendo que te ha mirado un centauro o algo así,

verdad? —Evelina se quedó perpleja.

—¡Que no, mujer! Hablo en sentido figurado. Simplemente, Héctor ya no me atrae mágicamente, pero otros magos... bueno, sus varitas parecen más tentadoras.

—¡Por el caldero de Morgana! Esto me suena a encantamiento de tercer grado.

—Deja de dramatizar con tus conjuros y sortilegios. Aquí, o echamos un conjuro juntas o rompo la varita. ¡Si el hechizo no se siente, la magia no existe!

—Lo siento, Val. No sabía que estabas atravesando la Cueva de las Dudas. Si sientes que el encantamiento de Héctor se está desvaneciendo, tal vez deberías buscar el elixir del diálogo.

—Eso intento, Eve. Pero parece que hablamos en lenguajes mágicos diferentes. ¡Ay, dios mío, necesito un buen conjuro de claridad!

Valentina y su amiga Evelina habían desarrollado ese curioso lenguaje de fantasía, una especie de código mágico para tratar temas delicados, como el amor o el sexo, sin que nadie a su alrededor se percatase. Y bueno, no nos engañemos, parte de la culpa era de Evelina, fanática de esos rollos de mundos místicos. ¿Y quién no, con la influencia de Tolkien y esa ola Potter? Parece que, desde que esos libros vieron la luz, el mundo mortal nunca volvió a ser el mismo. ¿Y qué decir? Estaba expectante, atendiendo a la charla entre estas dos, pero sin quitarle el ojo a Hedoné.

—Vaya... —Val frunció el ceño—. Pareces sacada de un curso de relaciones y coaching. Así que al fin encontraste una carrera que se te da bien. Tienes una labia increíble, de las que podrías dejarte llevar y hablar sin parar. —puso cara de pena.

—Cállate ya. Puntito en la boca. No hablemos más del tema.

Valentina sonrió por lo bajini, pero no añadió nada más. No quería ahondar en el asunto, aunque le picaba un poco. Sabía que lo que decía su amiga tenía razón. Pero muchas veces, no basta solo con amar; también hay que ser compatibles. Esto no quiere decir tener los mismos gustos, sino más bien una vida y objetivos similares, como decidir sobre salir de noche, dónde vivir o si tener hijos. Y estaba clarísimo que estos dos no tenían ni pizca de eso. Y yo, encantado. Si depende de mí, la vida de Val será más dramática aún. Mis tentáculos de dolor se desplegarán y trabajarán su magia.

—¿Le has dicho a Héctor que irás a la fiesta de Nacho?

—La verdad es que solo le dije que tenía planes. No sabe con quién ni por qué. Lo bueno es que no sabrá dónde estaré; me aseguraré de eso.

—Pero ¿no está de viaje?

—¡Espero que no se le ocurra darme una de sus sorpresas y arruinarme la noche! No quiero verlo. Además, había pensado quedarme en su casa, que me queda más cerca para el día siguiente.

—Quizá aparezca en mitad de la noche y te sorprenda de forma... íntima. Es casi San Valentín.

—Pues se llevaría un par de golpes si intenta algo así. Eso, si no muero del susto antes.

—O podrías recibirlo con un corsé atrevido.

—Ni loca. No abro la puerta a esas horas ni aunque sea el mismísimo Cristo.

Pero yo me aseguraría de que sí lo hiciera. La conversación cambió de rumbo y las dos amigas terminaron su sábado riéndose y relajadas. Miré hacia fuera y Hedoné ya no estaba. Mejor. Parecía abrumada; incluso yo tenía dudas de que pudiera cumplir mi plan para que todos acabaran mal. Por ahora, me alegraba que no intentara persuadirme, porque yo estaba muy contento con mis planes.

Dentro de la agencia de publicidad

Eros, Cupido, como narrador

Entré en la agencia donde curraban esos dos tortolitos, aunque claro, llevaba puesto un pasamontañas. No fuese que mi hija me pillara cotilleando; simplemente tenía que ver qué diablos pasaba. En el aire se cortaba la tensión, podías notarla en cada rincón de la agencia.

Las meteduras de pata surgían por donde quiera que mi hija anduviera. Y esto no hacía más que confirmarlo. Como siempre. Así era ella: un desastre con patas, despistada, pero convencida de que todos acaban rendidos al placer, por el simple hecho de sí. ¡Vamos, que no!

La situación estaba que trinaba.

Por un lado, mi hija Hedoné se había transformado en un *mix* entre dulzura y sensualidad, y la tía tiene un don para esparcir alegría con sus travesuras. Por otro, lo tenía jodido. Cuando me enteré de que Algos, que es todo un crack en su recorrido por la humanidad, estaba metido en este fregado, me dio un vuelco el corazón. Y sí, lo admito, me temblaron las rodillas. A Algos lo veo como un profesional del dolor, no como un enemigo de la vida. Aunque la relación entre mi hija y Algos es de dominio público en el supra e inframundo, no todos saben que entre ellos hubo rollete desde jóvenes. Hay algo entre el placer y el dolor que se atraen y repelen al mismo tiempo. Durante su juventud, se apoyaron el uno al otro, incluso se prometieron echarse un cable si la cosa se ponía fea. Pero tras un maldito suceso, ahora se llevan a matar.

El hecho de que estemos en números rojos indica que como cupidos nos estamos quedando sin recursos, y eso pone en peligro futuros romances. Durante esta misión, los malos rollos podrían hacer estragos y yo debía hacer algo al respecto. Tenía que mantener la calma y no liarla, porque si la lío, lo empeoraría. Pero ¡mierda! no tenía mi arco ni mis flechas. Se los había dejado a Hedoné. Aquel día, en un arranque de indecisión, perdí poder a ojos del mundo mientras dejaba una huella indeleble en mi legado como Cupido. Pero como dice el dicho, "la suerte está echada", decidí tirar de mis flechas antiguas. Estaban olvidadas en un baúl del recuerdo y debían tener, no sé, unos cinco milenios. En fin, ante tal panorama, había que tirar de viejas glorias. Saqué mi arco y, decidido, lancé una flecha a Aquileo que pasaba por allí. Justo a tiempo.

La flecha, que ahora parecía una patata frita tras el golpe, salió disparada. ¡Madre mía! Parpadeé desconcertado, revisé el desaguisado que había montado y bufé. La había liado parda. Mi mente iba a mil, y aunque me negaba a quedarme quieto, me rendí y bajé los brazos.

De repente, noté una presencia a mi lado. Con mis ojos de lince, diría que era una mujer. Pero vamos, cuando ves doble y no es por el alcohol, es que no te lo puedes creer. ¡Bingo! Allí estaba, la jefa, mi esposa y probablemente futura ex: Psycopata. Se había transformado en una dominatrix a punto de entrar en la tercera edad, pero con estilo. La jovencita que me volvía loco había desaparecido. Ahora tenía delante a una diosa. Una mujer tremenda que disfrutaba haciéndome perder los nervios. Se acercó con paso firme. Muy lentamente. Aguanté la respiración y tragué saliva.

—¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido? No deberías estar aquí... —articulé las palabras rápidamente, pero con firmeza.

—Tú tampoco deberías, ¿o acaso olvidaste nuestro trato? Nos prometimos mantenernos al margen. Y no pareces respetar eso.

—Es más complicado de lo que piensas.

—Permíteme simplificarlo. Viniste a interferir en el asunto de nuestra hija.

—Si solo estás aquí para reprenderme, mejor volvamos a nuestro mundo y aclaremos esto.

—No he venido a reñir. He venido a ayudarte.

—¿Ayudar? Amargarme la vida siempre fue tu especialidad. —Ella soltó una risa.

—A veces te dejas llevar demasiado, Cupidorro —dijo con una voz pausada y serena—. No busques excusas. Sabemos que estás aquí por nuestra hija, porque no confías en ella. Eres el mismo de siempre. Desconfiar te limita, ¿no te das cuenta? Deberías dejarla actuar.

Sus palabras, dichas con esa condescendencia que tanto detestaba, me hicieron hervir la sangre. Me mordí la lengua para evitar una respuesta brusca.

—Por más que intente, al final será un desastre.

—¿No has considerado que Hedoné podría saber más de lo que piensas?

—Eso es lo preocupante. Ella solo entiende del placer. No sabe lo que hace.

—Cupidorro —dijo con un tono que heló mi sangre—, te proteges demasiado. No puedes ser tú mismo escondido tras ese escudo.

—¿Estás sugiriendo que soy un padre inseguro? Cuando descubras hasta qué punto está involucrado Algos, te preocuparás tanto como yo. La crueldad del Dolor es inquebrantable.

El vestíbulo en penumbra nos envolvía en silencio. El rostro de mi ex cambió drásticamente.

—¿Es posible que ellos hayan pactado algo sin tu conocimiento?

—Eso es imposible. Lo he visto. Se detestan.

Tras unos momentos de reflexión, ella respondió.

—Por complicada que sea la situación, no deberíamos intervenir.

—Solo quiero estar al tanto.

—Pero el problema es de ellos. Es Hedoné quien debe resolverlo.

—No tenías por qué venir.

—Discrepo. Es mejor enfrentarlo juntos. Puede que esto afecte tu reputación, pero podemos ser un equipo.

Mis emociones se agitaron. Trabajar con ella, quien me había traicionado, era una perspectiva desalentadora. Pero entonces, extendió su mano. Dudé por un instante y, pensando en Hedoné, la estreché confirmando aquel acuerdo efímero.

En la sala de reuniones de dicha agencia

Psyque Love, como narradora

La verdad es que ansiaba ver a mi hija en acción y a esos dos tórtolos. Realmente quería ayudarlos, aunque acababa de jurar al insensato de mi esposo (quien pronto sería mi ex) que no me entrometería. Además, lo hice jurar que él tampoco lo haría. Todo lo que podía hacer era esperar que el poder de Hedoné y la pequeña caja que le di resultaran favorables.

La reunión mensual de marketing estaba por comenzar y los participantes ya estaban tomando sus lugares. Esta reunión era esencial para asegurar que todos estuvieran alineados con los objetivos empresariales y las estrategias del departamento. En particular, esta era una reunión convocada con urgencia para delinear la estrategia para la campaña de San Valentín.

A pesar de sus problemas de trabajo en equipo, había personas y departamentos que necesitaban estar al tanto de las decisiones tomadas. Entre ellos estaban los diseñadores gráficos, Aquileo y Joaquín; las encargadas de marketing y campañas, Sara y Valentina; las responsables de redes sociales, Evelina y Jessica; el creador de contenidos, Pablo; y el jefe de departamento, que también era el director de la agencia, Nacho.

— Buenos días a todos y gracias por asistir a pesar de sus apretadas agendas —comenzó Nacho.

Mientras algunos tomaban notas en sus libretas, otros abrían archivos en los ordenadores. Nacho proyectó las diapositivas y explicó la campaña.

—El lunes pasado comenzamos la Campaña de San Valentín y este año nuestros principales clientes nos han propuesto un desafío. Esta campaña forma parte de una más grande a nivel consorcio, con el lema "El amor penetra hasta los más agnósticos".

Una risita ahogada y casi imperceptible se escapó de Joaquín y Leo, que no pudieron contener la risa al escuchar el lema. Al darse cuenta de que todos los miraban, estallaron en carcajadas.

—¡Joaquín! ¡Leo! —Nacho levantó la voz—. ¿Podrían contenerse y permitirme continuar?

Las miradas de las chicas eran severas, reminiscentes de la Inquisición, esa de la que nadie habla. Ambos se hundieron en sus sillas, tratando de esconder la vergüenza que evidentemente sentían.

—Para tener éxito en San Valentín, necesitamos una campaña bien planificada. Por lo tanto, este año trabajarán en equipos para presentarme sus mejores propuestas. Dado que esta es la demanda...

Dentro de la sala, un revuelo se desató: algunos se mostraban angustiados, otros parecían al borde de un colapso, y algunos más presentaban evidentes signos de irritación. Sara, sin dudarlo, se levantó de su silla y comenzó a golpear la mesa para acaparar la atención. Luego, con su típico tono condescendiente, intervino:

—Escuchad —dijo, aunque su tono sugería que más bien estaba ordenando—, sé que siempre parece que estamos enfrentados, pero esto podría ser una oportunidad para competir de manera amistosa.

Val y Eve le dirigieron una mirada fulminante. Los demás parecían considerar seriamente la idea de mandarla a callar, pero fue Nacho quien cortó el desplante de Sara.

—¡Ya basta, Sara! ¡Siéntate! —ordenó con firmeza—. Lo que importa ahora es avanzar con

este proyecto. Necesito que todos colaboren. Este año está en juego un cliente esencial para la agencia. No podemos permitirnos errores. Ahora, asignaré los equipos y no quiero interrupciones. Evelina y Pablo trabajarán juntos.

Sara interrumpió abruptamente:

—¿Estás bromeando?

—Sara, controla tus emociones o te pediré que te retires —advirtió Nacho con tono severo —. Sara, te emparejo con Joaquín.

Joaquín, con una sonrisa traviesa, le mandó un beso volado a Sara.

—Valentina y Aquileo. Y Jessica, trabajarás con Evelina y Pablo.

—¡Eso no es justo! —exclamó Sara, sin poder contenerse.

—¿Qué parte te parece injusta, Sara? —preguntó Nacho, claramente exhausto.

—El hecho de que ellos sean tres y yo tenga que trabajar con... él.

Joaquín intervino:

—Me llamo Joaquín, por si lo habías olvidado. Y vaya, cómo te expresas de mí.

—¡Oh, cállate! —resopló Sara.

Nacho suspiró con resignación.

—Basta, todos. Vamos a trabajar y a dejar de lado las tonterías. Tienen sus asignaciones. Les enviaré los detalles por correo, así que salgan y pongan manos a la obra.

Con una mezcla de autoridad y humor, Nacho desalojó la sala. A pesar de su actitud bromista y jovial, era un líder nato. Desde el principio, había tratado a todos como iguales, y en la agencia, a pesar del estrés inherente al trabajo, prevalecía un ambiente de camaradería. Nacho solía organizar fiestas en su gran casa en Madrid, eventos conocidos por su liberalidad y excesos y *mamarracheo*.

Fuera de la sala, en el pasillo de la agencia, se cocía, a fuego lento, otra batalla.

—¿Podrías darme el flujo de trabajo de la última campaña? Quisiera revisarlo para inspirarme un poco —solicitó Leo a Valentina.

—Esa información está en el servidor, en la carpeta del departamento. ¿Por qué no lo buscas tú mismo? —respondió Valentina con cierto tono de irritación.

—Pensé que te gustaría trabajar conmigo —dijo Leo, regalándole una de sus sonrisas más encantadoras.

Valentina alzó una ceja.

—¿Por qué debería importarme con quién trabajo? No tengo preferencias.

—Vaya respuesta. ¿Estás molesta porque te han asignado al equipo junto al mejor diseñador? Sorprendente.

Desde mi rincón, sentí la tensión entre ellos. Era palpable el resentimiento que exudaban. Me recordó a las palabras de mi exmarido sobre lo dañinas que podían ser las emociones. No debía subestimar su poder.

Valentina se encogió de hombros.

—No es para tanto.

—Creo que actúas así conmigo para que los demás te vean como la mártir del grupo —acotó Leo.

—La gente suele ver solo lo que quiere ver —respondió Valentina, claramente irritada.

Leo asintió con sarcasmo, dándole una palmada amistosa en el brazo.

—Entendido. Pero recuerda, incluso si cambiaras tu actitud, seguirías siendo tú.

—¿Qué quieres decir con eso? —Valentina trató de seguir la conversación, pero Leo ya estaba camino a su escritorio, dejándola, hablando sola.

En la fiesta de Nacho

Aquileo

Hacía un frío de demonios en Madrid. ¿Quién en su sano juicio organiza una fiesta temática de San Valentín en enero? Pero yo nunca rechazo una invitación a una fiesta, sobre todo si es de Nacho; siempre son legendarias. A pesar de abrigarme bien, el frío calaba los huesos. Solo el alcohol podría proporcionar un poco de calor.

A lo lejos, divisé la entrada a la fiesta y el mar de cabezas que se aglomeraba en el interior. Una oleada de emoción me recorrió; había algo eléctrico en el aire. Mi mirada se posó en Joaquín, uno de mis buenos amigos. Nos saludamos entre risas y comentarios sarcásticos.

—Ey, tío, estuve esperando como una estatua de hielo —comentó Joaquín.

—Tú siempre tan dramático. Y por cierto, ¿eso es lo más sexy que encontraste para vestir? —le dije con una sonrisa.

Reímos y nos abrazamos con entusiasmo. Entre bromas y anécdotas, nos dirigimos a la barra. El lugar estaba abarrotado, tanto que parecía que toda Madrid estaba allí.

Mientras tomábamos unos tragos, noté a Valentina hablando con Nacho, nuestro jefe. Me resultó difícil no centrar toda mi atención en ellos. Sus risas y miradas insinuantes me incomodaban. Decidí apartarme con Joaquín para evadir el incómodo sentimiento.

Nos refugiamos en un rincón, alejados de la multitud. Pero, desde mi posición, no podía evitar observar a Nacho y Valentina. La intensidad de sus interacciones me hacía hervir por dentro. Sabía que debía centrarme en disfrutar la noche, pero algo en mi interior no me dejaba en paz.

A medida que avanzaba la noche, mi fascinación por lo que ocurría entre ellos crecía. Pasaron horas enfrascados en su conversación, fortaleciendo un vínculo que era evidente incluso desde lejos. Una sensación aguda e incómoda se alzó por mi esófago, similar al ardor de una llama. Algo dentro de mí, quizá un instinto, me decía que esta noche cambiaría muchas cosas.

—Oye, ¿no te parece que Nacho se está pasando tres pueblos con Valentina?

—¿Y qué más da? Pegan, ¿no? —Joaquín restó importancia mientras daba un trago a su caña.

—Vale, pueden pegar, pero... ¿no te parece que se le está yendo la mano? La está toqueteando por todos lados...

—Eh, a lo mejor es solo rollo de una noche y mañana ni se acuerdan. Con la que llevan encima, no me extrañaría.

—Tío, a mí me da que ella está demasiado colocada o borracha para darse cuenta.

—Mira, Valentina es maja, ¿sabes? Pero se hace la dura pa' que la gente olvide que antes era más inocente. —Vi que empezaba a ponerme nervioso, no sabía muy bien por qué—. Pero tú, tío, relájate un poco. Te veo to' rayado con el tema. ¿Tan importante es? Aquí dentro, Nacho es uno más, no el jefe.

—Puede, pero todo el mundo los está viendo, joder.

—Eres tú el que está montando un pollo de la nada. Si no te importa Valentina, ¿por qué te quema tanto lo que haga?

—A ver, es evidente que el tío está aprovechándose.

—¿Y tú qué? ¿Enamorao de ella o qué? —Me soltó con una risa burlona.

Le lancé una mirada entre molesto e incrédulo.

—Déjate de chorradas, Joaquín.

Y ahí estaba él, partiéndose de risa, como si esto fuera algún chiste. Maldita sea su estampa. Como la de píldoras de vida del doctor Ross (para el estómago y los intestinos).

—Supongamos que en vez de irse con Nacho a hacer sus cosas y beber copas con otros, te viene y te suelta cuatro verdades. ¿Qué harías? Un suponer... Leo, y en vez de irse con ese chico a tocarles los cojones y a saber el qué más y a beber mojitos con otro, fuera a comerte la oreja. ¿Qué harías? —Joaquín estaba como una cuba. Yo no decía ni tus ni mus, pero él, no se callaba y de aquella boca solamente salía estupidez—. Nada. No harías nada. Porque tú no eres un macho alfa. Décadas de adoctrinamiento en occidente. Fueron minando la masculinidad y fomentando la misandria de las mujeres. Entonces, ante la carencia de machos alfa dominantes ya sea en liderazgo o como prototipo, crearon una mujer empoderada pero que por su naturaleza femenina buscara un sustituto. Y ahí lo tienes, un tío dispuesto a tirarse las tejas a lo que tú no tienes cojones.

—Joaquín, ¡vete a curar la borrachera!, de verdad...

—¡Nada! Porque a lo mejor no eres el tío duro que te crees. Con toda la movida progre, se ha perdido lo que es ser un "macho alfa" o lo que sea. Y mientras, ahí está Nacho, lanzándose a lo que tú no te atreves.

Me di la vuelta y dejé a Joaquín hablando solo. Su conversación me había afectado, y no de la mejor manera.

Mis pensamientos se dirigieron hacia Valentina. A pesar de todo lo que Joaquín había dicho, había verdades en sus palabras. Valentina siempre me había parecido impresionantemente guapa. Fuerte, confiada, un poco escandalosa pero divertida... Era una fuerza de la naturaleza. Me atrajo desde el primer momento, no puedo negarlo.

Con esos pensamientos rondando mi cabeza, me dirigí a donde estaban Valentina y Nacho. No tenía claro qué iba a hacer, pero sentía que era el momento de actuar. Tenía miedo de abrirme nuevamente, después de aquella dolorosa ruptura meses atrás. Pero no quería perder esta oportunidad, aunque también sabía que, si todo salía mal, podría seguir adelante. Todo sucedió tan rápido que apenas tuve tiempo para procesarlo.

Al acercarme y tocar a Valentina en el hombro, se giró hacia mí con una expresión de sorpresa, como si la hubieran pillado en pleno acto. Un rubor intenso coloreó sus mejillas. Supuse que era por el calor de tener a Nacho tan cerca toda la noche. El pensamiento me hirió.

—Oye, sé que no hemos tenido tiempo de hablar desde que llegaste...

Nacho me miraba como las mantis religiosas. Pese a sus brazos serrados y sus ojos de extraterrestre, que no me suponían ninguna amenaza, a no ser que seas un insecto, un gecko o un colibrí, su mirada era lo que más mataba. Y tal cual una mantis, lo suyo era muy obvio y es que yo tenía razón: sexo. Estábamos en terrenos peligrosos: él con deseos claros y yo intentando evitar que sucedieran. Pero no estaba buscando un enfrentamiento. Al menos no por ahora.

La idea de "ser devorado" no me parecía tan mala, siempre y cuando no fuera por Nacho. Me disponía a hacer algo que nunca pensé que haría: mentirle a mi jefe.

Valentina me miraba, esperando que continuara. Ambos aguardaban, expectantes ante lo que pudiera decir. Siempre había creído que lo que no añade valor, simplemente lo quita.

—Verás, he estado pensando en una idea genial para nuestro proyecto. Pensé que te gustaría escucharla —intenté explicar.

Sin embargo, la realidad era otra: me había metido en el rol de un embustero. Y como ya lo había dicho, lo que no añade, resta.

Valentina intercambió una mirada con Nacho antes de responder.

—Estamos en una fiesta, Leo. ¿No podríamos discutirlo más tarde?

—Lo sé, pero me preocupa olvidarla después de tantos tragos —me excuso—. Sólo quería compartirlo contigo.

Nacho soltó una risa sarcástica.

—Por favor, no te conviertas en ese tipo que habla de trabajo en una fiesta. No me digas que te has convertido en un tocapelotas.

Pensé con ironía: «Lo que tú quieres es que alguien te toque a ti las pelotas». Y en eso estaba yo, evitándolo.

Me encogí de hombros.

—Supongo que me he convertido en el villano de esta historia.

Esperaba que mi actuación fuera creíble. Si tenía suerte, mi representación pasaba y ganaba algún galardón de cine. *Sabes cómo es: el cinismo no conoce límites.*

Valentina suspiró.

—Está bien, cuéntamelo. Nos ahorrará tiempo más tarde.

Sonreí y asentí, agradecido por su comprensión. Pero Nacho se despidió de Valentina con un beso que me dejó hirviendo por dentro. Una vez se fue, supe que había ganado un punto en este juego.

—Entonces, ¿cuál es tu idea? —me preguntó Valentina.

Me maldije internamente. No tenía ninguna idea. Intentando cambiar de tema, pregunté:

—¿Qué estás bebiendo?

—Ron cola.

—Vamos por otro, parece que se te va a acabar pronto —dije, aunque su vaso estaba lleno.

Valentina me mira confundida.

—Pero si todavía tengo.

—No queremos que eso suceda, ¿verdad? Vamos a un lugar más tranquilo y hablamos. Y, de paso, tomamos algo.

Sin darle tiempo para responder, la guie hacia un rincón más tranquilo. Lo que comenzó con un trago se convirtió en varios. Estábamos alejados del ruido, cerca de una ventana. Sentía el frío en mi piel y noté que Valentina se había quitado el abrigo. Intenté no mirar su escote, pero era difícil resistirse. Internamente, me regañaba por mi falta de control y trataba de refrescar mis ideas.

No pude evitarlo. Mis ojos se posaron, de nuevo, en el escote de Valentina. Con ese top, sus senos parecieron el arco superior de un corazón perfectamente dibujado. Mi boca se secó al instante. Ella siguió parlotando sobre alguna tontería que, francamente, había estado ignorando la mayor parte de la noche. Era graciosa, había que admitirlo, y aunque cuando bebía dejaba atrás a la niñata insoportable, la realidad era que mi concentración estaba flaqueando.

De repente, interrumpió su monólogo:

—Oye, ¿me estás mirando las tetas?

Mis alarmas internas se dispararon. ¡Alerta roja!

—¡No! ¡Para nada! —respondí, con voz ligeramente más aguda de lo normal.

Un momento incómodo se asentó entre nosotros, pero de repente, Valentina se echó a reír. Me estaba tomando el pelo.

—Eres un cachondo, ya lo veo —me dijo entre risas.

—Y tú muy puñetera, ya veo —dije, tratando de sonar firme, pero con el temblor de la risa en la voz.

—Te pareces a mi novio cuando me mira así —agregó.

—¿Sigues con él? —Pregunté, intentando sonar casual.

El chismorreo corría rápido y me parecía haber escuchado que tenía novio. Ella levantó una ceja.

—Tal vez. —Luego suspiró—. Es complicado.

Mientras tomaba un sorbo de su bebida, intenté ofrecer un poco de comprensión.

—Todos hemos hecho cosas de las que nos arrepentimos.

—No me arrepiento. Solo lamento no haberme dado el permiso para hacerlo.

—¿Te apetece hablar?

—Ya me gustaría. Pero no sabría que decir al cierto.

Ante su respuesta enigmática, decidí cambiar de táctica. La tomé de la mano y la llevé a otro rincón de la fiesta.

—¿A dónde vamos?

—Me aseguro de que no ahogues tus penas en ron y cola. Vamos, conozco unas gelatinas que están deliciosas. Vamos a probarlas.

El simple acto de respirar se sentía como una bendición. Y, de fuentes insospechadas, a veces hallaba placer. Con un bocado de gelatina en la boca, no podía parar de reír. En una mesa cercana, había vasitos con gelatinas y supe que contenían una pequeña dosis de cannabis. No era mucho, pero sí lo suficiente para llevar a alguien a un estado eufórico durante un rato. Pensé que ella necesitaba desconectar un poco. Lo que no anticipé fue que se abalanzaría sobre casi todas las gelatinas disponibles. La situación se nos estaba escapando.

—Entonces, ¿qué haremos con el proyecto? —preguntó entre risas.

—¡Por Dios! —murmuré—. Relájate, olvídate del trabajo un rato. —Mi hipocresía era evidente—. ¿No es una fiesta? Pues eso hacemos aquí.

Tomé una de las gelatinas, inclinando el vaso y dejándola deslizarse hacia mi boca. Ella hizo lo mismo, pero con un toque teatral, jugueteando con la gelatina en la punta de la lengua.

—¿Adivinas de qué sabor era? —inquirió.

Su pregunta, y la forma en que la pronunció, me dejó atónito. Me eché a reír y le advertí sobre los efectos de las gelatinas, pero nos encontramos riendo a carcajadas.

De repente, su rostro cambió.

—Lamento lo del trabajo. Estaba molesta, pero no contigo. Tienes razón en algunas cosas sobre mí.

—¿Qué te preocupa? —le pregunté, genuinamente interesado.

—El cambio. Pero, sé que no puedo controlarlo todo. —Se veía un poco desolada.

Me sentí identificado con ella.

—Todos queremos tener un cierto control. Pero a veces, solo hay que dejarse llevar por la vida.

Ella parecía perdida en sus pensamientos. Me incliné hacia ella, conteniendo el impulso de besarla.

—¿Qué necesitas ahora? —le pregunté.

—Realmente, nada. Aunque, ¡preferiría que me rompieran antes de doblegarme! —dijo, soltando una carcajada.

El juego de luces en la sala hizo que examinara nuevamente su rostro. La velocidad con que todo sucedía y la distorsión momentánea me permitieron solo una breve mirada hacia sus labios, pero sentí que podía leer toda su historia en ese fugaz instante.

—¿Quieres saber lo que realmente deseo? —mis palabras se escurrieron entre mis labios

con una fuerza inesperada.

Ella parecía atónita por mi súbito atrevimiento. Tras unos segundos que parecieron eternos, preguntó:

—¿Deseas que me marche, verdad? —su sonrisa estaba teñida de ironía—. No te culpo. No he parado de acosarte esta noche, y debes estar cansado de mí.

No podía permitir que pensara eso. Me acerqué, casi al borde de nuestra intimidad. Su mano se posó en mi pecho, tratando de mantener la distancia, pero el calor de su palma era más una invitación que un freno.

—Equivocas el motivo de mi presencia aquí —susurré—. No quiero que te marches, al menos no de esta manera. No quiero que pienses que te he tolerado toda la noche, porque estoy a gusto.

Ella miró hacia otro lado, quizá para ocultar alguna emoción.

—Quizá soy yo la que ha pedido demasiado. Mejor me voy.

Antes de que pudiera moverse, mi mano se cerró en torno a su muñeca.

—Valentina...

El aire se llenó de tensión, y mientras inclinaba mi cabeza hacia la suya, un bullicioso transeúnte nos interrumpió, recordándonos nuestra realidad y evitando un acto impulsivo.

Por un rato, dejamos que nuestros ojos vagaran sin rumbo por el paisaje urbano, intentando procesar el torbellino de emociones. Las primeras luces del alba empezaban a teñir el horizonte, pero la ciudad no daba señales de dormir, y nosotros, menos aún.

—¿Cómo regresarás? —pregunté preocupado.

—Estaré bien.

Estuve a punto de decir algo que hubiera cambiado todo, pero me detuve justo a tiempo. Valentina sonrió con resignación y comenzó a alejarse, moviéndose con una elegancia aturdida. Sin embargo, un desconocido la interceptó, arrojando un comentario inapropiado. Sin pensar, mis pasos se aceleraron y un empujón apartó al tipo de nuestro camino.

—Te llevaré a casa —insistí, tratando de controlar mi irritación.

Faltaba ya poco para el amanecer, pero gran cantidad de miserables borrachos aún entraban y salían por la ostentosa puerta. Mientras tanto, nosotros dos salimos de la casa y nos encontrábamos ya en la calle. La ciudad aún bullía de vida y había ruido por doquier: coches, gente hablando, música a lo lejos.

—¿Cómo vas a volver a casa?

—No te preocupes.

—Ojalá... —Me callé a tiempo antes de terminar la frase «te hubiera conocido antes».

—Yo voy por ahí reto... y si no encuentro la casa, paciencia. Me pierdo por las calles de Madrid.

—No es precisamente una exhibición de inteligencia esa idea tuya.

—Soy una paradoja andante. —Soltó una risita—. ¿Qué se le va a hacer?

—Ya... tienes razón. A veces necesitamos perder algo para poder entender su valor. —Suspiré profundamente.

—¿Ves? Tú también estás de acuerdo conmigo. Que tengas una buena noche, Aquileo. —Pronunció mi nombre casi letra por letra, después empezó a caminar sin rumbo, con el abrigo en la mano.

Estaba completamente alcoholizada. Me quedé mirándola y conforme se apartaba más y más, yo seguía negando con la cabeza. Aquello era absurdo. Unos metros más adelante, un tío se acercó a ella y dijo:

—Hola, guapa —ella lo miró y él se acercó más. Estaba tan borracho o más que ella.

—¿Qué? —chilló Val, perdiendo el equilibrio.

—Me gustan las chicas que me dan helado... el lado de atrás. —Y se empezó a reír, el subnormal.

Avancé a largas zancadas por la calle y cuando me acerqué a él le di un empujón valiente que lo hizo recular dos metros, tambaleándose.

—Un puñetazo helado es lo que te voy a meter por el culo, gilipollas. —Valentina me miraba con los ojos muy abiertos.

El tío irguió las cejas y balbuceando una frase ininteligible se apartó. Mejor. Porque estuve a punto de desfigurarlo y nos habíamos metido en un lío.

—Vamos, te acompaño a casa. —dije con acritud.

—Que no... no hace falta —protestó.

Estaba molesto y no tenía ganas de discutir.

—No es discutible —zanjé el asunto tajante, y coloqué una mano en su espalda para orientarla a caminar.

Entramos al fin en una calle transversal que, aunque muy concurrida, no lo estaba tanto como la que acabábamos de abandonar. Inmediatamente advertí un cambio en su actitud. Caminaba más despacio, de manera menos decidida que antes, y parecía vacilar. Cruzó repetidas veces a un lado y otro de la calle, sin propósito aparente; la multitud era todavía tan densa que me veía obligado a seguirla de cerca. La calle era angosta y larga y la caminata duró casi una hora. Todo ese tiempo permanecimos en silencio.

—¿Vas a estar siempre cabreado conmigo? —Se detuvo, apoyada en una pared.

—No tengo ni idea —Paré delante de ella.

Estaba tentado a hacerla sufrir, me divertía con ello. ¡Era todo un caso! Lo mejor sería salir de allí rápidamente antes de que se arrepintiera. Y no tardé en verlo reflejado en su semblante, porque bajó la cabeza, al parecer herida por mi comentario.

—Escúchame —quise justificarme—. No estoy cabreado contigo. Sabes que te estoy picando nada más. Ahora tira pa'lante, que no queda nada.

—Vale. Voy a seguir con mi plan de «si te ha visto no me acuerdo y si me lo cuentan ni sé». Volvimos a caminar lado a lado.

—¿Voy a tener siempre el cuerpo revuelto? —me preguntó—. Es como si tuviera una mala resaca. ¡Es una mierda! Y, además, tengo que hacer pis... —se paró entre dos coches.

—¿Qué vas a hacer? —Lo imaginé, pero no podría creer que lo fuera hacer. No delante de mí. Empecé a mirar a todos lados por si venía alguien. Pero la calle a lo lejos estaba vacía, por donde se mirase.

La vi desabotonarse los vaqueros.

—Valentina... no vas a mear ahí entre los coches, ¿cierto?

—Y ¿dónde quieres tú que lo haga? ¿Acaso has traído una botella? —La madre que la parió.

—Acabarás pillando una infección y además puede venir alguien.

—¿En serio que vas a darme esta charla? Los chicos se mean en cada esquina, por eso las calles de Madrid por la noche huelen a baño de bar de carretera. Tendrás moral para decirme algo. Y, por cierto, ¿te vas a quedar ahí mirando?

Cuando la vi bajarse los pantalones y quedarse en braguitas, me giré automáticamente sobre los talones para el lado contrario.

—No...no... —Miré al cielo, mientras escuchaba el ruido del pis caer al suelo.

¿Pero qué coño...? Si es que no ha hecho nada de malo... es que...

—Por mero acaso, ¿no tendrías un pañuelo?

—Mejor que vayas al baño a limpiarte, porque esto no es un hotel. Es la puta calle.

—Bueno, no pasa nada, la sacudo como hacéis vosotros.

Juro por Dios que no quería detenerme en esa imagen. ¡Qué guarro, tío!, me recriminé. Maldije en mi mente. Yo ya iba bastante mamado, esa era la cuestión. Menudo pelotazo me había llevado con esas gelatinas. Desde el principio de la noche, había estado fantaseando con hacer de todo con ella. En mi mente, incluso la veía conmigo allí entre dos coches, si se daba el caso. Estaba hecho un puto nervio.

—¡Ufff! Casi me meo en los pies, por poco.

¡Ojalá!, pensé. ¡Vamos! Un escalofrío me recorrió. Siento cómo la sangre se me mueve por distintas zonas del cuerpo al escucharla vestirse nuevamente.

—¡Listo! —Me giré para mirarla.

Al notar mi silencio, me preguntó:

—¿Qué cara es esa?

Entrecerré los ojos y la observé detenidamente. Solo deseaba que acabara esta noche o tener el valor de besarla apasionadamente. Con ese pensamiento, retomé el camino. Y no nos detuvimos hasta llegar al portal de su edificio. Esa calle es una de las principales avenidas de la ciudad, y durante todo el día había tenido un constante flujo de gente. Al caer la noche, el número de personas aumentó, y con las luces encendidas se podía observar una doble corriente de peatones apresurados pasando frente al edificio.

En el apartamento 3C

Valentina

Casi aterricé en la puerta de mi casa con una merluza, una castaña o, como se quiera ver, de tres pares de narices. En un par de oportunidades más, siempre dando vueltas en círculos y tambaleándome, y con la ayuda de Leo, consigo mantenerme de pie. Veníamos de tomar por saco; en realidad, somos lo que somos y estamos como estamos, porque venimos de dónde venimos: de la fiesta de Nacho. A tres manzanas de casa. Leo insistió en que viniéramos andando, en un intento frustrado de hacerme pasar la borrachera. Ese era el resumen de mi estado de intoxicación etílica. Que, en el habla coloquial y vulgar, recibe el buen nombre de cogerza.

Arrastrando mis pies todo lo que podía, con las manos de Leo sosteniéndome por la cintura, logré llegar al pestillo de la puerta de entrada. Al tener un teclado para la cerradura inteligente, necesitaba teclear el código para entrar en lo que viene siendo el hogar: ventajas de vivir en un edificio nuevo y desventajas de quien no está en sus cabales para pensar en nada. Con mucho empeño y ahínco, poniendo todo de mi parte, empiezo a introducir un número al azar. Para más inri, he de decir que no tenía ni puñetera idea de cuál era el código.

—Valentina, si no tienes idea de qué estás haciendo, déjame a mí —dice Leo.

—Calla. ¿Por qué nadie nos prepara para este momento? Que yo loooo sééé... —No. Mi orgullo y el ron eran los que me impedían decírselo.

—No lo creo, dime el código y lo tecleo yo.

—Yo no te voy a dar el código de la puerta. Eso es con-confidencial —No me salían las palabras. La lengua se me enrollaba con el cielo de la boca y dificultaba cualquier salida de idioma.

—Porque lamentablemente, no sabes. ¡Incluso tú esperas mucho de ti! —dijo él con ironía.

—No me tires de la lengua.

—No comprendo por qué te pones así. ¡Por situaciones más bonitas pasamos! —miró al cielo y puso los ojos en blanco—. Escúchame, aunque quisiera, no podría hacer algo con tu lengua, que en este momento está más enrollada que un rollito de lana.

La noche, los rones y las malas costumbres no me estaban ayudando mucho a mantener la cordura. Confieso que estaba muy perjudicada, no obstante, no iba a dejar que este sinvergüenza se aprovechara de mi estado.

—Oye, ni somos ni aspiramos a ser amigos. Así que... —volví al intento de conseguir decir una frase entera sin tartamudear—, cuidadito conmigo. Déjame pensar, que yo lo sé...

Diez años más tarde... ¡No! ¡Que es broma! Pero casi. Diez intentos más tarde, no lograba desbloquear la puerta.

—Creo que lo mejor es llamar al número de emergencia este que pone aquí. Hay un botón para llamar lo que debe ser la seguridad. Pruébalo —Leo llevaba más razonamiento que yo, eso es cierto.

Lo hice. Presioné el botón y empecé a hablar con la boca casi tocando la rejilla del altavoz. Del otro lado, una voz metálica contestó.

—Seguridad, buenas noches. Dígame.

—Buenos días, disculpe, me atreví a llamarlo ya que el código que coloco para entrar me manda el mensaje de: «Has intentado introducir demasiados códigos. Vuelve a intentarlo más

tarde.», y cuando vuelvo a realizarlo con el mismo código no me deja... ¿me podría ayudar? Necesito entrar en la casa lo más pronto posible. ¡Gracias!

Leo me miraba, incrédulo. Meneaba la cabeza negativamente. ¡Madre mía! Mi monólogo con el intercomunicador ha sido una verdadera obra de arte de la lingüística. Al menos en el habla «cavernícola».

—Déjame a mí. —Presionó el botón para hablar e intervino—. Buenas noches, ¿nos podrías abrir la puerta? Vivimos en el... —me miró, esperando que completara la frase. Al cabo de unos segundos, conseguí recordar y susurré “3C”—. En el tercero C. Nos hemos olvidado del código, pero puedes comprobarlo por la cámara.

—De acuerdo. —Tras unos instantes en los que Leo y yo mirábamos directamente a la cámara del videoportero, finalmente, la puerta se abrió.

—Entra —me indicó Leo, guiándome suavemente hacia el interior.

—Nosotros no vivimos juntos. —Esa idea era lo único que mi cerebro parecía procesar con claridad en ese momento.

—Ya lo sé. ¿Qué planta? —preguntó, tratando de mantener la paciencia.

—¿Planta? ¿De qué hablas? No tengo plantas, todas se me mueren. Y, además, es malo dormir con ellas en la habitación, ¡quitan oxígeno!

—Ahora mismo, quien me quita el oxígeno es tu aliento a ron cola —replicó Leo. Le lancé una mirada entre disgustada y ofendida.

—Eres un bruto. ¿Siempre te comportas así?

—Con casi todo, sí. Pero con el sexo, suelo ser bastante más tierno y cuidadoso. Aunque, evidentemente, no estás en condiciones de confirmarlo.

Resoplé de manera exagerada y, para añadir más teatro al momento, fruncí el labio superior y aspiré el aire como si fuese un caballo. El sonido que salió de mi boca, combinado con mi expresión de desconcierto, arrancó una risa de Leo. Ciertamente, se veía atractivo al sonreír.

En el ascensor, el silencio se volvía incómodo. Al salir, observé con cautela el pasillo. Siempre había sido un espacio propenso a chismes entre los vecinos, y la señora del apartamento A era especialmente entrometida.

—No hagas ruido —le advertí a Leo.

—¿Por qué?

—La vecina de al lado es una cotilla de primera. Siempre está pendiente de lo que ocurre, para luego esparcir chismes por todo el edificio.

Intenté buscar las llaves en mi bolso, pero me costó trabajo encontrarlas. Y cuando lo hice, no lograba encajarla en la cerradura.

—Tal vez la cerradura esté... helada —sugerí, aunque mi comentario carecía de sentido.

—¡Qué tontería! Dame las llaves, yo lo hago —dijo Leo, avanzando con elegancia y habilidad hacia la puerta, que al parecer, decidía no cooperar conmigo. En unos segundos, un sonido metálico anunció que había logrado abrir.

—¿Cómo lo hiciste? —pregunté, aún atónita.

—Simple: una vez introducida la llave, se gira con suavidad y un poco de presión —explicó.

—Vaya, gracias por la lección magistral. Podrías haberlo hecho sin dártelas de experto —respondí, no sin cierto sarcasmo.

—Bueno... entra —dijo Leo, apoyándose nuevamente por la cintura y ayudándome a acceder a mi hogar.

El cansancio me invadía. Mi boca tenía un sabor extraño, y me sentía increíblemente

mareada. La tenía pastosa como si hubiera comido una magdalena de algo arenoso. Tenía sed. Pero no de alcohol.

La tradición de descalzarse al entrar en casa debería venir con una advertencia para patosas como yo. Siendo un desastre con patas, lo que vino después no sorprendió a nadie: Me tambaleé y acabé chocando contra Leo, dejándolo literalmente entre la pared y un lugar difícil, o sea, yo.

La escena no podía ser más cómica y bochornosa. Leo parecía retraerse como un prepucio y yo me quería meter en un agujero por la vergüenza. Resbalamos juntos al suelo cual pareja patinadora, pero sin gracia. Leo me miró con esa cara de "Voy a quitarte la ropa, pero con elegancia, para que no te asustes". Estábamos tan cerca que casi beso su nariz. Al mirar sus ojos, me di cuenta de algo: eran indescriptibles. Ni marrones, ni verdes, ni azules, ni ambarinos. ¡A saber! Parecían cambiar de color según la luz. ¿Qué era esto, un caleidoscopio?

—¿Por qué me miras tanto? —susurró. Cerré los ojos por instinto y luego los abrí lentamente.

—Estaba analizando la vergüenza ajena que estamos causando, ¿qué más? —respondí. Con un poco de esfuerzo, me levanté y le ofrecí la mano—. A ver, te ayudo.

—Era lo mínimo después de casi dejarme mellado.

Al levantarse, tuvo un traspies y me usó de paragolpes. Casi sin quererlo, estábamos demasiado cerca, hasta que me atacó la risa.

—Oye, ¿te estás poniendo... emocionado? —solté sin pensar.

Él sonrió con complicidad.

—Recuerdo que mi profesora de gimnasia me subía la tensión, pero tú, tú estás a otro nivel.

—¿Profesora de gimnasia? ¡Madre mía, tienes un fetiche raro!

—Si sigues hablando, te cuento más cosas que te harán replantearte la vida.

Entre risas, me encaminé hacia el dormitorio, sintiendo cómo Leo intentaba evitar que me desviara. Finalmente, al intentar darme la vuelta, perdimos el equilibrio y caímos juntos a la cama. Y sí, el contacto era muy, muy cercano.

—Señorita Valentina, estás siendo muy audaz, ¿no crees? —dijo con una sonrisa seductora.

—Leo, el sexo es como conducir: al principio es todo señales y nervios, pero una vez que lo controlas, es un viaje apasionante —contesté, dudando de mi sobriedad.

Sin esperar respuesta, Leo se acercó y me besó. Una parte de mí quería empujarlo, pero otra no quería que parara.

Agarré con firmeza la manta de la cama, buscando estabilidad física ante el torbellino de emociones que me embargaba. ¿Qué me estaba pasando para permitir ese beso? Comencé a pensar que tenía razón y que Leo estaba perdiendo el juicio. Sin embargo, el problema era que yo también. Decidí no darle demasiada importancia y no mencionar nada. Después de todo, era solo un beso inocente y no iba a dejar que eso arruinara mi noche.

Leo jadeaba excitado, alternando entre besos intensos y mordiscos suaves en mi cuello que hacían erizar mi piel. Entre gemidos y jadeos, apenas logré articular palabras.

—¿Qué te pasa, Leo? —inquirí, visiblemente molesta—. No sé qué pretendes con esto, pero te aseguro que te estás confundiendo conmigo.

—Yo creo que no —fue su única respuesta, desbordando indiferencia.

Su actitud me enfureció, pero no tuve tiempo de replicar. Volvió a besarme con fervor, pero el sonido de pasos interrumpió el momento.

—¡No jodas, dejé la luz encendida! —escuché desde el pasillo.

La voz era de Héctor, mi novio. Paralizada por el miedo, me costó reaccionar. Leo se apartó y, con la voz llena de sorpresa, exclamó:

—Joder —le susurré pegada a su boca—. Es mi novio —respiré angustiada y la última palabra casi la chillo.

De pronto, se le abrieron los ojos como si el día hubiera irrumpido de golpe y porrazo.

—¿¿¿Qué??? —murmulló, igualmente en perplejidad.

—No me lo creo —negué con la cabeza, en pánico total.

—¿Eso es Héctor?!

—¡Sí! ¡Es mi novio! ¡Nos tenemos que esconder ahora! —le insté, casi gritando.

En un abrir y cerrar de ojos, ambos nos levantamos. Escuché a Héctor quitarse los zapatos, y sabía que cualquier segundo podría entrar en la habitación.

La borrachera se me había pasado en un instante, y en ese momento buscaba desesperadamente el lugar más inhóspito donde dos adultos pudieran esconderse y, a ser posible, permanecer invisibles. Oí con claridad el sonido de los zapatos de Héctor al tocar el suelo. Eso significaba que se había descalzado y lo siguiente podría ser entrar en el cuarto o dirigirse al baño. No estaba dispuesta a descubrir cuál de las dos alternativas escogería antes de desaparecer como Houdini.

Leo frunció el ceño y me observó, confundido por mi comportamiento errático, pareciendo un bicho atontado.

—Ven, date prisa —me susurró al oído. Tiró de mi mano y señaló el armario—. ¡¿Y si nos escondemos allí!?

Nos miramos. Negué con la cabeza, él asintió. Todo en silencio. Comunicándonos sin palabras. ¡Qué situación tan absurda! Me sentía humillada, y era mi culpa.

Abrí el armario y me sorprendió ver que había mucho espacio; la primera estantería estaba elevada, dejando espacio libre en la parte inferior donde colgaban algunas prendas. Era un armario grande, pero no era momento para evaluarlo.

—¡Vale, me meto yo primero! —exclamó Leo.

Mientras se acomodaba en el armario, mi corazón palpitaba con fuerza. Al escuchar los pasos de Héctor acercándose, me precipité dentro, empujándolo involuntariamente. Nos encontrábamos en una posición incómoda, yo encima de él. La puerta de la habitación se abrió en ese momento, dejándonos en un estado de alerta máxima. Mientras Leo se introducía en el armario, los pasos de Héctor se acercaban más y más. Sin pensarlo, me lancé detrás de Leo, y ambos quedamos apretujados en ese pequeño espacio. La puerta de la habitación se abrió y, en la oscuridad del armario, el sonido de nuestros corazones latiendo era ensordecedor. Leo parecía más calmado que yo, pero era yo la que había traicionado a Héctor, no él. Me tomó desprevenida y quizás mi pensamiento fue más negativo de lo que debería, pero reflejaba exactamente cómo me sentía. Sentía una amenaza inminente. Había traicionado la confianza que había trabajado tanto en construir con Héctor, y él no merecía esto.

Dentro de la penumbra del armario, nuestras respiraciones eran audibles a pesar de intentar silenciarlas. Mi corazón latía con fuerza, y Leo parecía más calmado que yo, quizás porque la situación no le afectaba personalmente.

Escuché la puerta de la habitación abrirse. ¡Por los pelos!, pensé. Desde la oscuridad del armario, era imposible controlar la respiración entrecortada, aunque nos tapásemos la boca; mi corazón latía más rápido que un Ferrari en la autopista. Todos y cada uno de mis músculos temblaban. Leo, por su parte, parecía más sereno. Claro, él lo tenía fácil. No era su vida en juego, ni su novio; era el mío. Y allí me encontraba, practicando el noble arte de esconderme por culpa de ese hombre que ahora estaba a mi lado.

Oímos sus pasos, lentos y pesados, acercándose a la cama, y parecía no darse cuenta de nuestra presencia. Al menos, no hasta ese momento. Entonces, algo inesperado: la voz de una mujer. Héctor no estaba solo en la habitación y aquella voz no me resultaba del todo extraña. Intenté concentrarme para identificarla.

—En cuanto la escuché, me quedé de piedra. Le dije "¿de verdad?" y echó la culpa a su amigo por invitarla. El colmo fue que venía con unas copas de más y bastante despistada.

—Amor, ya sabes cómo es Valentina. Un poco despistada. Ya tendrás tiempo de charlar con ella.

—Lo sé, Rafaela, pero quería zanjar esto hoy. Pero claro, siempre tiene que ser a su manera. Decía que no podíamos vernos hoy, que tenía esa fiesta. Y que, además, no quería asistir. Se va a poner como las Grecas y yo me quedo sin poder poner punto y final. Lo siento, cariño, necesito un poco más de tiempo.

Fue entonces cuando escuché a Héctor tergiversar algo que yo había dicho. Ambos parecían conspirar contra mí. Y reconocí la voz de la mujer al instante, en cuanto comenzó a hablar. Era Rafaela, la novia de su mejor amigo. Poco después, todo empezó a cobrar sentido.

—Mi amor, no estamos aquí para hablar de tu novia. Quiero estar a tu lado. Ya encontrarás la manera de librarte de ella.

—Lo sé... pero esa chiflada siempre vuelve con su aire de "niña buena" y todo se repite: yo sintiendo lástima y ella fastidiándome los planes. Siempre es lo mismo, es un bucle sin fin. No sé qué hacer ya... de verdad.

Iba a gritarle unas cuantas verdades al oído cuando sentí la mano de Leo sobre mi boca, abrazándome y apoyando mi espalda en su pecho. Ambos acurrucados en un rincón del armario.

—Ni se te ocurra —susurró en mi oído, provocándome escalofríos y lágrimas.

Nada podía disimular el asco y repugnancia que sentía. Si no hubiéramos estado sumidos en la oscuridad, Leo habría visto mi cara, totalmente descompuesta y pálida. Me sentía fatal, la rabia me consumía. Y no, no era por el alcohol.

—Tu comentario me pilló en un mal momento y me pareció más ofensivo de lo que realmente era —dijo esa arpía.

—Lo lamento, es que hoy no ha sido mi día y quizás me excedí un poco.

—Entiendo que te sorprendiera y de ahí tu reacción.

—No me voy a enrollar, pero algún día tendré el valor de mandarla a freír espárragos.

—Cambiemos de tema. A tu ritmo encontrarás la manera de dejarla. No es que estéis casados, así que no te preocupes.

—Pero no tienes ni idea de cómo es Valentina. Cuando se pone melodramática... ya me lo estoy imaginando. No quiero que haga ninguna locura, ¿entiendes? Es una chica frágil, con muchos problemas. Imagina que decide hacer algo irracional por mi culpa. No podría vivir con eso.

—Pobre, qué mala pata. Está un poco ida. Pero no te preocupes, cariño, haz las cosas a tu ritmo. Yo estaré aquí esperándote, como siempre. Más tiempo, menos tiempo, ¿qué más da?

—No podría vivir sabiendo que algo le pasó por mi culpa. A pesar de todo, es solo una chica que está pasando por un mal momento.

"No pidas disculpas por romperme el corazón, hijo de puta; por herirme como nunca nadie lo hizo. No merecía que me trataras así cuando lo único que quería era hacerte feliz." Descubrir este lado de mi novio, un lado que desconocía, ha sido una auténtica patada en el estómago, y más aún verlo con esa petarda de pacotilla.

Así comenzó una relación llena de un odio visceral, traición, engaño, maltrato,

arrepentimiento y un deseo ferviente de matar a ambos. Leo me sujetaba como si llevase una camisa de fuerzas. Me sentía fatal, quería ser fuerte y no darles la satisfacción de verme quebrada, pero no pude evitar que las lágrimas rodaran por mis mejillas al escuchar los movimientos y conversaciones venenosas de esos dos sobre mí. Y encima, ¡mentiras! Héctor mentía más que hablaba, y yo solo quería romperle esos dientes. A golpes. Y aunque ha sido un puñal escuchar todo eso de quien creía era mi pareja, o más bien, mi expareja, lo que verdaderamente me destrozó no fue descubrir que estaba con otra. En realidad, ya había muy poco amor entre nosotros. Más de una vez había pensado en mandarlo todo al garete y zanjar nuestra relación. Qué lástima no haberlo hecho antes. Lo que verdaderamente me dolía era su falsedad. Todas las veces que había simulado. Cuando me encontraba desanimada, buscaba su refugio y todo parecía mejorar. Era constante, paciente y parecía que me amaba, a pesar de todo. Ahora me doy cuenta de que no fue más que un teatro. Era un actor de campeonato, digno de un Oscar en Hollywood. Con futuro prometedor y estatuilla dorada garantizada. El galardón al mejor embustero del año, fingiendo ser el bueno mientras hablaba pestes de mí. Y esa arpía merecía el Oscar a la mejor actriz secundaria, sin lugar a dudas. Ha logrado engañar a tres personas a la vez: a mí, a su novio y a Héctor, que aún no tiene ni idea del lío en el que se ha metido.

—Es imposible no excitarse tanto como yo sólo de imaginarte a cuatro patas. Sí, mi amor, mueve el culito como la experta que eres... y apriétate las tetas al mismo tiempo. Eso es, mi amor.

Ella gemía y yo apretaba los ojos con tanta fuerza que temía quedar sin ellos.

—Puedes hacer que me corra como un loco y también empezar a decir las cosas más sucias y excitantes que puedas imaginar en esa boca deliciosa.

Vaya. Si hay algo peor que estar escondida en un armario con tu colega de trabajo mientras tu "presunto novio" te es infiel, es escuchar las expresiones íntimas entre ellos. No sabía que tenía ese lado, y, francamente, prefiero haberlo descubierto así. ¡Qué desagradable! ¡Dios! Están hechos el uno para el otro. Yo no podía evitar sollozar, escuchando sus susurros y sonidos por toda la habitación. Era, cuanto menos, bochornoso. Quería salir de ese armario y enfrentar la situación, pero me sentía demasiado abatida.

Incliné la cabeza y la apoyé en el hombro de Leo, quien me sostenía. Él había sido mi salvación en esta difícil situación. Me pregunté cómo hubiera sido si hubiera estado sola en esa situación. Me sentí realmente agradecida de tenerlo conmigo. Giré un poco el rostro y le susurré:

—Lo siento y gracias —con un sollozo contenido.

Aunque no podía verlo, podía sentir su aliento. Sintiendo su mano acariciando mi rostro, acercó sus labios a mi oído. El escándalo que hacían afuera nos permitía hablar sin ser escuchados. Eran dos pasiones desbordadas en pleno acto.

—No permitas que esos dos afecten tu felicidad. ¡Vamos! ¡Qué menos! —el calor de su voz cerca de mí provocó un cúmulo de emociones. Emití un sollozo un poco más audible, pero en ese instante, en la oscuridad, sus labios encontraron el punto justo en mi cuello, y poco después, sus labios se encontraron con los míos.

Un beso que comenzó siendo inocente y terminó siendo apasionado. Nos encontrábamos besándonos en un armario, mientras afuera, mi ex se perdía con otra. ¡Qué situación más insólita!

Mientras tanto, en el supra mundo

Hedoné

Decir que era un bonito escenario sería quedarse corto. Aquello era desolador. Vaya espectáculo el que se había montado en esa habitación. Y pensar que al principio de la noche todo apuntaba a que sería un rotundo éxito de romance entre los dos tortolitos. ¿Cómo iba a imaginarme que ese imbécil de Héctor decidiría traer a su amante y liarse con ella delante de su novia?

¡Vaya! Habría sido mucho más sencillo si mi padre me hubiera asignado a Héctor como misión. Le venía como anillo al dedo. Un auténtico esclavo del placer y la lujuria, deseoso de esparcir su maldad a diestro y siniestro y con ganas de desparramar su semilla del mal a porrillo. ¡Habría sido tan fácil! Pero no, tenía que encargarme de esos dos que, por el amor de mi fecunda madre, no paraban de liarse a besos. Eso dista mucho del tipo de placer que tenía pensado para ellos. Y Rafaela, esa amante rubia de ojos azules y piel más pálida que la norma, bien podría ser la imagen de un anuncio de talco para bebés. Llamarla «zorra» es quedarse corto. No logro comprender qué es lo que Héctor ve en ella. A menudo, oímos a mujeres lamentarse sobre las habilidades de los hombres en la intimidad. Sin embargo, raramente se cuestionan sobre si ellas mismas pudieran mejorar en ese aspecto. Ella es un ejemplo de esta actitud. Pareciera pensar que, al intimar con Héctor, le está otorgando un gran favor. En lugar de ser una experiencia significativa, se reduce a un mero juego, algo que, lejos de ser placentero, resulta molesto. Esto me desalienta profundamente. Parece que la esencia de lo que siempre he defendido se pierde entre los humanos.

La mayoría de las mujeres piensa que la responsabilidad del control e iniciativa es de los hombres, lo cual es un enorme error. Es necesario mostrar más interés e involucrarse de verdad en las sensaciones de manera conjunta. No son solo situaciones incómodas para mí, sino también insultantes.

El ego es fundamental para la confianza y motivación en una pareja al momento de tener relaciones, así que dañarlo puede ser el peor error. No se trata de ser la mejor amante, ni de tener el mejor orgasmo de tu vida, ni siquiera de comportarte como una estrella porno, sino de involucrarte en la relación con tu pareja, porque el sexo es cosa de dos. Aunque él lo haya convertido en asunto de cuatro. Y quién sabe de cuántas más, pero no iba a perder el tiempo investigando a dos memos que no eran mi objetivo.

Estaba sentada en el alféizar de la ventana observándolo todo, cuando a través de la pared veo pasar al muy capullo de Algos. Sabía que aquí había gato encerrado. Sí, alguien estaba a punto de caer en mi trampa, porque estoy segura de que ese tipejo tiene algo que ver. Y cuando una idea cruza mi mente, la dejo salir, porque si la retengo, exploto. Le sigo de puntillas y cuando estoy a punto de atraparlo, le susurro:

—Te he pillado.

Se giró y me miró sorprendido, con la cara blanca. Hubo unos segundos de tensión en los que no sabía cómo iba a reaccionar, e intercambiamos miradas desafiantes, pero tras recuperarse del shock, Algos empezó a reírse descaradamente.

—¿Te estás divirtiendo? ¿Qué te hace tanta gracia? Vamos, comparte, que estoy deseando saberlo —dije con sarcasmo.

—No sabía que estuvieses aquí para protegerme, para saber dónde estoy y con quién estoy

en todo momento, pero te agradezco la vigilancia.

—Eso te gustaría, pero no. No hago favores a tipos como tú. Lo que quiero saber es ¿qué haces aquí? No deberías estar. Esto no es tu territorio.

—Solo estoy de paso.

—¿De paso ni qué narices? —Si él no tenía pelos en la lengua, yo menos.

—Mira, necesito descansar. Llevo muchas horas en pie. Así que, con tu permiso, me voy a la cama, que es tarde.

Se estaba mofando de mí, el muy desgraciado. Si el Dolor no descansa. Nosotros no descansamos. Menos aun estando de servicio.

—No tan rápido, lagartija —le agarré por un brazo, impidiéndole seguir.

—¿Qué quieres, Hedoné? No has encontrado lo que buscabas y vienes a darme el coñazo, vaya tela —se quejó.

—Es un milagro que te dejen salir solo a la calle. Cualquier día te metes en un lío...

—Lo que no sucede en un año, puede ocurrir en un instante, ya sabes cómo va.

—Escucha, rata, ¿qué has hecho? Admite que has sido tú. ¿Cómo conseguiste que esos dos dañasen a mi clienta?

Lejos de reírse, Algos soltó una maldición.

—Era sencillo y divertido. Había un peligro inminente.

—¿De qué hablas, loco? —Me llevé las manos a la cabeza—. Eso es una suposición que tú convertiste en realidad.

—Deberías alegrarte de mis logros. Ese idiota de Héctor estaba a punto de dejar insatisfecha a tu clienta. Hablo de sexo, claro. Así que te he hecho un favor quitándotelo de en medio.

—¿Quitándomelo de en medio? ¿En serio? —Mi voz se elevó varios tonos y estaba al límite—. Lo único que has hecho es infligir dolor de manera deliberada como forma de control o castigo. Es cruel y degradante.

—No me riñes como si fuera tu juguete, joder —responde con sarcasmo y estoy a punto de borrarle esa sonrisa de la cara con un golpe—. Para empezar, yo soy inhumano. Y tú también. Y tú provocas más que yo. Y luego, ese es mi trabajo, cariño —añadió el mote y puse cara de asco—. Así que primero debo infligir dolor para que luego tú consigas el placer con tu público objetivo.

«Abuelito Dios, esto es increíble», a esta criatura habrá que encerrarla en algún lugar oscuro y alejarla de todo, ya que no trae nada bueno, solo destrucción.

—Escúchame, Algos, esto no es una chorrada para mí. Hay demasiado en juego en esta historia como para que vengas a entorpecerlo. No lo permitiré.

—Te estás tomando esto muy a pecho.

—No estoy para aguantar tus quejas ni críticas, sobre todo viniendo de alguien como tú. —Hago una pausa, tratando de encontrar la razón de mi enojo, pero por el momento no me viene nada a la mente.

Como colofón final, esta bestia decidió acercarse a mí y es entonces cuando me doy cuenta de su imponente presencia, vaya, sí que se nota que tiene presencia.... Nunca me había percatado de cuán imponente y robusto podía parecer Dolor. Robusto y de mucho hueso. Hablando en hueso, no pude evitarlo, es que lo mío me nacía: bajé la mirada para ver su entrepierna, a escasos centímetros de mí.

Enfoqué mejor para ver si era cierto lo que mis ojos veían. Estaba nítidamente empalmado, con una erección de tres pares de cojones, nunca mejor dicho, y, aunque no conozco el momento exacto en el que se originó, podría decir que sé lo que la influenció. Sentí hasta pena.

—¿No te molesta? —pregunto, aún sorprendida.

Su risa me saca de mi trance.

—Es obvio que sí. Todo en mí es Dolor. ¡Ojo, se te va a caer la baba! —Lo miré y se relamió los labios—. Y tengo mejores ideas de lo que puedes hacer con ella.

—Cuida tus palabras y no me vaciles, Algos. Que nos estamos poniendo muy tontos últimamente.

Ladeó la cabeza y analizó mi expresión, claramente cargada de morbo. Buena parte de la culpa la tenía mi padre, el mismísimo Cupido, que me tenía en un sinvivir. Aunque solo habían pasado dos semanas desde que abandoné el harén de mi isla, estaba que ardía. No puedo estar tanto tiempo sin un poco de acción, es como pedir a un pez que viva sin agua o a un río que no siga su cauce. Y ya que hablamos de agua y de fluidos... ¡Dios, qué embarazoso!, pero estaba más que evidente mi estado de necesidad.

Él, con su radar infalible, se dio cuenta al instante. Una sonrisa traviesa se dibujó en su rostro y, acercándose, me susurró palabras que me hicieron estremecer de arriba abajo.

—Recuerda que en este momento tú también estás pasando por una situación similar a la de esos jóvenes. Se nota. —Su mirada se posó en mis labios y emitió un leve sonido de satisfacción.

Intenté contenerme, sin darle el gusto de verme afectada. Me tuve que ahogar un jadeo, por mis santos ovarios. Para no darle el gusto. O el placer, según como se mire.

¡Vaya con el tipo! Hijo de una gran... Aunque ya quedó claro que no tiene madre que lo reconozca, ¡aun así, me daban ganas de estrangularlo! ¿Cómo he podido ser tan ingenua? Me estaba sirviendo una dosis de su propio veneno, el muy pillín. Por lo visto, infligir dolor y castigo es su especialidad. Y él bien sabía que yo, siendo el emblema del placer, estaba sufriendo por la ausencia de este. Pero claro, no dudó en frotármelo en la cara. Muy astuto, el señor Dolor. Pero ya verá cuando le toque enfrentarme.

Sin más, me dio la espalda, y con ese tono satánico y burlón me espetó:

—Hasta mañana, bombón. Un verdadero plaaacer —arrastró la palabra— charlar contigo.

«La vida de la aldea désela Dios a quien la desea»... porque ¡yo ni regalada lo deseo! ¡Arrrgggg!

Demasiada tensión sexual no puede ser buena. Y encima el muy astuto disfrutaba haciéndome rabiarse. Ya se sabe, en la confianza está el peligro. Pero, dejando eso de lado, debía centrarme en otro asunto más apremiante. Una parte clave de mi labor es idear una estrategia para que dos jóvenes, Valentina y Aquileo, caigan rendidos el uno al otro. Aún hay esperanza.

He notado interés y una chispa de voluntad en ellos. Para empezar, es vital entender sus personalidades: lo que podría atraer o repeler a uno del otro, sus similitudes y diferencias. Cuanto más definidos estén estos aspectos, más sencilla será mi labor. Cualquier buen escritor lo sabe. Así que eso es lo que voy a hacer.

Uno de los errores más comunes en las historias de amor que fracasan es este: dos individuos que apenas se conocen, y que casi no han compartido tiempo juntos, repentinamente, al final de la trama, están locamente enamorados. Eso solo ocurre en relatos románticos llenos de clichés. La vida real no funciona así. Mi tarea es más complicada. No es creíble que se enamoren sin más, por lo que debo asegurarme de que Valentina y Aquileo realmente conecten y se den la oportunidad de conocerse. Así que, ¡al trabajo!

En la casa de Valentina

Valentina

Me desperté con esa sensación que te queda después de una noche de excesos: el cuerpo resentido y un agotamiento profundo. Tras el coctel de alcohol, estrés y las emociones a flor de piel de la noche anterior, mi cuerpo no daba tregua: un calor sofocante, hormigueo y una resaca que me aturdí. Pero como dice el dicho: "al mal tiempo, buena cara". Decidí prepararme un café bien cargado para arrancar el día y afrontar el proyecto con energía desde primera hora. Mi mente estaba nublada, solo reviviendo momentos borrosos de la noche pasada. Sería ideal sumergir la cabeza en agua fría, pero tampoco es que me apeteciese enfrentar mi realidad en ese momento.

Sentada en la cocina, agarré mi taza de "Juego de tronos", evocando el sentimiento que tuve al acabar la serie. Se me venían a la cabeza frases célebres de los personajes que, de alguna forma, resonaban con lo que estaba viviendo. "No he venido a reinar sobre cenizas", decía Daenerys. Y así me encontraba, derrumbada. Al final, cuando llueve sobre mojado, parece que las lágrimas son las que más calan. Pero ni siquiera me quedaban esas. Entre sorbos de café, pensaba en Héctor y en cómo, en nuestro particular juego de tronos, yo había salido perdiendo. Y no precisamente con dignidad.

Un recuerdo de Rafaela cruzó mi mente, y casi podía oír al Rey de la Noche susurrar: "El enemigo existe, siempre ha existido". Y luego, resonaba Jaime Lannister con su "Las cosas que hago por amor...". Sin duda, estaba en un bucle de autocompasión.

Traté de bloquear todo y centrarme en el presente. Cerré los ojos, intentando contener las lágrimas, pero fue en vano. Lloré. Lloré amargamente hasta que mi café tuvo un sabor salado y desagradable. Y entonces, levantando la mirada, vi la imagen de Arya Stark en mi taza, recordando su desafiante actitud. Su frase, "Lo último que vais a ver es una Stark que sonrío mientras morís", me animó a levantarme y afrontar la situación.

Así, decidida, me dirigí a la ducha, dispuesta a superar este bache. No más autocompasión. Quería crecer, evolucionar y aprender de todo esto. Tenía que soltar, dejar ir el amor que había sido fuente de tanto dolor. Apegarse solo traía sufrimiento. Pero la vida, con sus altos y bajos, es lo que tenemos. Y es el contraste lo que la hace valiosa.

Estaba empeñada en seguir adelante con mi vida. Eso pensaba mientras me secaba el pelo después de la ducha. Aunque terminara pasando el resto de mi vida sola, no iba a dejar que eso me jodiera. No sirve de nada rallarse por amor; a menudo las cosas no salen como quieres. Dejaré de esperar tanto de los demás, solo así me decepcionarán. Si no espero nada de ellos, no me pueden fallar. Sé que seguro hay miles de pensamientos cruzando mi mente todos los días sin que me percate, la mayoría malrolleros, pero si logro ser consciente de ellos, puedo eliminarlos y centrarme en el presente sin recrearme en el pasado ni fantasear con el futuro. Así, también me libraré de mis apegos. Total, estamos en constante evolución, ¿no?

Salí del baño, pasando mi pelo aún húmedo detrás de las orejas, empapándome de toda esta filosofía que me estaba entrando por la frente como si fuese un zas en toda la boca. ¡Y vaya si lo necesitaba! Tanto el zas como el empujón. Era el típico chaparrón que parece no calar pero te empapas, el que te hace pensar en mil cosas. Vuelvo a esa gran duda que tanto me comía la cabeza: ¿Y Dios? ¿Dónde estaba cuando Héctor me la estaba liando con otra? Seguro que no

estaba ahí arriba jugando al pádel o en modo turista. Estaba conmigo, seguro, personificado en un chaval con nombre de ciudad antigua. Porque si no, me quedaría sin creer en nada.

Me lancé al sofá y abrí el portátil. Me quedé pillada mirando esa hoja del editor tan vacía y pensé: ¿Cómo narices voy a tener ideas para una campaña de San Valentín? Era para flipar. Era como unirme a esos escépticos de los que siempre hablaba mi jefe. Con la cantidad de gente que necesita un poco de amor y esperanza para remontar, yo no estaba en posición de aportar ni medio verso.

En ese mar de dudas, mi móvil sonó. Era Aquileo. ¿Cómo demonios tenía mi número? Contesté sin muchas ganas.

—Hola —saludé.

Y pensé: el chaval está flipando conmigo, seguro se está partiendo después de la que lie ayer. Y no es que la noche anterior hubiera sido tranquila. Fui de copas, me pillé una buena y para colmo, terminé besuqueándome con este tío en un armario, mientras mi exnovio estaba con otra. Lo sé, soy la reina de los resúmenes. A la mañana siguiente, con toda la cara del mundo, pasamos de puntillas por una habitación con una pareja agotada y dormida. Salimos de ahí en plan ninja, intentando que nadie nos viera, y nos piramos pitando de la casa. Pero esperar a que esos dos se durmieran fue la muerte. Aunque bueno, mientras tanto, exploramos todos los tipos de besos habidos y por haber. Acabé con la boca como un pez globo. Oye, que si quieres unos labios potentes, nada como unos buenos besos. Acabé con la boca como si me hubiera llevado un guantazo. De verdad, parecía que me había comido un pez, pero sin necesidad de pasar por el dermatólogo ni chutarme nada. Que sí, que ahora lo que mola es tener unos labios a lo Kardashian y es lo que muchas buscan, pero no todas estamos dispuestas a meternos en un quirófano ni a aguantar las agujas. Por eso, nada como recurrir a los truquis naturales. Lo mío no fue a propósito, claro, pero vamos, si quieres unos morros de infarto, no hace falta más que un buen beso. Y si te pegas la noche, como hicimos nosotros, acabas con una boca que te recuerda a los dibujos esos de Ren y Stimpy. ¡Vamos, un show!

—¿Qué tal? —me soltó con un tono de voz que me sonó un poco paternal.

—Oye, Leo, que lo de anoche fue un desliz, ¿vale? No te pongas ahora en plan colega preocupado.

—No puedo evitarlo, ¿sabes? Me preocupa, sí —confesó.

—Vale, pero no deberías.

—Aunque no lo dijera, estaría preocupado igual. ¿Para qué disimular?

—Leo... si en algún momento te he dado pie a pensar que somos algo más, lo siento.

—Mira, solo quería saber cómo estás y, por cierto, tu dirección.

Y ahí estaba el tema: la noche anterior, me quedé en el piso de Héctor porque estaba al lado de la movida. ¿Cómo iba a saber que iba a aparecer y, encima, con otra? Supuestamente, estaba de viaje. Y él sabía que yo tenía las llaves de su casa. Vamos, un pollo de cuidado.

—¿Y para qué quieres mi dirección? —obviamente, tras el show, me piré a mi casa y él a la suya.

—Por el curro, tenemos que rematar ese proyecto.

—Leo, es domingo, estoy hecha polvo. ¿No puede ser otro día? Tenemos margen.

—No —contestó tan tajante que me dejó sin palabras. Pero ¿este de qué va?

—Espero que no me hayas llamado solo por eso, en pleno domingo y a estas horas.

—Pues sí, lo he hecho —intenté no soltarle lo que realmente pensaba.

—Vale.

No sé por qué se lo dije, pero le solté mi dirección. Me dijo que en una hora estaría. *Pues*

nada, que venga.

Y, al poco tiempo, llamó a mi puerta. Lo dejé pasar y ahí estaba él, tan guapetón como siempre, con unos vaqueros viejunos y una camiseta sencillita.

—Buenas de nuevo —dije intentando arreglarme un poco la melena con las manos, aunque estaba claro que seguía con cara de resaca.

—¿Se puede? —me dijo, tocando mi pelo—. Pareces que has estado en una juerga en un trastero con un gato callejero. Y tienes unas ojeras que te llegan al suelo.

—Qué chistoso —rodé los ojos y ni me molesté en cerrar la puerta, lo hizo él—. No esperaba a nadie, la verdad. Pero tranquilo, mañana cuelgo una bufanda blanca o algo, para que sepan que no voy de guerra.

—Ponte lo que quieras, pero si yo fuera tú, no saldría ni a por el pan. Dices que has pillado algo y te quedas tranquilita en casa sin espantar a nadie.

—¿Eso es una advertencia?

—Es un consejo. Pero oye, tú misma. —Se tumbó en el sofá y me hizo un gesto para que me sentara junto a él. Así lo hice.

—¿Qué quieres, Leo? —Se quedó mirándome fijamente, con una expresión seria.

—La verdad es que el otro día, déjame que te cuente esto —empezó con una risa medio nerviosa— tuve un sueño de lo más loco. Una pesadilla, diría yo. Soñé que estaba atrapado en un callejón de Madrid con una chica, huyendo de un dragón gigante que escupía fuego. Vamos, como si estuviéramos en Juego de Tronos —levanté una ceja sorprendida. Parecía que había estado escuchando mis propias divagaciones de esta mañana—. Y ahí no acaba la cosa, porque el dragón, en su enfado, empezó a lanzar fuego blanco de la, vamos.... ¡del sitio menos pensado! —Solté una risotada. ¡Menuda imaginación tenía!—, y se inició una lucha mortal entre él y una chica con reflejos de rubio del Mercadona, yo intentado proteger una damisela en apuros por poco me chamusco. Pero justo cuando creía que la iba a palmar, la chica salió corriendo a las montañas de Sierra de Guadarrama, y yo me quedé flipando sin saber qué había pasado. Desperté sudando como si hubiera corrido la maratón de Madrid.

Riendo, solté un suspiro.

—A decir verdad, no me esperaba que él apareciera de sopetón en medio de la noche. No lo vi venir, tío.

—Normal que no, es su piso —respondió, en un tono bajo y con cierta ironía.

Nuestras miradas se cruzaron. Negué, desconcertada. El silencio nos envolvió durante lo que pareció una eternidad. Supongo que esperaba alguna explicación de mi parte. Pero fue él quien habló primero.

—Es la historia de siempre, un clásico, ya lo sé.

—Bueno, es cierto que me lo merecí.

—¿Qué te lo merecías? ¿Hablas en serio?

—Bueno, la verdad es que no me sorprende. —Aunque, ¿quién podría prever un final tan abrupto y sin avisar?

—¿Qué te lo esperabas? Venga ya, Val. ¿De verdad pensabas que tu «novio perfecto» te iba a jugar así?

—Nunca fue perfecto. Ni de coña.

—Ya te digo. —Se acomodó en su silla, y el aroma de su colonia llegó a mí, haciéndome casi marear. Mirándome fijamente, añadió—: Simplemente ha sido un capullo que busca maneras de hacerte daño.

—Lo sé... estoy intentando asumirlo y superarlo, poco a poco. —murmuré, dejando que el

dolor saliera en mis palabras.

Aquel comentario me reconectó con mi esencia, recordándome mi fuerza y mi capacidad para superar las adversidades.

—Val, perdona. No debería haberte soltado todo eso. De verdad, lo siento.

—Esta mañana, al despertar, tuve una revelación —comencé, mirando hacia la ventana antes de volver a enfrentar a Aquileo—. Aunque pueda parecer una locura, recordé que soy algo así como una bruja hechicera urbana. Mi bola de cristal no es una esfera brillante, sino una simple hoja de papel —señalé hacia el escritorio desordenado, repleto de garabatos y notas—. En esa hoja, me retrato, desnudo, sin barreras, mostrando todas mis vulnerabilidades. Es allí donde plasmo mis miedos, mis esperanzas y mis deseos más profundos. Y hoy no me quedaba nada por escribir.

Aquileo me miró un poco desconcertado, intentando descifrar si estaba bromeando o siendo completamente seria.

—Pero a pesar de todo, aquí estoy —continué—, dispuesta a enfrentar el mundo con la frente en alto. Hoy, más que nunca, quiero mantener mi dignidad intacta, a pesar de lo frágil y expuesta que pueda sentirme.

Se quedó en silencio durante unos segundos, procesando lo que acababa de escuchar. Luego, con una sonrisa suave, respondió:

—Siempre supe que había algo especial en ti, algo mágico. Y aunque tu "bola de cristal" sea una hoja de papel, lo que escribes en ella tiene el poder de cambiar el mundo, o al menos, cambiar tu perspectiva de él. Así que pongámonos al lío y vamos a petar esa campaña.

Tomé un respiro, agradecida por su comprensión y apoyo. En un mundo lleno de ruido y caos, era reconfortante saber que había alguien dispuesto a escuchar y entender, incluso cuando uno se sentía más vulnerable. El siempre confiado y orgulloso Aquileo parecía verdaderamente afectado por mi situación. No quería que me viera así, y menos él. Miré al suelo, deseando que me tragara la tierra, pero sabía que eso no ocurriría. Así que, respirando hondo, le dije:

—¿Te va un café?

Él asintió, y me regaló una sonrisa cómplice.

Me puse en pie para preparar un café.

Detrás de las cortinas de la casa de Valentina

Hedoné

Mientras Valentina esperaba la visita de su compañero y potencial novio (si todo iba viento en popa) Aquileo, y al verla desfallecer como un trozo de jamón pasado de fecha, decidí pedir un poco más de ayuda divina.

—Papá, tienes que hablar con el abuelo —dije, hablando por teléfono con mi padre Cupido.

—¿Tu abuelo? —soltó una risotada—. ¿Estás de broma, verdad? Prefiero comprarte otra mansión para tus ligues de una noche, lo veo más factible.

—Justo cuando te pido algo serio, ¿no puedes echarme una mano?

—Cariño, tu abuelo se pasa los fines de semana en el club de golf. Seguro que ahora mismo está cuidando sus bonsáis en ese mausoleo que llama casa. Así que, ¿quieres que yo llame a mi señor padre Zeus y le pida un favor, verdad?

—Exacto, y cuanto antes mejor.

—Cariño, tu abuelo es un viejo cabezota y rencoroso. Ni siquiera Lucifer, tu tío lejano, consiguió sacarle nada, y yo mucho menos. Pero si quieres, inténtalo tú. A lo mejor tienes más suerte.

—Déjalo. No tengo tiempo. La situación está yéndose de las manos y creo que no podré hacer lo que me pediste.

—Tu marrón, mi marrón. Quizá podamos apañarlo juntos. ¿Te suena bien un trato? ¿Qué te parece, *quid pro quo*?

—Me da igual de dónde venga la ayuda. Valentina está perdiendo la fe en el amor y es un desastre. Y sí, reconozco que a veces no pillo tus métodos ni tu insistencia en hacerme creer que lo mío y lo tuyo son lo mismo, pero estoy agobiada.

—El amor y el placer son dos caras de la misma moneda. Sin uno, el otro es soso e insulso.

—Venga, venga —No estaba para discutir—. ¿Vas a echarme una mano o no?

—A ver... Humanos... —dijo con sarcasmo—. ¡Vaya sentido del humor más retorcido!

No entiendo por qué era tan crucial para él completar esta misión. ¿No sería más fácil dejar que los humanos pagaran por sus propios deslices?

—En gran medida, el amor entra por los ojos. Cuando ves a alguien que te atrae, tus ojos mandan esa imagen a la corteza occipital, la parte del cerebro que procesa lo que estás viendo, por ejemplo, una cara. Luego, esa imagen va al giro fusiforme, la parte que decide si te gusta o no lo que ves. Todo eso pasa en segundos. Si de verdad te gusta lo que ves, entonces podemos hablar de «flechazo».

—Papá, ¿puedes ser más directo y dejar los rollos técnicos? —Ya me estaba sacando de quicio.

—Es fácil: solo tienes que darle con una de las flechas doradas en la corteza occipital de Valentina. Así, empezará a ver a Aquileo con otros ojos.

—¿Otro ojos cómo? —Perdonad mi ignorancia, pero yo disparaba flechas a partes del cuerpo humano más... evidentes.

—Cuando la flecha toque esa zona, una orquesta de neurotransmisores hará su magia. Y ya no habrá vuelta atrás. Esa secuencia provocará una liberación de dopamina, relacionada con el

placer y las adicciones, dándole un «subidón» de felicidad. Así que sí, el amor es como una droga.

—Así que se enamorará de Aquileo.

—No al instante, pero sí facilitará las cosas.

¡Vaya! Tanto lío para esto.

—También se producen otros cambios en el sistema nervioso simpático: el corazón late más rápido, el tracto intestinal se revuelve, aparecen esas «mariposas en el estómago», las pupilas se dilatan y se suda más. Aunque esto último no suena tan romántico, es parte del proceso del enamoramiento.

—Confío en que estés en lo cierto, papá. El tiempo corre en nuestra contra.

—Ya me contarás. Y, por cierto, hija mía, ¡buena puntería! Espero que lo hagas mejor que yo.

Colgó sin más. Solté un suspiro de frustración mirando al cielo. No esperaba ningún favor del abuelo, claro.

Cuando llegó Leo, ambos comenzaron a conversar. Yo esperaba pacientemente con el arco en mano, siguiendo las instrucciones de mi padre, buscando el momento perfecto para lanzar la flecha. Justo cuando estaban a punto de compartir una mirada profunda, apunté al cerebro de Valentina. Pero, en el último segundo, un soplo en mi oído me distrajo, haciendo que mi flecha impactara en el pene de Aquileo. ¡Vaya mierda! Me giré para encontrarme con Algos, riendo como si no hubiera mañana.

—¿Pero qué has hecho, imbécil?

A medida que mi furia aumentaba, su risa se intensificaba. La única razón por la que no le estampé el arco en la cabeza fue porque ya tenía suficientes problemas.

—Pensaba que compartías, bombón —dijo con una sonrisa burlona—. Por eso vine a ver si necesitabas ayuda. Y parece que sí, porque te has desviado un poco.

—Eres un gilipollas. No tienes idea del lío que has causado.

—Quizás deberíamos unirnos a la fiesta.

—Cállate, Algos. En serio, cállate o te callo yo.

Me cogió por los hombros y empezó a destilar su veneno mientras mirábamos a la pareja.

—Míralos... qué bonicos —dijo mientras me rodeaba con un brazo por los hombros, dirigiendo nuestra atención hacia la pareja. Entonces, con un tono venenoso, añadió—: Avanzan sin saber que cada paso podría ser el último, movidos por la esperanza de un futuro mejor. Qué ingenuos son.

Quise alejarme, sorprendida por sus palabras, pero me sujetó firmemente del brazo.

—No me mires con esa cara de asombro.

Me solté, pero me atrajo hacia él. El contacto era electrizante. Atrapó mi cintura con firmeza, acercándose a su pecho. La intensidad de sus emociones era palpable. Alzó mi barbilla, colocando mis labios a la altura de los suyos. Lentamente, me empujó contra la ventana detrás de nosotros, y nuestras miradas ardientes no dejaban espacio para dudas: la tensión entre nosotros era innegable. Deslizó sus dedos por mi cabello y un susurro escapó de mis labios al percibir su creciente excitación.

—Desprendes un aroma embriagador... mezcla de feromonas y pasión —dijo con una voz cargada de deseo, mirándome como si estuviera debatiéndose entre liberarme o aferrarme más a él.

Con delicadeza, rodeó mi cuello con su mano y deslizó su lengua por la comisura de mis labios. Mis ojos se cerraron instintivamente, y en un intento de calmar el latido frenético de mi

corazón, traté de respirar hondo, pero la emoción me ahogaba.

—Hedoné... Hedoné... —susurró con una voz que me resultaba insoportablemente seductora.

Intenté liberarme, pero él tenía otros planes. A pesar de la tensión entre nosotros, no podía negar la atracción.

—A ver si vas a hacer que le coja asco a mi profesión.

Con un movimiento deliberado y pausado, deslizó su cintura contra la mía, haciendo que la proximidad entre ambos fuera intensamente electrizante.

—No... —rozó su boca en mi oído, provocándome un escalofrío—. Me porto bien contigo. Demasiado bien.

—No pienso permitir que me trates como una mierda otra vez —murmuré, apenas audible.

—Quizá deberíamos retomar lo que empezamos, o lo que habríamos empezado si no hubieses cortado toda comunicación.

Con esfuerzo, me liberé de su agarre.

—¿Tú, que eres el rey de las imprudencias, que llevas el dolor por bandera, vienes a decirme eso? Después de todo lo que sucedió, tienes el descaro de hablar. Eres despreciable.

Las lágrimas comenzaron a brotar, algo que ni yo esperaba. Algos parecía desconcertado.

—Lamento profundamente haberte dejado de esa manera. Desde nuestro... incidente, he estado abrumado por emociones que me golpean en oleadas e impiden que piense con claridad. Quizás deberíamos hablar al respecto.

—No quiero hablar de eso —confesé, incapaz de dejar que las palabras fluyeran con naturalidad.

—Entiendo —dijo acercándose y mirándome fijamente—. Hedoné... eres la última persona que dejaría atrás en este universo. Lamento todo.

—¿Es este algún tipo de escenario montado? Aprecio los lugares con carácter, pero este está por debajo de tus estándares, Algos.

Extraje algo del bolsillo interno de su chaqueta. Era un vial con un líquido azul brillante.

—Para ti —extendió el vial hacia mí.

—¿Qué es esto? ¿Otra de tus trampas?

—Es una muestra de que me preocupas. Si alguien busca alivio de un profundo dolor, este líquido puede ayudar. Es esencia de mi ser. Actúa como antídoto al dolor, ya seas humano, dios o cualquier criatura.

—¿Por qué debería confiar en ti después de todo?

—No tienes por qué hacerlo. Solo confía en ti misma. Tienes la opción de usarlo para tus seres queridos, guardarla para una ocasión especial o aplicártelo a ti misma. Puede erradicar cualquier dolor que hayas experimentado en un instante. Un tanto inquietante y hasta morboso, ¿verdad?

Me quedé mirando el vial. Era una oferta tentadora, pero sabía que no podía aceptarla a la ligera. Después de un momento de silencio, Algos se alejó, y mientras lo hacía, murmuró:

—Hasta pronto, Hedoné.

Las emociones me invadieron. Algos no solo representaba el dolor, se había convertido en una entidad asfixiante y dolorosa. No tenía alma, eso lo sabía. Me frustraba el hecho de que todavía me hiciera sentir. Recordé nuestra relación pasada, cómo había evolucionado de una amistad a algo más intenso. El placer y el dolor eran inseparables para nosotros. Ambos se entrelazaban, como al experimentar el alivio después de un sufrimiento.

Nuestra pasión nos llevó a concebir una vida, pero la tragedia nos alcanzó. Perdí a nuestro

hijo. Aquella pérdida nos devastó, y Algos, quien personificaba el dolor, no supo cómo manejarlo. Me abandonó en mi peor momento. Pasó el tiempo, y eventualmente encontré paz. Estuve rodeada de amor y apoyo, pero Algos había dejado cicatrices permanentes en mi vida y en el mundo.

Hace mucho tiempo, cuando aún éramos amigos y jóvenes adultos, nuestra relación, que ya era amorosa y platónica, comenzó a volverse física. Lo admito, mezclábamos el placer con el dolor, pero éramos un torbellino de emociones. Dolor y placer no son opuestos, a menudo coexisten. Es como quitarte unos tacones que te lastiman, o liberarte justo a tiempo... La mayoría de las personas sienten aversión ante la palabra «dolor». Si se mezcla con placer, muchos piensan en prácticas sadomasoquistas. Pero hay quienes dirían que todos hemos sentido placer tras un dolor intenso, aunque muchos lo negarían. Todo tiene una justificación, ya sea científica o divina: “Para sentirte bien, primero tienes que sentirte mal”, mi abuelo sabía lo que decía, o al menos eso creía.

Solemos ver las cosas en términos de buenos o malos, con placer en un extremo y dolor en el otro. Pero en realidad, ambos van de la mano. Y eso es lo que experimentamos por mucho tiempo, disfrutando de lo que ambos ofrecíamos. Nuestra obsesión era tal que no había espacio para nadie más. Hasta que lo hubo.

Contra toda lógica, concebimos una criatura, sí, un ser, individuo, ente, persona, sujeto, organismo, bebé. Estábamos sorprendidos, pero felices con este milagro y comenzamos a planificar. Algos siempre estuvo atento a mí, preocupado por el dolor. Yo, en cambio, lo vivía con alegría y placer. Todos estaban emocionados imaginando lo que resultaría de nuestra unión.

Estaba en mi cuarto mes de embarazo y, a pesar de sentirme agotada, quise salir a pasear. Pero pronto sentí que algo no iba bien. Al regresar a casa, mis temores se confirmaron: estaba sangrando. Sentí un dolor abrumador y me conecté emocionalmente con Algos. Ese día, éramos uno. Horas después, en medio del dolor y la desesperación, perdí a nuestro bebé. Algos intentó consolarme, pero parecía incapaz de aliviar mi sufrimiento.

Al principio estaba en shock, pero luego llegaron la ansiedad, la depresión y el estrés postraumático. Pensaba que un aborto espontáneo era solo un contratiempo, pero estaba muy equivocada. El apoyo de mis padres fue crucial. Pero Algos... Él me abandonó. Me dejó en medio del dolor y llevó el suyo. Desapareció, pero sus huellas siguen presentes en todo.

Un día, desperté sintiendo que la peor parte había pasado. Sentí una paz que no había experimentado en mucho tiempo. Viví con plenitud durante estos largos años. No planeo volver a ese oscuro pasado, y mucho menos perdonar a quien me dejó en el peor momento. Ni Judas traicionó de esa manera.

«Valora lo que amas, porque no puedes abrazar los recuerdos», reflexioné al observar a Valentina y Aquileo. Su historia se había vuelto personal para mí y estaba decidida a ver mi misión completada.

De vuelta al sofá de Valentina

Aquileo

Estaba sentado tan tranquilo en el sofá de Valentina, aguardando a que trajese el café, cuando de repente sentí algo raro. Vamos, que me estaba traicionando a lo grande. Miré hacia abajo y vi que me estaba empujando más de lo debido. ¡Joder! No era el momento, *colega*. Es que hay que reconocerlo, una cierta «parte» de mi anatomía tenía mente propia y, claro, ahora se presentaba como si tuviera una entrevista con Valentina. Y para colmo, sentirlo como placer y morbo me estaba matando. Y me ardían las mejillas, ¡vaya si ardían!

No podía dejar de pensar en ello, yo sabía que eso podía pasar. Lo sabía. Llevaba un par de meses sin «darle alegría al cuerpo» y claro, ahora las ganas aprietan. Pero no podía hacerle esto a Valentina, iba a pensar que he venido a otra cosa. Solo quería estar ahí para ella, de la forma adecuada, no de la que parecía que quería mi cuerpo. Estaba a punto de salir corriendo, pero vaya imagen iba a dar. Con mi metro ochenta y cinco, sintiéndome del tamaño de una pulga.

Oí los pasos de Valentina regresando al salón. Y rápidamente cogí lo primero que pillé: un cojín. Era capaz de agarrar un cactus si con eso ocultaba mi evidente... situación.

— Te he traído un café solo. Pero ¿cómo lo quieres? —me soltó con una sonrisa.

—¿Cómo lo...? ¿Cómo lo quiero? —empezaron las fantasías.

—El café, Leo.

—¡Ah! Sí, sí, con dos cucharaditas de azúcar —se le torció el gesto.

—¿Tanto azúcar? Te va a dar un yuyu.

—Antes eso... —bromeé, aunque en realidad quería decirle tantas cosas. *Testosterona hablando*.

Ella sirvió el café y no pude dejar de admirar ese trasero tan bien puesto que tiene. Sentí un cosquilleo, y no solo en la barriga. Menos mal que tenía el cojín.

—Ten cuidado, está muy caliente —me avisó.

—Ya estoy calentito... —metí la pata—. Me refiero a que estoy enfadado con lo que te hizo ese capullo.

Ella me miró con esos ojos profundos y sinceramente, no supe qué decir.

—Val, no te cierres al amor —apreté aún más el cojín—. No dejes que alguien que no sabe amar te quite las ganas de amar y ser amada.

Ella sonrió, con esa sonrisa que me desarma.

—Escúchame, Val —Volví a apretar el cojín contra mis piernas, como si me fuera la vida en ello—, no encierres tu corazón. Te despertaste con lágrimas y estrellas en los ojos, diste todo a alguien que no te merece. Pero tus días aún rebosan de esperanzas y deseos por el amor que guardas. No malgastes tus sentimientos con alguien que no te corresponda.

—Agradezco tus palabras, Leo —me soltó una sonrisa que casi me derrite—. Pero ¿sabes? Quizá no quería tanto ese amor. ¿No es esto suficiente? —hizo un gesto señalando a nuestro alrededor—. A veces buscas refugio en palabras, pero las palabras no abrazan. Y, francamente, del amor ya paso.

—No digas eso. El amor es guay. Tú misma has construido castillos en la playa, que a veces la marea se los lleva, pero los vuelves a levantar. Es la chispa de la vida, tía. No renuncies a ello.

Se quedó clavada en mis ojos. Luego desvió la mirada hacia el cojín. Sentí un escalofrío que

me dejó tieso, como un maniquí. *Ni gilipollas, ni nada.* ¿Se había dado cuenta? Quitó esa idea de la cabeza. No, mejor ni pensar en esa situación. Decidí hacer un movimiento estratégico en el sofá, aun sujetando mi cojín salvador.

—Solo estoy asimilando todo, pero se me pasará. Y tú, dime... —Se apoyó en el respaldo, quedando muy cerca de mí—. Hablas mucho de amor, ¿estás pillado o qué?

Tragué saliva, sintiendo cómo se aceleraba el pulso.

—¿Pillado? Yo... ¿por quién? —*Gilipollas, eres un gilipollas.*

—A ver, tío —Val resopló—, ni idea, ¿quién será la afortunada?

—¡Ah!... eh... no, que va. No.

Una ironía cósmica pareció golpear directamente mi virilidad, intensificando el malestar. ¡Joder, pero cuándo se me iba a bajar esto! Disimuladamente miré el reloj. Quince minutos de máxima alerta roja. Parecía como si me hubiera tomado una sobredosis de viagra, no que sepa cómo se siente eso, porque jamás he tomado.

—¿Te estoy aburriendo? —me preguntó, probablemente al ver mi cara de sufrimiento.

—¡Qué dices! En absoluto.

—Entonces, tú tampoco tienes novia.

—No, lo dejamos en noviembre. —Empezar a hablar de mi ex siempre era un buen apagafuegos.

—Más moderno que yo. Yo soy un cliché con patas.

—Eh, no te menosprecies. Lo mío tampoco es que fuera la repera.

—¿Y por qué cortasteis? —Me encogí de hombros.

—Por celos.

—¿Tú? ¿Celoso? No te pega nada.

—Que sí, tía, que en pareja soy un santo, pero en esta ocasión los celos no eran míos, sino hacia mí. Y no paraban.

—Oye, ¿te puedo preguntar algo a bocajarro?

—Vamos, que ya hemos traspasado el umbral de lo personal hace rato.

Ella asintió, divertida.

—¿Has pensado en liarte con otras estando en pareja?

Silencio. Porque lo único que rondaba mi cabeza ahora mismo eran las ganas que tenía de tirármela. Debí poner cara de haber visto un fantasma, porque Valentina tragó saliva y se ruborizó.

—Perdona, no quería parecer entrometida.

—No tranquila, no pasa nada. No te quedes mal. No tengo problema alguno en contestarte. Estaba pensando en lo que me has dicho; si alguna vez me ha sucedido, pero no. Quiero decir, no como lo que tu novio...

—Exnovio —me cortó. Asentí y proseguí.

—... eso, como lo hizo tu exnovio, no. Jamás pondría los cuernos a nadie. Me parece de ser cobarde. Y a ver... pensar en otras mujeres, cuando estás en pareja, de una forma más sexual... pues sí... ¿y quién no?

—¿De qué forma?

Sí que estaba interesada en los detalles, y yo no estaba interesado en empezar a hablar de sexo, que ya tenía bastante entre manos, es decir, entre piernas.

—Pues... no lo sé... el morbo normal que te da cuando ves a una chica guapa, como tú, por ejemplo. —*¡Me cago en todo! ¿No tenías mejor ejemplo?* Ella curvó los ojos en una ligera sonrisa. *Pero te controlas y ya está.*

En eso estaba.

—Entonces, ¿tu novia era muy celosa? ¿Tenía motivos?

—¿Eso requiere motivo? —empecé a reír.

—A simple vista, no. En eso tienes razón. Pero, por ejemplo, yo nunca tuve celos de Héctor. Ahora, echando la vista atrás, creo que nunca me gustó lo suficiente como para sentirlos.

—Y tú, ¿crees que los celos están directamente relacionados con el amor? Es decir, cuanto más te gusta una persona, más celoso te pones con ella. ¿Es eso?

—No, yo pienso que somos animales y que es normal que haya una fuerte atracción entre nosotros, pero eso no quiere decir que no se pueda estar en una relación de confianza, entre polvo y polvo. Solo creo que para los chicos es muy fácil encapricharse con alguien, sexualmente hablando, y acabáis provocando celos en la otra persona.

—Tú te crees que me tienes muy calado, pero igual te sorprende. No pienso nada de eso. Los celos no son una forma de amor; estar enamorado de alguien o querer a alguien no significa que sea de nuestra posesión. Tampoco significa que esa persona nos pertenezca. Puedes celar y prohibirle mil cosas a alguien, pero si esa persona quiere ser infiel, va a terminar siéndolo.

—¿La querías?

—La quise durante un tiempo, pero después... —pensé sobre ello—. No. Creo que al final ya no la quería.

—Y, ¿estás bien con eso? Digo, ¿has vuelto a verla después de haber terminado? ¿Te ha hecho sentir algo? —No sabía si las respuestas que buscaba eran por saber de mi vida o de la suya, pero decidí contestar con sinceridad.

—No sé lo que me voy a encontrar en el futuro, Val. De momento, no hemos vuelto a vernos tras la separación. No sé cuándo volveré a verla exactamente, pero me siento bien, estable. He logrado superar la ruptura y me encuentro en un buen lugar ahora mismo. —Eso no era del todo cierto, en absoluto. Estaba en el infierno.

—Al final de cuentas, todos tenemos nuestros problemas, y asociados al placer, lo único que conseguimos es follar menos y complicarnos más.

—Sin duda.

Me echó una mirada de arriba abajo y se quedó con los ojos clavados en mi cojín nuevamente. Ladeó la cabeza.

—¿Qué escondes ahí?

—¡¿Quééé?! —involuntariamente me sujeté con ambas manos al cojín como si de ello dependiera mi vida. Y dependía.

Ella empezó a atizarme y a alargar la sonrisa. Entonces, ocurrió lo inconcebible: agarró el cojín y empezó a tirar de él. El aire se cargó de tensión y comenzó una guerra ridícula, pero sin almohadas, es decir, con un solo cojín.

—¡Suéltalo! —Chillaba de euforia con los ojos brillantes por la risa.

—¡Que no! ¡Para de tirar del cojín! —Cada uno tiraba para su lado. Ella se estaba divirtiendo con todo ello y yo fingía que también, pero lejos estaba de ser verdad.

—Dios, me pones de los nervios cuando empiezas así —seguía riendo y la pelea continuaba.

En un momento dado, ella consiguió arrebatarme el cojín, dejándome totalmente expuesto. Cerré los ojos. No quería ver lo que iba a suceder, pero al segundo los volví a abrir y me encontré con una Valentina escandalizada y con la boca abierta. «Muy bien, has conocido la humillación en forma de erección». Alternaba la mirada entre mi entrepierna y mis ojos. Notó cómo el bulto crecía ante su mirada. Esto no era normal; ya lo decía yo. Algo me pasaba.

—Dime que anoche hubieras preferido follarme en vez de solamente besarme.

Respiré hondo; esperaba cualquier comentario menos ese. Tragué saliva y se me bajó por la garganta espesa. No sabía qué quería oír, o peor aún, no sabía qué quería decirle. Opté por la sinceridad una vez más.

—Créeme, llevo toda la noche y toda la mañana deseando follarte. —De sus ojos parecían saltar chispas de fuego.

Bajé la cabeza y cerré los ojos unos instantes antes de volver a clavar mi mirada en ella. Se acercó a mi boca y paró a unos cinco centímetros de distancia. La química entre nosotros era indiscutible.

—Hazlo.

Abrí los ojos sorprendido.

—¿Qué has dicho? —Estupefacto se quedaba corto.

—Que me echas un polvo. ¿No querías hacerlo? Pues, hazlo.

Mi sorpresa fue tal que, en medio de mi confusión, entre la erección que no bajaba, el deseo de estar con ella, el sentimiento de pánico y la culpa de hacerla pasar por eso, no tuve más remedio que levantarme y, con una mezcla de orgullo y vergüenza, dirigirme a la puerta y decir, antes de salir:

—Gracias por el café. Nos vemos mañana en el trabajo. ¡Cuídate!

Gilipollas era poco decir, la verdad.

Entre el ascensor y las oficinas de la agencia de publicidad

Valentina

Salí de mi casa el lunes por la mañana rumbo al trabajo. Las ganas de presentarme en la agencia eran mínimas. Lo que realmente quería era seguir escondida en mi casa, aislarme bajo las sábanas, empezar a beber como un cosaco y, dentro de un año, presentarme a otra entrevista de trabajo, a ser posible en otra ciudad y ¿por qué no? en otro país. Siempre he querido explorar otros horizontes, pero por falta de motivación y empuje no he dado ese paso. Ahora bien, después de lo que ocurrió entre Leo y yo, creo que no hay mejor momento que este.

El problema con este plan es que debía considerarlo después de regresar al trabajo. Era eso o pedir una baja; y mi rostro demacrado y mi humor más agrio que de costumbre no eran motivos suficientes para que el médico me diera una baja por incapacidad temporal. A pesar de ello, en mi mente sentía que sí lo eran.

Al llegar al ascensor de la agencia, entré y me encontré con alguien con quien no tenía ganas de cruzarme a primera hora: mi jefe, Nacho.

—Buenos días —dijo, alegre y jovial.

¿Cómo puede estar tan animado tras un fin de semana de fiesta y quién sabe qué más?

—Buenos dí... —No pude terminar.

Vimos a Sara, ágil como un ninja, colarse por el pequeño espacio de las puertas del ascensor antes de que se cerraran.

—Por poco —masculló—. He visto ascensores que mantienen la puerta abierta en la planta baja, donde todos quieren entrar. Si el ascensor se detiene en un piso y no ha recibido una orden de dirigirse a otro, ¿por qué cierra las puertas tan rápido?

—En realidad, el propósito principal de un ascensor es transportar a las personas en una dirección y regresar vacío. Por la mañana la mayoría sube y por la tarde la mayoría baja. Para mí, lo lógico sería cerrar las puertas y volver al lugar donde fueron solicitados por última vez —respondió Nacho con naturalidad.

Eso sería un desperdicio de energía, pensé, pero no quise intervenir en esa conversación sobre ascensores. Lo cierto es que, siendo un trayecto corto, las charlas en el ascensor suelen ser breves, a menos que continúen luego. Lo usual al entrar es saludar a los presentes. A veces se comenta sobre el piso al que se va o el clima del día. Pero hablando de romper el hielo, estaba a punto de quebrarse algo más. Nacho me miró y preguntó:

—¿Cómo terminó la noche? ¿Fue productiva? —dijo con una amplia sonrisa.

—¿Qué? —respondí, desconcertada. Algo sabía, de lo contrario no estaría insinuando algo.

—El proyecto... si Leo y tú avanzaron en algo.

—Ahh... sí —dije, intentando disimular—, claro. Estamos en ello y esperamos presentarlo pronto.

¿Por qué todo lo que decía sonaba tan falso?

—Perfecto. Quiero que mañana a primera hora ambos estén en mi despacho para revisar esas ideas.

—Yo ya he empezado con el mío, Nacho, pero los demás... —Sara intervino, distrayendo la atención como solía hacer, lo que me dio un respiro.

Respiré profundamente y miré al frente mientras el ascensor seguía subiendo. Ese día no

tenía ánimos para soportar a mi jefe si decidía ponerse simpático o, peor aún, serio con el proyecto. Se decía que, cuando uno estaba nervioso, la mente trabajaba más rápido pero no necesariamente de manera más eficaz. Fue en ese preciso instante, cuando debía haberme mantenido en silencio, que hablé de más. Todavía no eran las nueve de la mañana y ya sentía una tensión que me consumía. Algunos recomendaban la meditación como rutina matutina. Quizás debería haber empezado antes con esa práctica.

¡Maldición, Leo! Por su culpa, ambos estábamos en un lío.

Al ingresar a la planta, lo primero que se veía era el espacio compartido, con escritorios a ambos lados. Nuestros puestos eran pequeños cubículos individuales, separados por mamparas de vidrio, pero todos en el mismo espacio. Dejé mi bolso en mi escritorio, colgué mi chaqueta en el respaldo de la silla y caminé hacia la cocina, situada al fondo, cerca de los aseos.

Por el camino, no pude evitar echar un vistazo al cubículo de Aquileo, que estaba vacío. Menos mal. No estaba lista para enfrentarme a él tan temprano. Me calmé un poco.

Cada día, en lugar de tomar un café fuera, me preparaba uno al llegar a la oficina. Esa era la razón por la que me gustaba llegar un poco antes. Esos diez minutos adicionales antes de comenzar la jornada eran esenciales para arrancar con energía.

Estaba mirando la cafetera, perdida en mis pensamientos, cuando sentí unas manos en mi cintura. Me giré y me encontré con la encantadora sonrisa de Leo.

—Hola, buenos días. ¿Cómo estás?

Lo saludé de reojo y traté de mostrarme indiferente. Me concentré en mi café, aunque su presencia me hacía sentir un torbellino de emociones por dentro.

—Vaya, ¡parece que hoy no tienes ganas de nada! Buenos días para ti también... —comentó con una expresión de desaprobación.

—No tengo ánimos para charlar, lo siento. —Podría haber continuado ignorándolo, pero decidí responderle educadamente.

—Ya lo noté... Pareces una sopa sin sal, un verano sin helado, un sándwich sin relleno...

—Suficiente, Leo —interrumpí, agitando mi mano en señal de descontento. Tomé aire. Su expresión cambió a una más seria.

—¿Qué te pasa?

—Es que me encontré con Nacho en el ascensor esta mañana.

Él sonrió, mostrando confianza.

—Ah, ahora te entiendo. —Cruzó los brazos y mantuvo una sonrisa pícaro en los labios—. Te vienen a la mente algunos destellos de la fiesta. Imagino que mirarlo, ahora mismo, sea muy complicado. Pero piensa por el lado positivo, podía haber sido más épico y dramático si yo no hubiera intervenido a tiempo. Uno no sabe lo peligrosa que ha sido la noche, hasta que se despierta al día siguiente.

Toda la condenada conversación se desarrolló de una manera totalmente diferente a la que había imaginado. Estaba insinuando cosas que habían pasado entre Nacho y yo, lo que era absolutamente ridículo. Es cierto que Nacho se había pasado un poco con el galanteo y estaba demasiado zalamero para lo que debería como mi jefe y colega, pero no había pasado nada entre nosotros, ni podría pasar. Yo no estaba interesada en Nacho. Y que Leo hubiera olvidado lo que había sucedido en mi casa y solo se centrara en eso, era una auténtica tontería.

Empecé a sentir un dolor de cabeza, lo raro era que no lo hubiera sentido antes. Estuve a punto de arrojarle el café en la cara. Caliente. Reprimí mis instintos, al menos por el momento, y le respondí, ignorando su absurda insinuación.

—Leo, Nacho me dijo que mañana por la mañana quiere vernos en su despacho para

presentarle ese proyecto. El que no hemos comenzado, si recuerdas bien... —Esperé que hiciera memoria, la cual parecía fallarle últimamente.

—Guay. ¿Y cuál es el problema?

El problema era que tenía ganas de estrangular a este tonto y el remordimiento me consumía. Encima me dejó tirada, el muy imbécil, y todavía no se había disculpado. No parecía dispuesto a hacerlo tampoco.

—Vaya —dije, frunciendo el ceño—. Gracias por tu relajada actitud. —Arqueó las cejas en un gesto de inocencia—. Aun así, quiero recordarte que tenemos un pequeño problema. —Arrugué la nariz y usé mi dedo para indicar cuán «pequeño» era nuestro desliz—. No tenemos nada del proyecto, excepto tu gran boca que nos metió en esto.

—Creo que nuestra única opción es fingir que todo va según lo planeado —propuso, con calma.

—Dices "nuestro" único plan es mentir. —Si me toca la fibra, no respondo por mí.

—¿Y qué quieres que hagamos ahora?

—No lo sé, esperaba que me ayudaras a salir de este lío que tú mismo creaste.

No sabía cómo lo hacía, pero parecía que nada le afectaba y eso me enfurecía.

Tras unos segundos de silencio, él mirando al suelo y yo tomando mi café, habló de golpe.

—Ya lo sé —dijo tan rápidamente y con un tono tan alto que casi me atraganto—. Esta tarde, cuando salgamos, iremos a mi casa y trabajaremos en ello. Aunque tengamos que pasar toda la noche, pero mañana presentaremos el trabajo. ¿Qué te parece?

—Pues... una estupidez, ¿qué va a ser?

Estaba loca si creía que iba a quedarme en su casa toda la noche. Lo miré sin emoción. Creía que empezaba a odiarlo.

—Ah, ¿sí? ¿Y tienes otro plan mejor? A ver... —dijo, con sarcasmo.

Sentí deseos de descuartizarlo y tirar todas sus piezas a un acuario lleno de tiburones. Especialmente una parte que me estaba costando sacar de la cabeza.

—Sí, si vamos a hacerlo, cada uno en su casa y luego contrastamos la información.

—¿Y cuándo quieres hacerlo? ¿Mañana mientras tomas tu café? Sabes que eso no funciona. Es una idea para ambos. No tiene sentido. Sobre todo cuando el tiempo apremia.

«Lo que tengo que aguantar», pensé.

—Te juro que si no presentamos el trabajo mañana, te mataré. —Crucé los brazos desafiante.

—Promesa de *boy scout*. Vale. —Cruzó los dedos y los besó, con su sonrisa arrogante.

Después de esta interacción nada prometedora, volvimos a nuestras tareas.

Nueve horas más tarde, el sol se puso. En invierno, para las seis ya es de noche. Leo y yo salimos juntos de la oficina y, bajo un cielo estrellado, caminamos hacia mi coche. Como esa mañana había venido en metro, fuimos en mi coche. Aparqué cerca de su edificio y subimos a su apartamento. Confieso que estaba nerviosa por entrar a su casa; en ese momento no estaba segura de cómo definirla. *¿Qué pintaba yo allí?, pensé. Esto no era buena idea.*

La puerta se abrió, y al entrar se escuchó una voz a lo lejos.

—Aquileo, ¿eres tú? —preguntó una voz femenina.

Me tensé al instante.

Él cerró la puerta y dejó las llaves en el recibidor antes de responder a gritos.

—Sí, mamá, ya llegué.

¿Mamá? ¿Aquileo vivía con su madre? No podía creerlo. Mucha gente cree que el «Plan Hotel Mamá» es una suscripción vitalicia y que abandonar el nido es más una opción que una

necesidad. ¡Por favor! Por supuesto, vivir con los padres es como estar en un resort todo incluido: cama hecha, comida caliente y, si tienes suerte, tu ropa lavada y planchada. Pero, no nos engañemos, tarde o temprano el *check-out* es inevitable. Porque, seamos realistas, nada es eterno, ¡y menos tus paciencia y la de tus padres!

Me quedé boquiabierta. Jamás hubiera imaginado a Aquileo como un miembro leal del «Club de las Mamitis Crónicas». ¡El tipo tenía treinta y tres años! Lo sabía, no por ser *stalker*, sino porque en la oficina tenemos esa hoja de Excel de cumpleaños que todos odiamos pero secretamente consultamos. Yo, con mis veinte y nueve años recién salidos del horno, volé del nido familiar a los dieciocho para estudiar en la universidad. Y después de compartir piso (y baño) con varios compañeros de universidad, a los veinticuatro ya alquilaba mi propio nidito.

A ver, que alguien de treinta y pico te diga en una cita "Vivo con mis papás", es como decirte que colecciona sellos o que su hobby es ver cómo crece el pasto. ¡Bandera roja! Pero, bueno, hay que aclarar que esto no era una cita. Al menos, eso creo. ¡Ay Dios, espero que no!

Pude escuchar a su madre acercándose mientras Aquileo se quitaba los zapatos.

—En lugar de ir a tu habitación a hacer tus cosas, ven y ayúdame con la ropa. Has dejado todo en la lavadora esta mañana —dijo, pero al vernos, se detuvo. Rápidamente limpió sus manos en el delantal—. ¡Vaya! No me dijiste que tenías visitas, Leo.

Era una mujer de apariencia joven. Tenía una belleza sencilla y compartía similitudes con Aquileo: ese cabello castaño claro, aunque sus ojos verdes eran absolutamente cautivadores.

—Hola, mamá —respondió él, rodeándola con un abrazo y dándole un beso en la mejilla.

—Deberías haberme avisado, Leo. —Ella sacudió la cabeza con una sonrisa cómplice. Yo, mientras tanto, me sentía una intrusa en esa escena tan íntima.

—Disculpe, no queríamos causar ningún problema. Podemos volver en otro momento...

Antes de que pudiera terminar, la madre de Aquileo se acercó a mí y me dio un fuerte abrazo.

—No te preocupes, querida. Soy Teresa, pero los amigos me llaman Tere.

—Encantada, Tere. Soy Valentina, pero Val está bien.

Ella rio, tomando un tono jocoso.

—Así que, ¿se conocen de hace mucho? —preguntó, echando una mirada rápida a Aquileo.

Él sonrió y respondió:

—No mucho, pero ya ves, Val y yo nos llevamos... interesantemente. Aunque no le caigo muy bien. Yo intento, mamá, pero es dura, un bicho autentico.

Me quedé sin palabras. La madre soltó una risa y se lanzó a una serie de reflexiones sobre las relaciones modernas, cada comentario más audaz que el anterior. Al final, con un guiño, preguntó si queríamos algo para beber o comer.

—Hoy en día, las relaciones son como las historias de Instagram: duran 24 horas y luego desaparecen —suspiré, mirando a mi interlocutora—. Olvídate de esos idilios de 5 o 10 años y de «esperar a que suba la masa» para casarse. Eso ya es vintage. Ahora es más tipo: «cambiar el estatus de Facebook más rápido que un estornudo», más divorcios que episodios de una telenovela, y no olvidemos la popular categoría de «somos algo pero no sé qué».

Ella soltó una risita.

—Ay, madre mía, aquí ha habido un malentendido. —Mis ojos se abrieron como platos, mientras todos me miraban con cara de "cuéntanos más"—. Somos como Batman y Robin, colegas, ¡pero sin el traje! —Intenté reír, pero me sonó más a un nervioso cacareo—. Mira, que no hay nada entre Leo y yo, ¿vale?

—Ay, hija, si es que el amor de hoy es como un buffet libre. Hay tantas opciones que a

veces es difícil quedarse solo con una. —Me cogió del brazo y, guiándome por el salón, continuó con su teoría del amor 2.0—. Mira, la vida es corta, y más vale un Instagram lleno de *selfies* que un corazón lleno de drama.

—Mamá, por favor, no embauques a Val con tus podcasts de amor.

—¿Qué? —Ella puso su mejor cara de "yo sé de lo que hablo"—. Hoy día todos quieren probar el menú completo. Un día es "te quiero, pero en versión beta", al siguiente es "me gustas, pero también me gusta la serie que acabo de empezar en Netflix". Lo serio se volvió tan pasado de moda como las hombreras. ¿Verdad, cielo?

Yo solo pude sonreír y asentir. No hay mejor sabiduría que la de las madres, aunque no siempre queramos admitirlo. Y esta señora era un personaje muy peculiar, pero me gustaba.

—¿Y bien? ¿Café o una merienda? Aunque mirando el reloj —echó un vistazo exagerado a su muñeca—, es casi hora de la cena. ¿Pollo o pizza?

—Mamá, ya nos apañaremos, tenemos que trabajar en un proyecto.

—Sí, Tere, muchas gracias, pero hemos venido a laborar más que a saborear —pude decir, por fin.

—Pues al menos cena con nosotros, ¡que aquí no se come en las habitaciones! Leo lo sabe bien.

—Está bien, mamá, pero déjanos ir, que el tiempo se nos echa encima.

—¡A las nueve en punto en la mesa, chicos! Y nada de móviles.

—Entendido, capitana —dijo Leo, haciendo un saludo de broma mientras yo luchaba por no reírme.

Una vez dentro de su habitación, me sentí como una niña pequeña a la que han pillado robando galletas.

—¡Vaya! —dije con un bufido—. Un aviso hubiera estado bien, ¿sabes? Tu madre casi me somete a un interrogatorio tipo programa de televisión. Podías haberme avisado de que vivías con tus padres. Menuda vergüenza he pasado con tu madre.

Él dejó su mochila en el escritorio y comenzó a recoger ropa del suelo. Al parecer, el «modo ordenado» no venía instalado de serie en él.

—Solo somos mi madre y yo, si te preguntas. Mi padre, el orden, se mudó hace años.

Me mordí el labio para no preguntar más, pero claramente había metido la pata hasta el fondo. Leo, sonriendo, señaló la cama, insinuando que me sentara.

—Por favor, evitemos los discos de los 80 y centremos la atención en el proyecto —bromeé.

Se sentó en su silla de escritorio, pero en un acto digno de una película de acción, avanzó rodando hasta quedarse frente a mí.

—Estoy casi seguro de lo que ronda tu cabeza.

—¿Ah sí? ¿Tienes poderes mágicos además de ese caos en tu habitación? —dije, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

—Estás preguntándote dónde está el superhéroe que se suponía debía ser mi padre. Bueno, te diré, decidió volar a otra galaxia en vez de quedarse con mi madre y conmigo.

—¿Esa es la historia oficial? —pregunté sin poder evitarlo.

—Sí, y también hay dragones. —Hizo una pausa, y luego añadió—. Pero en serio, no está en mi vida, y no me interesa que lo esté.

Antes de que pudiera decir algo, Leo interrumpió.

—Venga, al trabajo. Antes de que mi cuarto nos devore.

En la casa de Leo y su madre

Hedoné, Voluptia

La situación tomaba un giro peculiar. A punto estaba yo de lanzar otra de mis flechas mágicas cuando un toque en el hombro me distrajo. «Si es Eros otra vez metiéndose donde no le llaman...», pensé, preparada para una queja. Pero ¡sorpresa! No era él.

—¿Anteros? —pregunté, arqueando una ceja—. Pensé que el tío Hímero te había mandado de vacaciones o a tomar viento.

Él frunció el ceño, y pude notar cómo la pasión en sus ojos cambiaba a una furia controlada.

—Primero, nadie me manda a ningún lado. Elegí irme, si no te has olvidado.

Jugué con mi arco, dándome aires de inocencia.

—No sé de lo que estás hablando... —me hice la tonta.

—No te atrevas a subestimarme, *primita*. La próxima vez no te hago caso y te jodes. No juegues conmigo.

Su mirada me lanzó una advertencia.

—No me amenes, *primo* —respondí con un tono burlón.

Nuestra historia juntos era... complicada. Mientras yo me encargaba de los flechazos y las mariposas en el estómago, Anteros, con su título de Dios de la Pasión (un título que, en mi opinión, conseguía por ser el hijo no deseado de mi madre y Hímero) se ocupaba de lo más... intenso. Nuestra relación pasada no ayudaba. Dos divinidades como nosotros juntas... era electrificante, literalmente. Hasta que los secretos familiares salieron a la luz, complicándolo todo.

Cuando éramos más jóvenes, tuvimos un breve romance. Aunque para mí no significó mucho más allá de eso, su esencia de Pasión lo llevó a obsesionarse con lo que compartimos. Cuando se entrelazan Pasión y Placer, los resultados pueden ser explosivos; y lo nuestro no fue la excepción. Había una electricidad en el aire cada vez que estábamos cerca. Pero todo cambió cuando mi padre lo descubrió, y lleno de furia, estuvo a punto de acabar con Anteros. Hímero, temiendo la ira de mi padre y las antiguas rencillas no resueltas entre ellos, intervino y amenazó a su propio hijo para que me dejara en paz. Pero con el tiempo, he aprendido que el verdadero conflicto no radica en los acontecimientos en sí. El desafío más grande que enfrentamos es cómo decidimos abordar y reaccionar ante estos problemas.

—¿Qué tramas ahora? —preguntó, interrumpiendo mis pensamientos y mirando hacia la pareja que observaba.

—Pues verás, papá está tomando un descanso y he tomado las riendas. Pero si estás aquí para estropear mi plan, mejor da media vuelta.

Su risa resonó en el espacio, haciendo que mi sangre hirviera.

—¿Tú, como Cupido? ¡Eso es... es hilarante!

Le fulminé con la mirada.

—Si solo viniste a burlarte, ya puedes irte.

Pero entonces, su mirada se volvió intrigada.

—Quizás pueda ayudarte. Con mi toque, puedo hacer que tus flechazos... se intensifiquen.

Fruncí el ceño.

—¿Tú, ayudándome? Por favor.

—Sí, sí —dijo, disfrutando del momento—. Soy el Dios de la Pasión, después de todo. Un

poco de mi esencia y tu pareja no podrá resistirse el uno al otro.

Me mordí el labio, considerando la propuesta. Si bien nuestras historias pasadas y los momentos compartidos siempre estaban en un equilibrio precario, la idea de tener un aliado en este proyecto era tentadora.

—¿Qué ganas tú con esto? —pregunté con recelo.

Él sonrió con picardía.

—Ver cómo funciona tu magia y la mía juntas. Y quién sabe, tal vez recordar viejos tiempos.

Respiré hondo, recordando aquellos días de pasión y tensión entre nosotros. Con una risa ligera y una chispa en sus ojos, Anteros asintió. El juego acababa de comenzar.

—Qué gracioso. —Dije con sarcasmo, conteniendo una risa—. ¿Y con qué magia piensas hacerlo?

—Querida, puedo hacer que tus protegidos se devoren con la mirada en un abrir y cerrar de ojos. Luego, te toca a ti manejar el resto, ya sabes, los detalles más... sutiles. —Replicó levantando una ceja.

¡Qué atrevimiento! Aunque, recordándolo bien, nuestra historia nunca había sido demasiado profunda. Siempre había sido una mezcla de tensiones y miradas cargadas. Nunca nos habíamos permitido cruzar ciertas líneas. Y al pensar en ello, una imagen vino a mi mente, pero antes de que pudiera continuar divagando, Anteros interrumpió mis pensamientos.

—¿Y bien? —preguntó con impaciencia.

—¿Y bien qué? —Respondí, confusa y algo abochornada. Afortunadamente, él no podía leer mi mente.

—¿Vamos a trabajar juntos en esto o no? Estoy libre, podría echarle una mano. Y de paso, solucionar tu "problema".

—Para empezar, yo no tengo ningún problema. El problema lo tienes tú, que... —Me interrumpí antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirme. Quizás, trabajar con él no era tan mala idea. Pero mientras contemplaba la propuesta, una voz familiar nos interrumpió.

—Oh, si no es el apasionado Anteros —dijo con burla y énfasis en la palabra «apasionado».

—Algos... —Anteros saludó con una reverencia sarcástica.

Algos se adelantó para estrechar la mano de Anteros, pero con tal fuerza que parecía que quería arrancársela. Anteros disimuló el dolor, manteniendo su orgullo intacto.

—Qué placer verte nuevamente —dijo con sarcasmo.

—Basta de tonterías —interrumpí—. Tú —apunté hacia Algos—. ¿Qué demonios haces aquí de nuevo? Creí que ya te había dejado las cosas claras. No quiero verte, ¿entendido? Y me gusta que las cosas sean claras y el chocolate espeso.

—Relájate, simplemente vine a ayudar, como habíamos acordado. Somos un equipo, ¿recuerdas? —dijo Algos con condescendencia.

—¿Así que tú también eres parte de este "equipo"? —preguntó Anteros con una sonrisa burlona—. Cada vez se pone mejor.

—Desde luego que sí —respondió Algos con sorna—. A propósito, ¿no son parientes? Porque ciertas cosas me suenan a... bueno, incesto. ¿No sois hermanos?

Hijo de puta. A tocar en las heridas. Típico de él.

Algos sabía perfectamente sobre mi historia con Anteros, porque eso sucedió mucho antes de que él y yo estuviéramos juntos. Siempre le tuvo celos. Lo más complicado es que sabía que, oficialmente, Anteros es mi hermanastro. Esa fue la razón por la que mi padre casi lo lastima gravemente. Y a mí, casi decide sobreprotegerme al extremo. Por más que le explicara que no

hubo «relación inapropiada» y que eso era una exageración, mi padre tenía principios muy firmes sobre esos temas y no le agradó para nada. Menos aun sabiendo que su única hija estaba involucrada con un hijo no reconocido, consecuencia de su pasado y sus cuernos. En cierta forma, lo entiendo.

Ahora estaba entre la espada y la pared. Mi pasado con Algos y mi compleja relación con Anteros. ¿Qué había hecho para merecer esto? Y lo peor de todo es que la situación no parecía tener un final a la vista.

—Algos, que te den. —Me salió, de mala gana.

—No pretendo juzgar este tipo de conexiones, porque durante mucho tiempo he vivido lo que es tener una relación contigo y he sido feliz en mi etapa de contrabando de besos y caricias.

Anteros clavó sus ojos en los míos y agudizó la mirada para preguntar:

—¿Habéis estado juntos?

—¡Tonterías! —exclamé casi al instante.

—No son tonterías —replicó Algos con ironía, puesto que estaba claro que no iba a dejarlo así—. Hemos tenido lo nuestro. Tu hermanita y yo hemos estado juntos casi un milenio. No sé cómo no te has enterado antes. ¿Dónde estabas? ¿Escondido en una cueva?

—No serías más capullo porque no entrenas, maldito creído —. Qué asco le tenía. Era una auténtica piedra en el zapato.

Él soltó una carcajada.

—Tal cual —me respondió—. Ahora vuelvo.

Y desapareció en la oscuridad. De donde nunca debería haber salido. Anteros, que estaba sospechosamente callado para mi gusto, comenzó a hablar:

—Mira, si no querías decirme que tú y Algos habíais tenido algo, me parece bien, pero no he venido aquí para que nadie me humille. Sabes perfectamente lo que siento por ti —¿Lo sé? Lo miro desconcertada—. Y no voy a rendirme. Así que, si ese ha venido intentando arrebatarle de mí, que sepa que no lo hará sin pelear.

¿Puede el placer quedar hipnotizado? Vaya si puede. Sentía hormigueo por todo el cuerpo, y no era porque estuviera a punto de tener un orgasmo, sino todo lo contrario. Estaba al borde, eso sí, de sufrir un ataque epiléptico. Sería digno de ver. Me quedé sin palabras.

Así que ahora me encontraba en medio de un trío, pero no del tipo que me gusta. Resulta que el órgano sexual más poderoso es el cerebro, ya que es este el que interpreta las distintas sensaciones y estímulos, incluyendo aquellos que considera placenteros y eróticos. Por ejemplo, hay personas que sienten placer al escuchar a alguien a quien consideran brillante. Yo, en este momento, sentía algo parecido a la frustración de tener que escuchar a estos dos imbéciles. Y el placer frustrado es lo peor. Todo esto solo hacía que retrasar mi trabajo.

—Lo siento, Anteros. No debería haber ocultado nada. Pero la historia con Algos es complicada y ya es cosa del pasado. No deberías sentirte amenazado por él. —Intenté calmar las aguas.

Anteros me miró con sus penetrantes ojos, y pude ver un brillo de tristeza en ellos.

—No es sobre Algos. Es sobre nosotros. No quiero perder lo que tenemos, lo que podríamos tener. No después de todo lo que hemos pasado.

Era cierto. A pesar de los problemas y la confusión, Anteros siempre había estado ahí para mí. Pero con todo lo que estaba sucediendo, no sabía qué era lo correcto.

—Entiendo tus sentimientos, pero esto es mucho para procesar. Necesito tiempo para pensar.

Anteros asintió.

—Solo te pido que no me excluyas. Quiero estar contigo en esto, enfrentarlo juntos.

El silencio se apoderó de nosotros. Aunque había muchas palabras por decir, ambas partes parecían haber agotado su capacidad de expresión por el momento.

La realidad es que, independientemente de lo que eligiera, mi vida había tomado un giro inesperado. Me encontraba en una encrucijada de pasiones y decisiones, y lo único que deseaba era encontrar la salida.

El reloj seguía corriendo, y yo sabía que debía regresar al trabajo, pero esta vez con dos sombras que me acechaban: mi pasado con Algos y un futuro incierto con Anteros. Y con todo ello, una certeza emergía clara en mi mente: el corazón es un órgano complejo, y cuando se mezclan sentimientos, pasiones y deseos, la cabeza es la que menos pinta en todo esto.

En el cuarto (o madriguera) de Leo

Aquileo

Miré el reloj, las horas parecían volar, y estábamos atrapados en una danza constante de discusiones sobre el proyecto, pero había algo más, una tensión palpable que flotaba en el aire. Ambos sabíamos que algo estaba cambiando entre nosotros, pero ninguno tenía el valor para enfrentarlo.

Es verdad: no me gusta hablar de mí. Algunos creen que es por mantener cierta aura de misterio o por hacerme el interesante. Pero no. Es porque me enamoro. De hecho, ya estaba imaginando cómo sería aquella relación. Fíjate en todo el tiempo que pasamos trabajando juntos en la oficina, casi sin hablarnos, sin ni siquiera conocernos. ¿Y si nos gustábamos y nos seguíamos viendo? Podríamos casarnos, tener hijos, pero tal vez con los años se aburriría, me sería infiel y me rompería el corazón. ¿Merecía la pena todo ese sufrimiento? ¿No era mejor quedarme callado? ¡Pero sentía la necesidad de decir algo!

Estaba a punto de hablar, mientras la observaba escribir en su ordenador en silencio, pero me contuve. Sí, necesitaba darle su espacio. Me daba cuenta de que estaba siendo muy intenso. Siempre hago lo mismo: en una relación, me entrego al máximo y olvido que cada cosa tiene su ritmo y cada persona es un mundo. ¡Acabo ahogando la planta del amor por regarla demasiado! Intentaré mostrarme como alguien divertido, demostrar que tengo un lado salvaje.

—Oye, cuando te pones en modo empollón, te ves muy sexy.

No respondió. *Siempre tengo que sacar un comentario pedante. Siempre el dato que parece no interesar a nadie.* Quizás estaba intentando demasiado. Debía mostrarme más distante, hacerme el difícil para captar su interés. Pero ya estábamos en el cuarto y no quería que se sintiera incómoda. ¿Qué podía decirle?

Podría comenzar con: "*No encuentro palabras para explicar lo que siento por ti...*". "*No te vayas, no me dejes*", era lo que quería expresar, pero no reunía el valor para hablar. No después de haberla dejado plantada y haber quedado como un completo idiota delante de ella. Ha sido generosa al no reprochármelo.

No me gusta hablar solo por cortesía, por llenar silencios que se asumen incómodos. Pero en ese momento, deseaba encontrar la forma de disculparme, aunque no sabía cómo.

—Leo —levantó los ojos del ordenador y por un segundo pensé que se referiría a nuestro momento incómodo. Pero no fue así—. Esto no está bien. De esta forma, no vamos a terminar nunca. Esta idea no está funcionando.

Mi mente estaba hecha un lío. Llevábamos cuatro horas en el proyecto y no avanzábamos. Además, no coincidíamos en casi nada. Y yo, distraído con otros pensamientos.

Habíamos cenado con mi madre y creo que fue entonces cuando empecé a verla de otra forma. Era amable, educada, tenía modales, sentido del humor, y a mi madre le encantó. En esos momentos, reflexionaba profundamente. Para mí, que alguien causara una buena impresión en mi madre era fundamental. Su aprobación significaba mucho. Pero me estaba enamorando de alguien que recién había terminado una relación complicada. Y sabía que eso no era lo mejor.

—Sé que es una idea diferente y lo es, en efecto, pero también es la punta del iceberg, la entrada para sumergirse en una campaña original y ganadora. ¿Qué es lo que te preocupa?

—No lo sé, Leo. Simplemente no lo veo.

—Entiendo que no estemos creando o reinventando algo, pero podríamos afirmar que esta idea supera a las propuestas de años anteriores. Ahora, necesitamos profundizar, centrarnos en los detalles.

En ese momento, estaba dejando a un lado la amígdala del cerebro, responsable de las emociones, para resaltar mi lado profesional y creativo. Mi mente, por alguna razón, se desconectaba de lo convencional y se sumergía en ideas innovadoras. Solo esperaba que Val lo notara.

—Representar el amor en un objeto siempre me ha parecido lo más romántico del mundo. Pero en esta sociedad consumista, ese gesto romántico suele acompañarse de una joya, un ramo de flores, un peluche, una caja de bombones, o incluso un pedazo de luna —argumentó Valentina—. En el Día de San Valentín, el amor se convierte en una ocasión especial, pero también en un producto.

—¡Bah! ¿La cursilería de Cupido, quieres decir? —exageré al pronunciar «Cupido», sabiendo que sonaba despectivo.

—Leo, las marcas están conscientes y han hecho de San Valentín una de las fechas comerciales más importantes del año, justo después de las rebajas. Ante tanta oferta, deben destacar con campañas innovadoras. No creo que un condón personalizado, aunque lo diseñemos nosotros, vaya a ser atractivo.

—Observa el boceto del diseño, está genial. Lo tengo todo planeado —argumenté con suavidad, buscando su aprobación. Estaba convencido de mi idea.

Mi propuesta permitía al usuario elegir entre distintos tipos de condones para enviar a alguien especial como sorpresa. Este envío se hacía en nombre del cliente, quien podía incluir un mensaje personalizado. Era una opción perfecta para los románticos audaces.

—Tu diseño es asombroso. Realmente eres muy talentoso. He visto gran parte de tus trabajos y, sinceramente, eres brillante —comentó Valentina, ruborizándose un poco al decirlo.

Aunque no me consideraría un genio, tenía que admitir que era bueno en lo que hacía.

—Gracias. Tú también eres excelente en tu trabajo. Tus campañas han sido un éxito rotundo.

Hubiera podido aprovechar ese momento para disculparme. Pero no quería que pareciera que solo lo hacía por apreciar su labor. La verdad era que comenzaba a enamorarme de ella. Siempre había leído que «enamorarse es encantarse con la perfección», y en ese momento, Valentina me parecía perfecta. Cuando sentimos atracción por alguien, simplemente sucede. Y en ese punto, yo estaba listo para enamorarme de nuevo, a pesar de haber decidido lo contrario tras romper con Laura. A menudo, nos enamoramos de lo desconocido. Siempre creí que sería más fácil caer por un amor pasajero, pero eso nunca me había sucedido.

Lo que pasa es que me atraen, ¿sabes? Las personas complejas, esas que no puedes pillar con una sola charla y que tienen un repertorio de conductas que ni te cuento. Vamos, que uno de los criterios que busco en una pareja es que pueda adaptarse a cualquier cosa: o sea, que sea lista. Y Valentina lo era.

—Es jodidamente difícil no querer un poco a ese Cupido de barrio que se pelea cada día con la idea de amor, Leo. Frente a esos detalles del día a día que hacen que se pierda el encanto de cuando dos personas se conocen. No tengo ni idea de qué tienes tú contra el amor, si lo que piensas es más empalagoso que un pastel de chocolate —se rio y se acarició el pelo. Ahí estaba yo, queriendo hacer lo mismo pero aguantándome las ganas.

Eran casi las dos de la mañana y no habíamos avanzado un pimiento. No tengo ni idea de qué me pasó, pero de repente me vi corriendo hacia fuera para quitarme de encima ese nudo en el

corazón que llevaba toda la noche.

—¿Una birra? ¿Un café? ¿Qué te apetece? —pregunté ya en la puerta.

—Eh... vale. Píllame lo mismo que te vayas a coger tú —dijo algo desconcertada por mi salida de tono.

—Voy y vuelvo.

Regresé, tomándome el tiempo que necesitaba para calmarme un poco, que el corazón me iba a mil por hora. Llevaba en la mano dos cañas.

—Toma. Si seguimos con el café, terminamos en el hospital con los médicos intentando reanimarnos —intenté bromear, aunque lo sentía de verdad.

—Gracias —dijo, dando un trago—. ¡Mmm! Está buenísima, me encanta así de fría. Me da igual que sea invierno o verano, la birra tiene que estar bien fría.

—A mí también —me pegué un buen trago de la mía. Hasta en eso coincidíamos.

Estuvimos callados un rato, disfrutando de nuestra cerveza, hasta que algo me picó la curiosidad.

—No me malinterpretes, sé que estás pasando por un mal momento, pero, ¿cómo te sientes con lo de tu ex?

—¡Madre mía! —suspiré, pensando que la había liado—, es que no sé ni por dónde empezar. Estos últimos días han sido una montaña rusa de emociones.

—¿Todavía sientes algo por él? —me salió del alma preguntar.

—Sí... y eso es lo que más jode —admitió.

Me dio un vuelco el corazón, sentí una presión en la garganta, un cabreo mezclado con tristeza... un lío de sensaciones que no sabría describir. Y todo por escuchar que todavía tenía sentimientos por ese gilipollas. ¿Por qué nos empeñamos en querer lo que no nos hace bien? El misterio de los sentimientos y el dolor. Lo mental y lo físico van de la mano, y si una parte está jodida, la otra también. Y yo estaba hecho polvo. ¿Y por qué cojones pregunté? *Menudo pringao.*

—¿Sabes qué pienso yo? —Aunque me dolía, verla triste me jodía aún más. Me arrepentí de sacar el tema—. Hay dos maneras de ver el amor: está la de Jack y Rose, de la peli del "Titanic" —Ella levantó una ceja pero sonrió. Eso me tranquilizó—. Sí, cuando Jack lleva a Rose por la parte chungueta del barco y acaban bailando como locos. O cuando están juntos en la punta del barco, que puedes ver lo pillados que están, y terminan dándose el lote. Esa es una forma de ver el amor. Luego está la otra, la de cuando Jack se queda hecho un cubito de hielo y Rose está en una tabla. Que todos sabemos que ahí cabían dos perfectamente. Pero algunos amores son así, que en vez de sumar, restan. Y al final, uno la palma.

Valentina me miró con ojos sorprendidos. Por un momento parecía que la había perdido con mis divagaciones sobre una de las películas más icónicas de todos los tiempos, pero luego entendió la metáfora.

—Al final mueren los dos, como en el libro de Adam Silvera —dijo ella.

Me lo había leído. Un libro ambientado en un universo distópico donde Muerte Súbita se encarga de avisar a las personas que van a morir en las próximas 24 horas (llamados fiambres) de su fatal destino. El libro me atrapó desde el principio y, quitando algunas partes, ha mantenido mi interés de principio a fin. El desenlace... bueno, nada que comentar, llorar he llorado.

Valentina estaba seria, yo diría que estupefacta, sin decir nada. ¡Mierda! Sin comentarios. Creo que eso lo dice todo. ¡Oh, Dios! Lo he pensado. Recuerdo poner los ojos en blanco e imaginar que me acababa de hundir igual que el Titanic. Pero en lugar de al fondo del mar, era al fondo de un pozo. Y acabaría volviendo, como la niña de pelos negros y largos, asustando a la

gente. Porque eso era lo que veía en ella: asustada por mis reflexiones. O estaría pensando: «está majara».

—No podría estar más de acuerdo con lo que has dicho —Suspiré y creo que se me notó el alivio que sentía por dentro—. Así es como me sentí con Héctor. Que morí un poco con todo esto. La confianza es la base de una relación y él la fastidió. Y, como te decía, podría haber sobrellevado muchas cosas, pero no eso. Tú mismo lo has visto, ha sido humillante. Y quizás por eso aún siento odio y rencor hacia él. Me gustaría dejar atrás esos sentimientos que no me dejan avanzar. No creo que sea bueno sentir esto por alguien que fue importante en un momento dado. —Me sentí no solo aliviado, sino contento por lo que dijo. No me atreví a interrumpirla. Era bueno desahogarse—. Me pone los pelos de punta cuando recuerdo nuestra relación porque, sabes Leo, yo pensaba que nosotros, a pesar de la decadencia de nuestra relación en los últimos tiempos, éramos felices y que hubo momentos maravillosos.

—Y estoy seguro de que los hubo —afirmé.

—Sí, había una conexión entre nosotros. Fuimos felices, o eso creo, que en el equilibrio del amor y la felicidad me hizo sentirme fuerte con él. Y seguimos dándole oportunidades a nuestra relación. No teníamos mucho en común, pero lo poco que compartíamos me parecía maravilloso y divertido. Ahora veo que era una mierda.

—Eres una chica fuerte y espectacular, Val —señalé y le cogí las manos—, con el tiempo recuperarás la confianza en ti misma y en las personas. Olvídalo. Dale la espalda y conviértelo en alguien invisible. Hazle pagar por lo que hizo, pero de forma silenciosa. Anúlalo emocionalmente.

Me puse en plan hijo de puta exagerado.

Lo que se merecía eran dos guantazos y un par de cuernos, pero ese comportamiento era muy agresivo desde el punto de vista psicológico y Valentina necesitaba curarse, no aumentar sus heridas con una venganza absurda, que solo le traería más dolor.

—Tú no tienes la culpa, espero que lo sepas.

Una amplia sonrisa apareció en mi cara y nuestros rostros se acercaron más de lo que pretendían. Por unos instantes, casi nos besamos. Pero no hubo suerte. Valentina cogió su botella y se dio un buen trago, lo que me hizo retroceder. ¡A joderse! Y nada más.

—No tuve tiempo de protegerme, me hirió por sorpresa. Eso es lo que más rabia me da.

—Pero no fue así —me miró, confundida—. Sí que tuviste tiempo de resguardarte. ¡Y tanto! Por eso estaba yo, y te juro que he pasado un montón de tiempo desde esa noche pensando en ello.

—Lo siento mucho por haberte involucrado en todo esto... —Le abrumó la vergüenza, pero lo que ella no sabía es que yo era muy puñetero.

—No lo sientas. Tú eras la bruja, o así te lo montaron ellos, yo fui el león que te salvó y nos metimos en un armario. Lo que no entiendo es ¿por qué no acabamos en Narnia?! Es que, para una vez que luchamos entre el bien y el mal y no acabamos en un universo mágico... Sigo en shock. Me siento estafado.

Valentina no podía parar de reír. Y acabé uniéndome a ella con mi intento de alegoría para sacarla de esa situación absurda. Al menos conseguí arrancarle una sonrisa. Al rato, me miró fijamente y mordiendo el labio inferior dijo:

—Lo cierto, Leo, es que hay un error en tu historia.

¡Mierda! Me inquieté y esperé sus palabras.

—¿A qué te refieres? ¿Error?

—Sí, nosotros nos trasladamos a un universo paralelo. Los dos. Y, si quieres que te diga, al

menos para mí, fue mágico.

Me quedé sin palabras.

Mudo.

Tragué saliva con dificultad y solo pude esbozar una sonrisa tímida.

La pasión es idiota, eso siempre lo he dicho.

En el tejado del edificio dónde Leo vive

Hedoné, Anteros y Algos (narra el abuelo o Dios o Zeus, si es que al final Dios está en todas partes)

—¡Joder, ahora pago yo! —refunfuñó Anteros con un tono agrio al escuchar el comentario de Leo.

Los tres, Hedoné, Anteros y Algos, estaban en el tejado del edificio donde vivía Leo, intentando trabajar en equipo para llevar a esos dos tortolitos a un final feliz. Bueno, al menos algunos de ellos. Sin embargo, se encontraban sin una sola pista que les arrojara luz o un pequeño hilo del que tirar.

—Se obtiene lo que se paga —comentó Algos—. Si el problema al que se enfrentan esos dos es similar al lío que tengo trabajando con vosotros, tienen toda mi simpatía.

—El maldito *metomentodo* ya está opinando mierda —Algos lanzó a Hedoné una mirada perversa—. Y no me mires así, nadie te invitó a trabajar con nosotros.

—Claro que sí. Las personas inteligentes trabajan con quienes se ocupan de los detalles complicados, algo que solo tenéis por haberme aceptado en el equipo —le contestó Algos.

Hedoné bufó y miró a Anteros.

—A mí tampoco me mires. Estoy aquí de vacaciones. Esta es tu idea.

—Es idea de mi padre. Y callaos los dos. Ya tengo suficiente con esta interminable tortura que no conduce a nada —suspiró Anteros, sentándose—. Los veía tan felices. Y míralos ahora, qué desastre.

—Tampoco entiendo a ese Aquileo. ¿Estáis seguros de que su nombre no es Aquiles? Me recuerda al otro —intervino Anteros.

—No, pero es cierto lo que dices. Todos tenemos un talón de Aquiles, tanto literal como figuradamente. En la historia original, para hacer a Aquiles invulnerable, su madre lo sumergió en el río Estigia, dejando solo su talón sin proteger. Todo para evitar su muerte. Y ¿qué pasó?

Hedoné y Anteros miraban a Algos, sin entender a dónde quería llegar con la conversación.

—Sin embargo, muchas fuentes dicen que fue el dios Apolo, aliado de los troyanos, quien guio la flecha hacia su punto vulnerable: el talón —añadió Anteros.

—¿Estáis bromeando? ¿Qué tiene que ver la historia de Aquiles con la de mis clientes? ¡Estoy perdiendo mi tiempo con vosotros! —Hedoné sentía que estaba atrapada en un bucle con esos dos.

—Piénsalo. Es perfecto. Solo necesitamos conocer su debilidad y atacar ahí, como hizo Apolo —argumentó Algos.

—Es evidente que el placer no es su punto débil. Mira a esa chica, tiene todo lo que a mí me gusta: piel suave, dientes alineados, pelo ondulado, y un pecho perfecto para sus futuros hijos. Si él quisiera sexo, ella no podría detenerlo, pero él no se mueve —soltó Antero.

La expresión de Algos y Hedoné era una mezcla de horror y asco.

—Vamos al grano, ¿cuál es vuestro plan? Debemos entender que este caos no es positivo. Si no actuamos ahora de manera efectiva, el riesgo es que esta misión fracase por completo. No estoy dispuesta a correr ese riesgo.

—A veces debemos priorizar el bienestar de los demás sobre el nuestro, pero también hay

momentos en los que debemos buscar nuestra propia felicidad en lugar de preocuparnos por los demás. Tal vez ese es el problema de Aquileo.

Las palabras de Algos resonaron en Hedoné. Ella también solía priorizar la felicidad ajena antes que la propia, pero lo que decía Algos era contrario a sus acciones. Se dice que ser comprensivo trae buen karma, pero Algos representaba el dolor. No comprendía su cambio de actitud. La gente no cambia de la noche a la mañana.

—¿Qué sugieres?

—Vamos a golpearles donde más les duele —afirmó Algos.

Hedoné replicó:

—Eso sonaba a algo que dirías tú. Si es que no tienes sentimientos...

—Oye —Algos se acercó a Hedoné—, puedes pensar que soy insensible, pero eso no significa que no tenga sentimientos. Puedo ser cruel a veces, pero siento como cualquier otro.

Una tensión palpable llenó el ambiente.

—Venga, ¿qué tienes en mente?

—Vamos a ponerlos en una situación extrema, donde no puedan escapar el uno del otro —dijo Algos.

—Ya lo entiendo —intervino Anteros—. Para atraer a las mujeres, es esencial que piensen que no vas tras ellas. El poder atrae.

—Bueno, *Pasión*, imagino que tus estrategias van por ahí. Pero lo que quiero es algo diferente —insistió Algos—. Vamos a colocarlos en un mundo sin lo que más les da felicidad y también les causa problemas.

—¿Sin sexo? —preguntó Hedoné.

—Para eso puedo quitárselo yo. Aunque no sé cómo eso podría ayudar —dijo Anteros.

—No, ¡pensar! —exclamó Algos—. Vamos a sumirlos en un mundo sin electricidad, debido a una tormenta solar. La verdadera pregunta no es si habrá un gran apagón, sino cuándo. Y ese momento ha llegado. Eso les hará reconsiderar lo que dan por sentado y se apoyarán mutuamente.

Hedoné estaba en shock.

—¿Quieres causar un apagón en la Tierra solo para que nuestros dos tortolitos se unan? ¿Lo he entendido bien?

—Que la energía eléctrica cambió el mundo es algo obvio: la vida en el hogar fue esencialmente idéntica hasta finales del siglo XVIII. Cuando el sol se despedía, con él desaparecía gran parte de la vida social y las actividades cotidianas —comentó Anteros.

—Sin luz no hay vida —afirmó Hedoné con voz temblorosa, temiendo perder el control de la situación.

—Antes de todo esto, teníamos velas, lámparas de aceite y luces de gas —resopló Algos.

—Entiendo, pero esto es demasiado, Algos —Hedoné no estaba del todo convencida.

—Antes —prosiguió Algos— un mensaje tardaba unos 10 días de navegación. La mensajería digital ha virtualizado nuestra realidad, permitiendo cancelar planes en segundos. Desde los tiempos de Tales de Mileto, quien en el 600 a.C. vio el ámbar, «electrón» en griego, como algo místico, hasta el siglo XVIII, la electricidad ha sido un enigma. Hoy, 1.500 millones de personas, como en Malawi, aún anhelan la electricidad que muchos damos por sentada. Más allá de la tecnología, representa luz para estudiar y medios para cocinar o conservar alimentos. El verdadero reto es rediseñar un mundo que pueda prosperar incluso sin ella.

—Esto es una locura, Algos —replicó Hedoné, abrumada.

—Es una propuesta audaz, te concedo eso. No habría esperado tal sugerencia, pero tengo

que admitir que es intrigante —apoyó Anteros.

Hedoné entendía la lógica de Algos, pero una parte de ella resistía la idea.

—El amor no se mide por las posesiones, el poder o el dinero de alguien. Ni siquiera por su apariencia —dijo Algos, mirando a Anteros—. Todo eso carece de importancia cuando de verdad amas a alguien. —Luego giró su atención hacia Hedoné, que tragó saliva con dificultad.

—Necesito tiempo para reflexionar —solicitó ella.

—No hay tiempo —insistió Algos.

Hedoné pensó que quizá eso no era tan malo después de todo.

—Dame solo un momento para pensar —pidió.

Mientras reflexionaba, recordó: «Él es quien me ha hecho sufrir durante milenios. Es la razón por la que los humanos sufren. La razón de nuestro dolor y agonía». Pero no podía negar que había verdad en las palabras de Algos.

Sintió la presencia de alguien a su lado.

—¿Puedo hablar contigo en privado? —preguntó Anteros.

Hedoné asintió y se apartaron.

—¿Qué quieres, Anteros?

—Quería pedirte una cita.

—No —respondió tajantemente.

—¿Eso significa que no puedes hablar conmigo en privado o que no aceptarás la cita?

—Ambas cosas.

—Entiendo...

—Aunque me alegra verte, Anteros, lo que Algos dijo es cierto: somos hermanos.

—¿Te alegra verme? ¿De verdad? —preguntó con una sonrisa, y ella rio.

—Sí, te lo prometo.

—Me alivia. Hace un rato me sentía terrible, pero ahora me siento un poco mejor gracias a ti.

Hubo un breve silencio, y luego Anteros habló:

—¿Sabes? Siento celos de Algos.

—¡Vamos!

—Eres tú quien no lo ve. Algos sigue enamorado de ti.

—¿Por qué dices eso? Nunca me interesó Algos —dijo, percatándose de que estaba usando el tiempo pasado.

—Creo que te equivocas, Hedoné. Creo que sí te interesa.

—¡No es cierto!

—No te das cuenta de cómo lo miras.

Hedoné soltó una carcajada, negando con la cabeza.

—Quizás tienes razón —admitió riendo.

—Aunque Algos tiene sus peculiaridades, creo que te quiere.

—Realmente no me importa si me quiere o no. Puedo vivir sin él.

—Aunque me duela que no me veas como una opción, creo que tú y Algos tienen asuntos pendientes.

—Por favor, déjalo. Lo que sí espero es que la idea de Algos funcione.

Con sus asuntos resueltos, Hedoné y Anteros regresaron junto a Algos, listos para llevar a cabo su ambicioso plan.

En el despacho de Nacho

Valentina

—Es maravilloso ver cómo dos colegas se juntan y sacan algo así. Enhorabuena, chicos, os habéis salido con este trabajo.

—Gracias —respondimos al unísono.

—Pero que no se os suba a la cabeza. Vuestra campaña promete, pero aún tenéis que darle unos retoques. Los demás están que se salen con sus campañas y la competencia está que arde. Así que tenéis una semanita más para convencerme de que esto es lo que le voy a enseñar al alcalde —dijo Nacho con ese brillo en los ojos.

Jolín. No podía creermelo que a Nacho le hubiera molado la campaña. Era la caña. No tengo ni pajolera idea de cómo lo hemos logrado.

Leo y yo nos pegamos la noche en blanco con el dichoso proyecto. A eso de las siete de la madrugada, me encontré hecha un ovillo en su cama y a Leo roncando en la silla. Ni idea de cuándo nos quedamos sopa, pero por suerte acabamos el trabajo justo a tiempo para Nacho. Desperté a Leo y me fui volando a mi casa para ducharme, ponerme algo decente y volver al curro.

Salimos de la oficina de Nacho con una sonrisa de oreja a oreja. Vamos, con las pintas que llevábamos, podríamos haber hecho un casting para «*Walking Dead*». Y como esa serie no tiene fin, a lo mejor hasta nos cogían. Caminando por el pasillo, Leo me paró en seco.

—Oye, ¿y ahora cómo seguimos con el proyecto? Estaba pensando que igual tú deberías darle el último toque, que al fin y al cabo, tú eres la que parte el bacalao aquí.

—Ay, Leo, es que ya no sé qué más hacer. Creía que con lo que teníamos iba que chutaba.

—Es que a veces no me haces ni caso. Te dije que el rollo de las camisetas había que cambiarlo antes de enseñárselo a Nacho.

—¡Pues haberlo dicho más alto, hombre! ¡¿Pero tú qué te piensas?! Yo he dado el callo y tú ahí, en las nubes.

—Creo que me va a dar algo, de verdad. Me duele el pecho.

—Venga, hombre, ¿has tomado algo esta mañana?

—Es que no me ha dado la vida —dijo con un suspiro—. Vale, lo admito. Tú has clavado esto. Tienes ese toque. A mí, cada semana se me atasca todo. Yo soy de diseñar y punto. No fluyo con esto como tú. Mis disculpas.

—Te agradezco el piropo, pero esto es cosa de los dos. No me vengas ahora con que te quieres bajar del barco y dejarme a mí el marrón.

—No es que quiera dejarte tirada, Val, es que no puedo. —Estaba raro, eso saltaba a la vista. ¿Qué le ocurría? Se había puesto de un borde que pa' qué—. Tengo otros tinglaos y ya me he pegado la noche en blanco.

—Mira, Leo, lo que pasa es que al final te cansas y lo dejas todo a medias. Y te lo voy a decir clarito —ahora estábamos como dos gallos en el corral—, yo podría haberme apañado solita, sin más, cuando te piraste con tu excusa de ir a casa de “la mami”.

—Oye, no me hables así de mi madre, ¿eh? Que te ha tratado de lujo, como una reina.

—A ver, tu madre es un encanto, no me cambies el cuento. El que está actuando como un crío eres tú. Y me toca bastante las narices que ahora quieras escaquearte del proyecto.

—A lo mejor, me pillo una de esas camisetas chulas de tu campaña y luego charlamos — encima se reía, el tío—. ¡Ah, no!, que si no hay diseño, no hay camisetas. Así que —se puso en modo divo—, yo soy pieza clave aquí. No iba por donde tú te crees. Quiero decir que quizá tú sabrías cómo mover mejor el tema de las ventas de las camisetas, que creo que es lo que Nacho decía con eso de «pulir» la propuesta.

—¿Y qué les pasa a mis camisetas?

—Pues que, tal y como están las cosas, no las compra ni su padre, con esa estrategia tan floja que propusiste.

—¿Pero qué dices? Claro que van a triunfar, gilipollas —él levantó una ceja, la cosa se nos estaba yendo de las manos—. Llevan un mensaje, serán la bomba.

—Es que es pa' mear y no echar gota escucharte decir esas cosas.

—Estas movidas llevan su tiempo, no se cocinan en dos días. Y menos después de dormir un ratillo.

—Dos días, no. Pero ¿cuánto tiempo llevas en esto del marketing? —Ese tonillo me estaba sacando de quicio.

—Si es que soy tan corta, ¿qué haces aún aquí dándole al pico conmigo?

—Pues ni idea, de verdad.

Esto no me está pasando, pensé. Me encaré con él y él me miró de arriba a abajo. Exasperada, le eché una mirada que lo dejó helado. Seguro que no estaba acostumbrado a tratar con chicas que no fueran sus muñequitas de discoteca. Y desde luego, yo no era una de esas.

Sin decir ni mu, le di la espalda y eché a andar.

Cuando estaba ya casi en la salida del pasillo, noté que me agarraba el brazo y me hizo darme la vuelta. Un poco mosca, solté:

—¿Qué buscas, Leo?

—Perdona, estoy reventado y la he cagado, lo sé.

—¿Cagarla? ¿Te refieres a hacer el gamba, no? Típico en ti —le solté.

Se puso más cerca, sin soltar mi brazo. ¿Pero este tío qué trama? En serio.

—Sé que he metido la pata hasta el fondo y lo siento. Valoro tu curro y sé que lo vas a petar, como todo lo que te propones.

Se me quitó un poco el cabreo y sentí que la tensión se aliviaba. Pero tampoco era plan de darle la razón. Soy una pro y lo voy a demostrar. Sin ganas de más movida, solté:

—Hay que estar un poco pirado para currar en esta agencia.

Leo se mordió el labio, ese que es más carnoso. Me quedé un poco pillada y noté un nudo en la garganta. El brillo en sus ojos me dejó congelada.

—Exacto —respondió con la voz rasposa y cortada—. Ahí le has dado.

—¿Y qué es exactamente lo que te parece tan acertado? —Nuestros ojos estaban clavados.

—¡Que esto es un despropósito! —exclamó y me acarició la cara. Me entró un escalofrío y cerré los ojos sin querer.

Al abrirlos, tenía su boca casi pegada a la mía y antes de fundirnos en un beso, murmuró:

—Perdona, pero no puedo resistirme...

El beso fue tan intenso que me dieron ganas de arrastrarlo a cualquier rincón oscuro. Pero, con ese pensamiento, caí en la cuenta de que esto no podía ser. Nos podrían pillar y seríamos el chisme del día. Y encima estaba el tema del proyecto y las culebras esperando a la vuelta de la esquina.

—¡Quita! —lo aparté, ni yo sé cómo.

Me miró, los ojos cargados de ganas y de cabreo.

—Sabes, me pone que te piques. Me flipa ver ese brillo en tus ojos porque es la única chispa que voy a pillar de ti.

Si me quedo un segundo más ahí, la lío parda. Giré sobre mis talones y eché a correr por el pasillo. Él se quedó ahí parado, pero no tenía ni ganas de seguir con el tema. Solo quería largarme rapidito y hacer como que esto no había pasado.

Sí, es verdad que ayer no paré de pensar en liarle con él. Es obvio que hay buen rollo, pero hay que ser conscientes de ciertas cosas. El morreo que me metió fue como de película. Pero más allá de la química, hay que mirar lo que hay detrás, las emociones y todo eso. Que sí, que puedes acostarte con alguien sin morrear... (pero eso es harina de otro costal). Lo que está claro es que un beso es más que dos bocas juntas, porque hay sentimientos de por medio. Y yo, pues eso, un poco liada.

Por tanto, tenía que ver el morreo en dos partes: lo físico y lo emocional. Y físicamente, me había dejado con ganas de más. Emocionalmente, estaba más perdida que un pulpo en un garaje. Si lo que quería era "no liarla", a estas alturas igual hasta le pido una orden de alejamiento. Lo que faltaba era admitir que estábamos mejor juntos que cada uno por su lado. Igual me da cosa decirle que me pone cuando le tengo cerca. No sea que se lo tome a mal y la lie aún más. Vamos, que debe tener claro lo que hay entre nosotros. Si no, no me habría comido la boca. Entonces, ¿por qué se esfumó el otro día? ¿O por qué no intentó nada después?

Es un tío sin pelos en la lengua, al menos eso dicen. Me ha morreado, pero no ha intentado nada más. ¿Será que no le molo? Y la otra vez, cuando nos pasamos con las copas... eso ya es otro cantar. ¡Que no venga con rollos! Dirá que «no era él». Pero todos sabemos que cuando vas ciego, la moral se va de fiesta. Vale, lo tengo claro: a Leo no le intereso. El beso fue para quitarse un peso de encima. Esa mirada suya de «he metido la pata» lo decía todo: te voy a besar y listo. Fue su manera de pedir perdón.

¿Qué quiero decir con todo esto?

Tengo que alejarme de él y ya. Terminar el curro y volver a la rutina: enemigos a muerte. No puedo fliparme y pillarme por él.

Quizá no sea «el momento», pero igual es hora de pensarlo bien, porque algo en mi interior me dice que algo pasa. *¡Vaya tela, Valentina! Si no hubieras estado en las nubes, ahora no estarías lamentándote.*

Está claro que ya sentía algo más por él.

Genial, mucha suerte con eso, Valentina. Vas a necesitarlo.

En el inframundo, a la izquierda

Algos

—Oye, está mal que lo diga yo, ¿verdad?, pero soy un genio —comenté después de conectar unos cuantos fusibles más.

—Vamos, podrías apurarte un poco. Este lugar no me da buena espina —a veces, Hedoné no parecía la misma. ¡Vaya princesa!

—Sólo pido un poco de paciencia —respondí, regresando a mi tarea.

—Lo que no entiendo es por qué piensas que conectar todos esos fusibles causará un apagón en la Tierra —señaló Anteros con su característico escepticismo.

Intenté aclarar mi punto:

—Mira, Anta... —Haciendo referencia al tapir americano, un animal pasivo y tranquilo. Su corpulencia le había ganado el apodo de «gran bestia», y Anteros se parecía bastante a él. Por eso, no pude resistirme a llamarlo así. Me lanzó una mirada de disgusto—. Esto es para quienes saben, ¿no crees? Anda, haz algo útil. Desde que llegamos, solo te he visto con las manos en los bolsillos.

Mientras ese tonto se alejaba, seguí con lo mío.

—¿No crees que has sido un poco duro con él? —me reprochó Hedoné en su defensa.

Viendo que no respondía, continuó buscando respuestas.

—Realmente, eres muy duro con él. No te ha hecho nada y, sin embargo, no dejas de menospreciarlo.

—Lo que necesita es un «guante blanco» para abrirle su chacra principal.

—¿Qué estás diciendo?

—El ano, ¿qué más podría ser? Y que le den.

—Ya entiendo... se nota que se llevan de maravilla, del copón bendito —dijo ella con sarcasmo.

Dejé lo que estaba haciendo y me enfrenté a Hedoné.

—¿Qué quieres que te diga? No soporto a tu "hermanito".

—Ahí vas otra vez con lo del "hermanito". ¿Nunca te detendrás? No soportas ver a alguien feliz. Eres un envidioso. No puedes aceptar que Anteros me quiere más de lo que tú jamás me quisiste.

Levanté la vista de los fusibles, luchando contra cualquier sentimiento hacia ella. No sé si lo hace para provocarme o herirme. Pero odio dudar. No debería tener dudas. Ella no me quiere ni nunca lo hará, como yo no debería quererla, aunque lo haga.

—Me haces sentir culpable porque yo me fui —dije con rabia, arrojando la herramienta al suelo, produciendo un ruido ensordecedor que la sobresaltó—. Hay sacrificios que uno debe hacer, querida... y yo hice los míos.

—¿Qué sacrificios? —preguntó, con una mirada desafiante.

No pude responder de inmediato. Ella parecía perturbada, pero yo estaba decidido. Llevaba demasiado tiempo lidiando con esto. Y hay dolores que resultan insoportables, incluso para aquel que los porta.

—Tienes razón —admití—. No he estado en tu lugar.

Por segunda vez en milenios, la vi llorar. Me dolía verla así. Nos quedamos en silencio. Ella

lloraba mientras yo la observaba.

Finalmente, me acerqué y la abracé.

—Eres un desgraciado. Me abandonaste —sus palabras eran un puñal—. Eres un hijoputa. Un hijo de puta que me abandonó.

—No tienes ni puta idea de lo que he pasado. Quizás para ti sea fácil entender tu punto de vista, pero ¿alguna vez te has puesto en mi lugar también?

—¿Y en qué lugar esperabas que me pusiera? ¿En el de un padre que acaba de perder a un hijo, justo como yo, y que decide darle la espalda a la única persona que estaba sufriendo con él?

La miré intensamente. No había vuelta atrás.

—¿Realmente piensas que fuiste la única que sufrió? Te equivocas. Has estado equivocada por mucho tiempo. No has sido la única que ha sufrido, ni de lejos. Soy el Dolor. Conozco el sufrimiento mejor que nadie. Pero, a pesar de ello, cuando se pierde un hijo, una sensación que compartimos, nadie te prepara para ese dolor, un dolor incomparable a cualquier otro. No hay palabras para describir lo que sentí. Pero, probablemente, ha sido el dolor más profundo que jamás he experimentado o causado. Un dolor que aún no he superado y que me acompaña en cada momento.

—Tomaste una decisión y me dejaste sola.

La vi derrumbarse. Y por primera vez, sólo pude abrazarla. Ella correspondió al abrazo, aun temblando.

—Sí, tienes razón. Lo hice. Pero tu padre me advirtió y tu abuelo me amenazó diciendo que, si te hacía sufrir, me transformaría en un horror.

Ella me miró con confusión.

—¿Cómo puedes hablar así de mi familia?

—He guardado silencio durante una eternidad, pero ya no más. Si tienes dudas, pregúntales. Búscate la verdad. Pero, cuando lo hagas, acepta que me fui porque creía que mi presencia sólo te traería más dolor.

—Esto es... —dudó, y pude ver la confusión en su rostro—. Aunque lo que dices fuera cierto, y no otro de tus juegos para herirme —rodé los ojos—, si realmente me amabas y también estabas sufriendo, ¿por qué no te quedaste conmigo? A pesar de todo.

—¿Piensas que tomé la decisión incorrecta? No me fui por orden de tu padre o de algún ser omnipotente. Me fui porque no podía soportar verte sufrir. Pensé que el dolor de dejarte sería menor al que te causaría si me quedaba. Jamás habrías podido superarlo con alguien a tu lado que, aún hoy, no lo ha superado.

—Pero éramos un equipo. Nos teníamos el uno al otro. No sé qué habría hecho sin ti y tuve que descubrirlo de la peor manera. Te extrañé. Y nada justifica tu acción. He pasado por un infierno por ti.

—Estoy orgulloso de ti y de tu resiliencia. De cómo has elegido la vida sobre el dolor y te has convertido en un bien para otros, llevando una vida digna de recordar a nuestro hijo. Pero yo no he podido. Sé que nunca me perdonarás. Sólo quiero que sepas que no fue por egoísmo. Fue por amor.

—Tú eres el Dolor. No puedes amar.

—Hedoné, se necesita un gran tumulto interior para parir a una estrella que baila. Sé que nuestro hijo es una estrella en el universo. Y sí, te amo. Porque sólo el amor puede doler tanto como el placer de sentirlo. Sólo el dolor puede comprender qué es amor.

—Eres un idiota y... me has hecho falta cada día. Así que, según tu teoría, es probable que también te ame.

No pude resistirme. Me acerqué y la besé con pasión. Ella se dejó llevar, y fue un momento apasionado hasta que fuimos interrumpidos.

—Esto no es lo mío. El inframundo tiene sus propios dramas. —Dijo Anteros, mirándonos sorprendido.

—Anteros... no pretendíamos... —comenzó Hedoné.

—No caigas en su juego, Hedoné. No quiero que seas otro de sus errores —advirtió su *hermanito*.

Lo ignoré. Lo importante era que Hedoné había elegido estar conmigo, aunque no iba a provocar más dolor diciendo algo al respecto. Antero me miró con desprecio, pero sus miradas me resbalaban. Me había atrapado en un momento vulnerable y podía sentir su dolor. Fui arrogante al sonreír ligeramente ante esa idea, porque me di cuenta de que, sin querer, ella me había escogido a mí y él no la tenía. Sin embargo, no quería decir nada que pudiese causarle más dolor, así que permanecí en silencio.

—Oye, perdona si te molestó lo de antes; no fue mi intención —se disculpó ella.

—Vuestra relación es más tóxica que esas drogas que consumen los humanos —Anteros me estaba sacando de mis casillas y lo sabía, pero no paró—. Si ya no queda nada entre tú y yo, Hedoné.

—Te lo he dicho, Anteros... —Ella seguía intentando dar una explicación.

—Ya lo sé. Me engañé a mí mismo, no te preocupes. Aquí no pasa nada.

—No quiero hacerte sentir mal con esto...

—Una escritora humana dijo una vez que "no se puede encontrar la paz evitando la vida". De hecho, Hedoné, no tengo nada para ofrecerte. Más bien esperaba que tú pudieses ofrecerme algo a mí. Es cierto que ni yo ni Algos podemos vivir sin ti; no sería lo mismo. Pero tú sí puedes sobrevivir sin nosotros. El placer puede existir solo, no necesita de pasión, ni dolor, ni amor.

—Pero estás equivocado. Yo sí necesito amor. Todos necesitamos amor. El amor es el motor y el corazón de todo. Por eso es tan importante que realicemos esta misión, y te necesito, Anteros.

—Entonces, ¿por qué me necesitáis? Estáis bien sin mí. ¿Qué lugar tiene la pasión entre el placer y el dolor, cuando ya se ha convertido en obsesión?

No pude seguir callado.

—Esto es un asunto personal. Hedoné te pide algo que es para el bien de todos. Que te quedes y contribuyas con lo que puedas, al igual que yo.

—Bueno, te diré algo. Tal vez para ti, como la personificación del dolor, no sea difícil seguir adelante si te infligen más dolor o te quitan algo. Pero para mí, como la Pasión, si me quitas el placer, el amor, o incluso el dolor de desearlo, me lo quitas todo. La pasión es efímera y solo sobrevive si se le da valor. Y pensé que mi valor era ella. Pero no es así.

—No vengo armado, Anteros, más allá de lo que soy, ni vengo a enfrentarme contigo. Di lo que necesites decir y estaremos en paz.

—Bien, solo tengo una cosa que decir; a pesar de que vuestra relación me parezca extraña, debo admitir que juntos os complementáis mejor que por separado. Uno para el otro. Felicidades.

Y sin más, se marchó.

En la casa de Valentina, horas antes del apagón

Valentina

Alguien debía permitirme completar un trabajo de principio a fin sin interrupciones, pero eso jamás sucede. Al menos no en vidas como la mía, que en su mayoría son bastante difíciles. Apagué mi móvil, harto de los constantes mensajes de mis amigos y de todos aquellos que decidieron perturbarme esa noche. Hay que vivir la vida con intensidad, sin intermediarios, y eso fue lo que hice con el vino, mi compañero desde las ocho de la noche, cuando regresé de mi trabajo, hasta ahora.

Así que a las once de la noche me encontraba frente al ordenador sin haber comido, sin haberme duchado, completando el trabajo que el insoportable Leo dejó en mis manos. Mientras tecleaba frenéticamente, la máquina comenzó a ralentizarse.

— ¡Al diablo tú y tus lentitudes! — grité, tentada a arrancar las teclas de un golpe.

¿Cómo es posible que una alcaldía con fondos de los contribuyentes contratase a una agencia que parecía un manicomio? ¿Para que empleados sobrecargados y mal remunerados hicieran un brainstorming o, en nuestro hermoso español, «lluvia de ideas», que más bien suena a algo subido de tono? Y todo para lanzar una campaña de San Valentín. Me cuestiono.

Arrepentida, recordaba haber propuesto la idea de camisetas personalizadas con mensajes amorosos. La idea era que la gente pagase por enviar un mensaje de amor que se estamparía en una camiseta. Con el patrocinio de la alcaldía, cada persona tendría que recoger su camiseta en el ayuntamiento y posar para una foto con un photocall. El lema sería: *#elamorpenetrahastaalosmásagnósticos*.

Pero después de la tensa reunión con Leo y Nacho, tuve que repensar algunos puntos. Y, siendo yo la mente detrás de todo esto, me tocaba arreglarlo.

Lo que no conté es que cuando compartí la idea con Leo, él también tuvo una propuesta. Proponía personalizar condones con mensajes en tinta o braille. Algunas de sus frases eran... peculiares, por decirlo de alguna manera.

Por consenso (mayormente mío), rechazamos su propuesta y nos quedamos con las camisetas. Desde un punto de vista de marketing, probablemente habríamos tenido éxito, pero desde la perspectiva del alcalde, no estaba tan segura. No mencionaré lo que pensaría nuestro jefe, pero te haces una idea. O sea, condones personalizados con mensajes inspiradores, estilo Mr. Wonderful. Ya ves...

Sus sugerencias eran algo como:

«Hoy es día catorce, pero si fuera trece, estirabas a ver si me crece»

«Aquí tienes la recarga de Cupido»

«El amor dura lo que dura dura»

«Eres la gota que colmó mi vaso. ¡Eres la leche!»

«Ni el maestro Yoda maneja el sable igual»

Menos mal que nos quedamos con las camisetas.

Decidí centrarme en mi trabajo, y cerca de la medianoche, sonó el timbre. Gracias a mi videoportero, pude ver quién era antes de responder. Y allí estaba él: Aquileo.

— ¿Ha pasado algo? ¿Qué haces aquí a estas horas?

— Te mandé un mensaje diciendo que venía. No respondiste.

— No lo vi, apagué el móvil para concentrarme.

— Tuve una idea genial para el diseño del proyecto. Pensé que podría ayudarte.

No estaba preparada para su presencia, pero su visita inesperada resultó ser una agradable sorpresa. Entró y miró la mesa de mi comedor. Luego alzó la botella de vino y dijo:

—Menos mal que me has dejado algo...

—Tienes un morro que te lo pisas, venga, te traigo un vaso —Me reí y resoplé.

Me regaló una sonrisa antes de verme marchar a la cocina. Cojo un vaso, unos chocolates de picoteo y me los llevo al salón. Dejo todo encima de la mesa y me siento con él a trabajar.

Leo me contó su idea para el diseño y era realmente muy buena. Conectaba todos los puntos en los que había estado trabajando y sentí que entrábamos en una dinámica ideal. Un jefe me dijo una vez una frase que se me quedó clavada el resto de mi vida y que me ha ayudado mucho a aprender a trabajar en equipo: «esto es como Samuel Eto'o en el Barça, puedes ser el mejor jugador del mundo que si no sabes hacer equipo, no te integras y creas mal ambiente, estás fuera». Le di muchas vueltas a esa frase y cada día le saco más jugo. Es mil veces mejor alguien que quizás no sea una estrella ni el mejor del mundo pero que sabe integrarse, generar buen ambiente y trabajar en equipo que alguien individualista que trabaja desde el ego y la prepotencia.

Yo pensaba que ese era Leo, alguien misógino, egocéntrico, prepotente; pero cada día que pasaba con él, descubría cosas nuevas sobre su forma de ser y de actuar. Me ha sorprendido de forma muy positiva. Desde el primer día me he encontrado muy bien trabajando con él. Cumplía con las expectativas que podía haber creado para desarrollar este proyecto y ha dejado ver su calidad, y como se preveía, está entre los mejores en su área. De eso no cabía duda. Era muy bueno. En todos los sentidos. Sentí el corazón encogerse y un calor subir por mis entrañas. Probablemente eran efectos del vino, aunque no había bebido más que un vaso. Joder. Ahí estaba yo, otra vez, esquivándome las sensaciones que no sabía ubicar en mi cabeza.

Y cuanto más lo miraba más me enamoraba. Y cuanto más vueltas le daba, más me desesperaba. Quería gritarle que sentía cosas por él, aunque me faltara la voz. O decirle muy suavemente, en su oído que ahora es nuestro turno. Que sólo en sus besos quería vivir. Y cuando me despertase por la mañana, quería que estuviera allí conmigo. Y que se diera cuenta de que el cielo que busco siempre ha sido suyo, desde que entró en mi vida. Sí. Estaba irremediamente enamorada de Leo. Y cansada de negarlo.

—Leo...

Levantó la mirada de su ordenador y me miró. Yo estaba sentada a su lado. Mi cara de apuro fue muy evidente y sentí que me iba a estallar la cabeza. Empecé a temblar por los pies.

—¿Pasa algo?

—A ver... —Me aclaré la garganta—. Me flipa que te dediques tanto a lo que haces... es eso. Que admiro cómo le estás dando caña al proyecto y... —He dicho todo menos lo que quería.

—Venga, di la verdad. Te parece un tostón, es eso. Dilo, no me importa. Soy fuerte. Sé que me vas a decir que es una puta idea sin sentido. Se va todo a la mierda, ya lo sé.

—No es eso, Leo, es que...

—¿Qué pasa entonces?

Leo se dio la vuelta y se acomodó frente a mí. Nos mirábamos a los ojos.

—Perdona si te ha hecho sentir mal, no era mi intención... y oye, eres muy negativo, ¿no? Siempre me dices que soy yo la que veo las cosas negras —¡Y tan cierto!—, pero te veo un poco pesimista. Realmente pienso que eres muy bueno en lo que haces y me encanta tu idea. Estoy segura de que lo vamos a petar. Es genial.

—Es una campaña de amor, claro que la íbamos a petar. Si tú y yo somos expertos en el tema.

Esbozó una sonrisa que se convirtió en una carcajada y me hizo reír también. Nos echamos a reír un buen rato. Entonces, se puso serio y me miró fijamente.

—Confieso que tenía miedo de que no te gustaran mis ideas —me dijo—, y, me doy cuenta de que no te digo muchas cosas porque... tengo miedo de que te enfades o... que huyas.

Tragué saliva con dificultad.

—Leo... yo... —Quería decirle que estaba enamorada de él, pero no me salían las palabras. El miedo lo sentía yo. Al rechazo, al fracaso y a todo lo que evitas en tu vida—, yo... pienso que hacemos un buen equipo los dos.

Miré a sus ojos pardos y me quedé hipnotizada.

—¿Me estás queriendo decir que la cagué por adelantarme? —Alargó la sonrisa—. ¿Te das cuenta de que estás basando tu opinión en algo que no va respaldado de nada?

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté intrigada.

—Bueno... no sabes si somos un buen equipo en todo. Lo has dicho bajo un argumento que viene impuesto por el hecho de que hemos trabajado juntos. Pero no sabes si podemos ser un buen equipo en otras cosas.

—Jo... vale. ¿Cómo por ejemplo? —Me mordí el labio, ya bastante emocionada con su juego.

Se acercó un poco más, reduciendo peligrosamente la distancia entre ambos.

—Como por ejemplo... en, ya sabes, la intimidad.

—¿Intimidad? ¿A qué tipo de intimidad te refieres? —estaba totalmente empanada.

—Intimidad pues como sexo.

—Ah... en ese tipo de intimidad... ya veo...

—Exacto.

—Uh-huh —Los dos nos mirábamos fijamente. Intenté mantener la seriedad, pero acabé soltando una risita nerviosa.

—Verás, ya hemos comprobado que trabajamos bien en equipo en el ámbito laboral. *Check*. Sé que formamos un dúo increíble cuando nos besamos. Otro *check*. Y ya descubrimos que nos complementamos de maravilla en las aventuras. *Check* nuevamente. Entonces, siguiendo esta lógica, lo único que nos queda es... ya sabes, comprobar el último punto.

Mi respiración se aceleró. Se inclinó hacia mí, casi rozando mi nariz con la suya. Estuve a punto de decir algo, pero me cortó con un susurro que me erizó la piel:

—¿Te gustaría despejar esa última incógnita?

—Definitivamente... sí.

A medida que el tiempo parecía detenerse, tomé aire profundamente, sintiendo que si no hacía algo pronto, me ahogaría. El ligero temblor de mi cuerpo me sorprendió. Pasó una mano por mi cabello, y de forma instintiva cerré los ojos. En ese instante, sentí un roce casi imperceptible de sus labios contra los míos. Pero justo cuando iba a dejarme llevar, ¡puf!

—¿Qué demonios ha pasado?

—Leo... —susurré, desconcertada.

—Aquí estoy... ¿Qué sucedió?

—¡La luz se fue! No veo absolutamente nada.

—Dame un segundo, buscaré la linterna de mi móvil.

No podía creer mi mala suerte. ¡Justo ahora! La atmósfera perfecta, destruida por un corte de luz. Vi cómo la luz de su móvil se encendía, iluminando su cara de forma inquietante.

—¿Dónde guardas el cuadro eléctrico?

—Eh... —Me deslumbró al enfocar la luz directamente en mis ojos—. Oye, ¿te importaría no apuntarme directamente? Parece que estoy siendo interrogada por algún agente secreto.

—¡Vaya! Disculpa.

Nos levantamos y, con mucho cuidado, empezamos a buscar el cuadro eléctrico. Era extraño, no había ni un ápice de luz. Incluso con las cortinas abiertas, la oscuridad era total. Al llegar al cuadro, Leo intentó reiniciar los fusibles, pero no pasó nada.

—Me parece que el corte de suministro eléctrico es general. No parece ser un problema de tu cuadro eléctrico. Déjame comprobar si hay luz en el resto del edificio.

Iba a adelantarse hacia la salida cuando le detuve:

—Espera, acompáñame. No me dejes aquí sola.

—¿Acaso temes a la oscuridad? —Me iluminó con la linterna. Tenía esa mirada burlona.

Aún no había procesado todo lo que estaba pasando, pero estaba agradecida de tenerlo a mi lado en ese momento.

—Bueno, ¿quién no? ¿Qué eres tú, un felino con visión nocturna?

—Créeme, cuando quiero, puedo ser una bestia —dijo riendo y salimos juntos.

La situación empeoró: todo el edificio estaba a oscuras. En ese momento, nuestro vecino salió para verificar lo mismo.

—Buenas noches —nos saludó. Era un hombre de mediana edad y bastante amigable.

—Buenas noches —respondimos al unísono.

—Parece que hemos tenido un apagón.

—Sí, parece generalizado. En todo el edificio está igual —informó Leo.

—Es "El Apagón" —afirmó nuestro vecino.

—¿El qué? —preguntamos simultáneamente.

—El Apagón. Unos compañeros de trabajo me advirtieron sobre esto. Las Fuerzas Armadas alertaron sobre un posible apagón eléctrico de duración indefinida la semana pasada. ¿No lo habían oído?

—Estoy segura de que es algo temporal, pronto volverá la electricidad —intenté tranquilizar la situación.

Siempre se escuchan teorías conspirativas, pero en mi opinión, esto no era más que un incidente menor.

—Espero que tengas razón. Si necesitan algo, tengo provisiones. Buenas noches —nos despidió el vecino antes de regresar a su departamento.

Una vez dentro de mi departamento, Leo me preguntó:

—¿Sabías algo de ese "apagón"? ¿Crees en esos rumores?

—He oído algo al respecto. Vamos a intentar contactar con la compañía eléctrica o buscar más información.

Trató de usar su teléfono, pero se percató de un problema:

—No tengo señal ni internet en mi móvil. ¿Puedes comprobar el tuyo?

—Por supuesto. —Después de revisarlo le informé—. Yo tampoco tengo. ¿Cómo es posible? Aunque no haya electricidad, deberíamos poder hacer llamadas.

—Estoy pensando lo mismo. Veamos si hay luz en la calle.

Desde el balcón, la oscuridad se extendía por toda la ciudad. Solo se veían unas pocas luces de linternas y velas a lo lejos.

—¡Genial! Hemos retrocedido a la Edad Media —comenté irónicamente.

—¿Tienes velas?

—¿No es un poco tarde para cenar a la luz de las velas? —bromeé. Ambos reímos—. Claro que tengo, me encantan.

Después de encender varias velas, el salón quedó iluminado con una luz tenue y cálida. Nos acomodamos en el sofá.

—¿Crees que esto afecta solo a nuestra zona? —me preguntó.

—No lo sé, podría ser.

—Me preocupa mi madre.

—Estoy segura de que sabrá qué hacer, incluso mejor que nosotros. Me ha parecido una superviviente.

Leo me sonrió agradecido.

—Lo es. Es la mujer más fuerte que he conocido.

—Se nota cuánto la quieres. Es muy bonito, oye.

—Cuando nos convertimos en padres, es sorprendente la fortaleza que desarrollamos. Me imagino que sea así. Bueno, al menos algunos. Mi madre siempre ha sido increíblemente fuerte, a pesar de todas las adversidades.

—Puede que nunca te haya mostrado sus momentos de debilidad.

—Es posible. Me he dado cuenta de lo mucho que me ha enseñado y de lo afortunado que soy por tenerla. También me ha inspirado a compartir mis propias experiencias y aprender de ellas. Es gracioso cómo, a veces, enfrentar nuestros propios miedos e inseguridades nos puede brindar una paz y felicidad tan simples y genuinas.

—Eso que haces es admirable, usas tu creatividad para inspirar a otros, y eso es invaluable.

—Ella siempre ha sido una cachonda viviente; divertida y con la mente abierta. Fue y sigue siendo una gran madre. Me metí en muchos problemas de joven —dijo, riendo con cierta vergüenza.

—Parece que algunas cosas nunca cambian —respondí, buscando hacerlo reír, no herirlo.

—Tienes razón. Antes no me veía haciendo nada de lo que me pedía, pero aquí estoy, siguiendo sus pasos.

—Espero que su influencia te lleve a encontrar paz en tu vida y a vivir con honestidad, bondad y valentía, como ella hizo al criarte sola.

—El verdadero desafío, Val, es recordar y permitirnos relajarnos frente a cualquier adversidad. Llevar a la vida lo que nos brinda.

—Deseo que estés en lo correcto, pero este apagón me inquieta. Espero que la luz regrese pronto.

—Debo ir a ver a mi madre.

—¿Cómo planeas salir con esta oscuridad? Está completamente oscuro afuera.

—Me las arreglaré.

—Por favor, no lo hagas.

El amor es como aventurarse al océano en busca de lo desconocido. Es inspirador al inicio, pero eventualmente enfrentamos temores, como el miedo al abandono o al rechazo. Nos sentimos atraídos a descubrir lo que espera más allá, sin saber si seremos lo suficientemente valientes. Al ver mi preocupación, cambió de opinión:

—Tal vez debería quedarme hasta que regrese la luz. Sería arriesgado irme en esta oscuridad, y no quiero dejarte sola.

—Gracias, no era mi intención retenerte, pero es peligroso salir ahora. Agradezco que te quedes.

—Yo también —dijo, y nuestras miradas se encontraron.

La impermanencia es algo que vivimos en el presente, al igual que la compasión, el coraje, la maravilla y el miedo.

—¿Y ahora qué? ¿Seguimos con el proyecto? Mi ordenador aún tiene algo de batería.

—Creo que es mejor descansar y esperar. No sacrifiques tu vista. Si no regresa la luz, continuaremos mañana.

—Tienes razón —admití.

—Lo sé.

Reí y le di un golpe juguetón en el hombro. Él tomó mi muñeca y me atrajo hacia él, y nos perdimos en un beso apasionado.

—Podemos ir despacio. Quiero estar así, contigo.

—Yo también —respondió, abrazándome.

Desde el balcón de la casa de Valentina

Algos

—Algos, ¿estás seguro de que esto no es demasiado? —me preguntó Hedoné.

A pesar de mis esfuerzos, no podía controlar la situación. Mi manera de actuar estaba afectando a todos a mi alrededor, y era algo de lo que no podía huir.

—Cuando todo se derrumba y nos encontramos al borde de lo desconocido, la verdadera prueba para cada uno de nosotros es permanecer ahí y no ceder. El camino espiritual no se trata de alcanzar el cielo y llegar a un lugar magnífico. Es todo el viaje en sí.

—Algos, esto es grave. Si no resolvemos esto rápidamente, habrá muchos problemas en la humanidad. No podemos generar un caos para solucionar otro.

Lo que no había querido ver de mí mismo de repente estaba al descubierto, y para empeorar las cosas, los demás podían opinar libremente sobre mi comportamiento.

—Cariño, confía en mí —le dije, acercándome a su rostro para besarla.

Ella me miró seriamente.

—Sabes que eso llevará tiempo.

—Solo quiero una oportunidad para hacerte feliz.

—No sé si volveré a ser feliz, pero te agradeceré si me ayudas a hacer felices a esos dos. Con eso tengo suficiente.

Me dolía pensar que dudara de si alguna vez volvería a ser feliz. Sentía como si me bombardearan constantemente y todos mis autoengaños estuvieran explotando.

—Solo al exponernos al desastre repetidamente, encontramos en nosotros lo que es indestructible.

—Espero que tengas razón.

De todos modos, cuando nos sentimos completamente perdidos y no encontramos nada a lo que aferrarnos, el dolor es inmenso. Ese era mi trabajo, hacer que otros experimentaran las consecuencias de sus malas decisiones. Sin duda, hay algo tierno y conmovedor en sentirse completamente desamparado. Al ver a la pareja, pensé que lo que había hecho tenía sentido.

Sin embargo, mi instinto, similar al de un arácnido, me decía que el riesgo de fallar en la misión era mayor que la posibilidad de éxito, así que no dejé de vigilar a Valentina y Leo.

—Mira, ¡ahí están! Aquí es donde la compasión entra en juego. Cuando las cosas están inestables y nada parece funcionar, quizá nos demos cuenta de que estamos al borde de descubrir algo.

—Tienes razón. Que todo colapse es tanto una prueba como una forma de sanación. Veamos cómo termina.

—La vida es así. Realmente no sabemos nada. Decimos que algo es bueno o malo, pero en realidad no lo sabemos.

Ella me abrazó por el cuello y acercó su nariz a la mía.

—¿Cuánto tiempo durará este apagón?

—Lo suficiente para que tus flechas surtan efecto.

—Entonces no hay tiempo que perder. Es el momento.

Hedoné sacó su arco y agarró una flecha dorada. Pero al intentar disparar, perdió el equilibrio y casi se cae del balcón. Esta mujer, con su torpeza, era un verdadero peligro. La

flecha quedó clavada en la pared. Rápidamente, la sujeté por la cintura.

—¡Dios, Hedoné! ¿Quieres darme un infarto?

—Soy inmortal, Algos. Pero gracias por salvarme. Me ha encantado —dijo con una sonrisa traviesa—. Admito que eso me excita.

Se acercó de nuevo, tocándome de manera insinuante.

—¿Qué estás haciendo?

—Tal vez haya algo que podamos hacer en la oscuridad mientras esperamos —me dijo, insinuante.

—Si tú lo dices... ¿quién soy yo para negarle el placer a la diosa del Placer?

En el apartamento de Valentina en pleno apagón

Aquileo

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Un sonido seco e incesante en la puerta nos sacó abruptamente de nuestro letargo en el sofá. Comenzamos a levantarnos, todavía adormecidos.

—¿Quién demonios intenta derribar la puerta? —murmuró Valentina, visiblemente molesta.

Ella abrió la puerta y me quedé a su lado. Del otro lado estaba el vecino con el que nos encontramos la noche anterior, el que vivía enfrente de ella.

—Lo siento por el alboroto, pero debéis asegurar la puerta y ponerlos a salvo —dijo con voz alarmada

—¿Qué está pasando? —preguntó Valentina, con una mirada de preocupación.

—Estamos rodeados de todo tipo de gente —empezó el vecino. Valentina y yo intercambiamos miradas confusas—. Desde que comenzó el apagón, la gente ha perdido la cabeza. Y ahora que saben que estamos atrapados aquí dentro, es aún peor.

Valentina echó un vistazo al reloj.

—Todavía es de noche. ¿La electricidad aún no ha vuelto? —cuestionó.

—¡Para nada! Y no creo que vuelva pronto. Este es el gran apagón. Mis colegas ya me informaron a través de nuestra radio. No hay electricidad en ninguna parte del mundo. Sabíamos que esto ocurriría tarde o temprano.

—¿A qué se refiere con "estamos atrapados aquí"? —inquirí.

—Las puertas principales y la del garaje son eléctricas. Están bloqueadas. No hay forma de salir del edificio.

—¡¿Qué?! —exclamó Valentina con asombro.

Miraba nerviosamente alrededor del rellano, como si quisiera asegurarse de que nadie estuviera subiendo o bajando.

—Esto no puede ser. Tiene que haber alguna salida o forma de escapar —declaró Valentina, tratando de mantener la compostura.

—Me temo que no hay, jovencita. Ya he revisado todo. Estamos atrapados y no pasará mucho tiempo antes de que a la gente se le acaben los suministros y comiencen a saquear. Os sugiero que os encerréis y no dejéis entrar a nadie.

Noté que Valentina estaba nerviosa; sus manos temblaban. Y, al prestar atención, me di cuenta de que mis dientes castañeaban. ¡Qué frío hacía!

—Te agradezco mucho por los consejos, haremos justamente eso. —Valentina me lanzó una mirada expectante, esperando una aclaración, pero decidí no darla—. Si te enteras de alguna novedad, ¿podrías informarnos, por favor?

—Por supuesto. Cuidaros.

El hombre se retiró hacia su departamento y pude escuchar cómo aseguraba su puerta. Nosotros también regresamos al interior de nuestro hogar.

—Vete a ponerte algo más abrigado, o acabarás enfermándote —le dije, preocupado.

—Dios, hace muchísimo frío. ¿Por qué hace tanto frío? —Se abrazó a sí misma buscando calor.

—Sin electricidad, no hay calefacción. El frío es insoportable. Si puedes, tráeme un suéter o

algo similar, estoy congelado.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Valentina con una mirada llena de preocupación.

—¿A qué te refieres?

—A lo que dijo el vecino. ¿De verdad crees que estamos atrapados aquí? ¿No estará jugándonos una broma?

—Realmente no lo sé. Pero tiene sentido lo que comentó. No te preocupes, en cuanto regrese la electricidad todo se solucionará.

Pretendía tranquilizar a Valentina, pero la verdad es que también me sentía bastante intranquilo. Y muy preocupado por mi madre.

Valentina fue a buscar más ropa y cuando regresó, nos sentamos en el sofá. Incapaces de volver a dormir, charlamos durante una hora sobre los múltiples desafíos de vivir sin electricidad. De hecho, nos dimos cuenta de cuántas cosas dependen de ella.

—Vamos a hacer algo productivo. Toma un bolígrafo y papel y comienza a anotar todo lo que vamos a necesitar para sobrevivir a este apagón. Luego, revisamos lo que ya tenemos y lo que nos hace falta.

—¿Y si nos falta algo? ¿Pedimos por Amazon? —comentó ella con sarcasmo.

—Bueno, al menos es un plan.

Valentina se quedó en silencio por un momento. Luego, con un suspiro profundo, me lanzó una mirada compasiva.

—Solo quiero que lo tengas claro: esta lista es un poco absurda —dijo, burlándose suavemente de mi idea.

—Vamos, toma el papel y no te distraigas.

Los diez minutos que tardó en redactar la lista se sintieron eternos.

Comencé a leerla.

Lista de Compras de Material De Emergencia:

- Regadera
- Caja fuerte
- Paraguas
- Juego extra de llaves (casa y coche)
- Dinero en efectivo
- Linternas y baterías de repuesto
- Barras luminosas de especificación militar (resistentes a EMP)
- Velas
- Materiales para encender fuego (encendedores, fósforos)
- Extintor pequeño
- Power bank para móvil
- Cargador de coche para móvil
- Listado de contactos y números de teléfono importantes
- Manuales de instrucciones para dispositivos no eléctricos
- Herramientas para desconectar servicios públicos
- Radio de emergencia (con alimentación dual: manivela o solar)
- Kit de primeros auxilios

Lista de la Compra: Básicos:

- Cuchillos japoneses afilados
- Cuchillos más pequeños, multiusos (de preferencia una navaja suiza)

- Comida para mascotas
- Productos de limpieza y desinfección
- Surtido de medicamentos, incluidos somníferos
- Variados chocolates: en barra, en polvo, crema, chips, etc.
- Azúcar
- Reservas de agua
- Detergente para lavado manual
- Papel higiénico
- Café
- Alcohol (para consumo y desinfección)
- Condones
- Frutos secos
- Vaselina

Al finalizar, levanté la mirada hacia Valentina, quien me observaba con expectación. Tragué saliva y ofrecí una sonrisa algo incómoda. Rasqué un poco la cabeza y le dije:

—Veo que lo tienes todo previsto, sí. —Cobarde como era, dejé que el silencio llenara el espacio después de mi comentario.

—¿Qué pasa? —Rompió el silencio—. ¿No está bien? Has puesto una cara... Vamos, dímelo.

Cualquiera que me conociera sabría que, más que ser astuto, tenía una increíble habilidad para hacer el ridículo. Respondí con cierta reticencia:

—Pues, a decir verdad, hay cosas en la lista que me sorprenden.

—¿Como cuáles? Me pediste cosas para una emergencia.

—Exacto. Por ejemplo, ¿para qué quieres una regadera durante un apagón? —pregunté, con una sonrisa juguetona.

—Es sencillo —explicó Val—, con una regadera puedes ducharte. Si dejas agua en el balcón en verano, se calienta y luego tienes una ducha templada.

—Pero solo se ha ido la luz, no el agua.

—¿Ah, sí? —rebatí Val—. Pues te informo que, cuando fui al baño, no había agua. Por cierto, tiré de la cadena, pero si no hay agua... bueno, ya sabes.

—¿De verdad? —Para salir de dudas, fui al baño. No había agua. ¡Genial! Aproveché la ocasión para aliviarme.

Al regresar, Val me sonrió victoriosa.

—Entonces, ¿ya entiendes para qué sirve la regadera?

Suspiré y me dejé caer en el sofá.

—Sí, lo entiendo. Pero no vamos a estar aquí hasta el verano. No hay motivo para preocuparse.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Podría ser el apocalipsis o algo por el estilo.

Intenté no dejarme llevar por el pánico y me concentré en su lista.

—¿Paraguas? —le pregunté, curioso.

—Leo, para alguien tan listo... —hizo una pausa y suspiró—. Los paraguas son para recoger agua de la lluvia.

—Tienes razón, es una buena idea —admití.

—Y tú, ¿qué piensas? ¿Que soy solo una cara bonita? —bromeó.

Traté de evitarlo, pero mis ojos volvieron a la lista y, sin pensar, dije:

—¿Condones?

Se sonrojé de inmediato y yo intenté disimular mi incomodidad.

—Pues claro que condones. Es fundamental practicar sexo con seguridad.

—Lo sé —nos miramos durante unos segundos que parecieron eternos, y esa mirada, lejos de incomodarnos, avivó una chispa entre ambos—. ¿Tomas anticonceptivos?

—Vaya, ¿ahora te has convertido en mi mejor amiga? —bromeó, soltando una risa.

—Era solo una pregunta. Si no quieres responder, está bien.

—Sí, tomo la píldora. Pero nunca está de más una protección adicional. Hay enfermedades por ahí y personas irresponsables haciendo lo que no deben. Y mucho hijo de puta metiéndose la pilla donde no debería.

«Momento *Black Mirror*». Ambos captamos la referencia. Decidí no darle importancia y centrarme en ayudarla a olvidar el tema de su exnovio.

—Parece que has pensado en todo —comenté evitando mi incomodidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Valentina, captando mi hesitación—. Pareces preocupado.

Una cosa estaba clara en mi vida, y era que tenía un talento innato para meter la pata.

—No, nada, estoy totalmente de acuerdo. Siempre he sido muy precavido en ese sentido. De todos modos, no creo que los necesites. A menos que planees acostarte con tu vecino o con todo el edificio, estamos atrapados aquí.

—Nunca se sabe.

—Exacto, nunca se sabe —nuestras miradas se encontraron nuevamente, y el ambiente comenzó a caldearse—. Podríamos aprovechar y ponernos al día... pasar cada día encerrados como si fuera el último.

Ella levantó una ceja con picardía.

—¿Qué pasaría si todos los hombres del edificio, o yo, desapareciéramos? Te quedarías en la oscuridad y sin compañía.

—No vas a desaparecer. Nadie lo hará.

—Nunca se sabe...

Estaba al borde del precipicio. La tensión entre nosotros era palpable.

—¿Así que sugieres que debería tener un encuentro íntimo ahora mismo? O sea ¿tú crees que yo debería tener sexo con alguien? ¿Ahora? —preguntó con una seriedad casi cómica.

—Personalmente, creo que te vendría bien.

—¿Y entre los vecinos? ¿A quién crees que podría... elegir?

No pude resistir más su juego. Me acerqué a ella, la sujeté delicadamente por el mentón y le dije:

—Me gustaría ser el primero en tu lista. Y, preferiblemente, el último.

Su sonrisa cómplice me indicó que había entendido el trasfondo de mis palabras. Sin esperar su respuesta, me levanté, fui a por mi abrigo y saqué un preservativo. Al volver, lo mostré entre mis dedos y comenté:

—Necesitaremos provisiones. Eso es todo lo que puedo decir por ahora. Y si me permites, empezaría por el principio. Es la mejor forma de que todo tenga sentido.

Sin más preámbulos, la besé apasionadamente, empujándola con suavidad hacia el sofá. Nos entregamos el uno al otro, dejando de lado cualquier aprehensión. Aunque el silencio se hacía cada vez más profundo, lo único que importaba eran los jadeos y susurros que compartíamos. Nuestros movimientos quizás no eran los más gráciles, pero lo que importaba era el momento, la conexión. La sensación de deseo y pasión era abrumadora, y sabía que debíamos llevar las cosas al siguiente nivel. Sus brazos me rodean la cintura y la espalda con una intensidad abrumadora, y siento que estoy a punto de explotar. Necesito que esto vaya a más,

porque no puedo soportar más sufrimiento. Necesito estar dentro de ella, sentirla. Su boca me besa con tal intensidad que amenazaba con hacerme perder la razón.

—Ven —dijo Valentina poniéndose de pie y pasando sus manos alrededor de mi cuello.

—¿A dónde vamos?

—Solo sígueme.

Con una mirada, supe que quería llevarme a su habitación. Estaba a punto de seguir sus pasos cuando un insistente ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! sonó en la puerta. Joder. *¿En serio?* Quienquiera que fuera, no podía haber elegido peor momento.

—Déjalo, yo abro —le dije mientras intentábamos parecer algo presentables.

Al abrir la puerta, una diminuta señora vestida completamente de negro y con una mirada que hubiera asustado a la misma Morticia Addams, nos saludó:

—Buenos días —era evidente que había amanecido.

—Buenos días —respondí aún intentando procesar la visión de esa extraña señora, que parecía salida de una novela gótica—. ¿En qué podemos ayudarla?

—Habrà una reunión en la azotea. Deben asistir.

No pude evitar pensar: ¿A una reunión o a un aquelarre?

Valentina, con visible confusión, preguntó:

—¿Para qué es la reunión?

La mujer, con una extraña entonación y repitiendo las últimas palabras, respondió:

—Para decidir el futuro de nuestra gente... gente... gente.

—¿Gente? —preguntó Valentina, claramente tan desconcertada como yo.

—Sí, la gente.

—Está bien, en un momento subimos —traté de cerrar la conversación y la puerta.

—Debe ser ahora —insistió acercándose más a la entrada.

Rápidamente cerré la puerta, pero antes de que pudiera alejarme del todo, sentí un golpe justo detrás de mí.

—¡Joder, qué susto! —exclamé, alejándome de la puerta—. ¿Quién diablos es esa mujer?

—Ni idea, nunca la había visto —dijo Valentina—. No conozco a todos los vecinos, al parecer.

—Bueno, eso me deja menos competencia —comenté con una sonrisa.

Valentina soltó una risa.

—Idiota. ¿Qué hacemos ahora?

—¿Ir a esa reunión con la bruja de las Crónicas de Narnia? ¿Estás de broma?

—¿No querías aventura? Tal vez nos transporte a un mundo mágico.

—Muy gracioso —respondí con sarcasmo.

—Venga, al menos agarremos nuestros abrigos antes de subir —dijo Valentina—. Y quizá algo más.

—¿Como qué?

—No lo sé, solo... sígueme —dijo, llevándome hacia su cocina.

Resoplé, abrochándome mi abrigo. Valentina hizo lo mismo, y luego se dirigió a su cocina, abriendo y cerrando cajones con determinación.

—¿Qué estás buscando? —pregunté, observando su frenética búsqueda.

Pasaron unos segundos, hasta que finalmente exclamó triunfante:

—¡Aquí está!

En su mano, sostenía un impresionante cuchillo que bien podría haberse utilizado en una cocina japonesa para preparar sushi.

Miré el cuchillo y luego a ella.

—Esto empieza a tener sentido con esa lista tuya. ¿Vamos a una aventura o a rodar una película de terror?

Ella me lanzó una mirada juguetona.

—Eso dependerá de quién o qué encontremos arriba. Vamos, no perdamos más tiempo.

Opté por llevar mi móvil, principalmente por si requeriáramos de su luz. Aunque, por un momento, la idea de usarlo para hacer una llamada de emergencia cruzó mi mente. Sin embargo, recordé que no había señal. ¡Vaya suerte! Pero bueno, al menos aún servía como linterna. Y, en una situación desesperada, podría usarlo como proyectil. A medida que avanzábamos, el silencio y la oscuridad nos envolvían. Con la ayuda de la linterna del móvil, finalmente llegamos a la azotea.

Se asemejaba a una amplia terraza, con arcos que rodeaban las barandillas, todos pintados de un blanco prístino. El diseño me recordó a un antiguo convento, aunque parecía que había sido remodelado.

El amanecer comenzaba a iluminar el horizonte, con sus tonos de naranja y púrpura mezclados en el cielo, aunque el sol aún no había asomado del todo.

—Esto es extraño, no veo a nadie —comenté, escudriñando la azotea.

Valentina frunció el ceño.

—¿Dónde se ha metido esa señora?

Miré el cuchillo y luego a Valentina, bromeando:

—¿No me dirás que ese cuchillo era para mí, verdad?

Ella rodó los ojos.

—Por favor, no seas dramático. Vamos a buscar a ver si hay alguien.

A pesar de su tono confiado, no podía evitar sentirme inquieto. Pero la seguí, esperando descubrir el misterio de la azotea.

En la azotea del edificio dónde Valentina vivía

Psyque

—Muy bien, Anatolio. Has hecho un trabajo de chapó —le dije.

—El señor... or... or... me va a matar, descuartizar... ar... ar... —Estaba temblando como un flan.

—Venga ya, Anatolio. Cupido no hará nada. Te tiene como a un perro adiestrado —me lanzó una mirada de disgusto—, y además, estoy convencida de que te tiene aprecio.

Me sonrió mostrando toda su dentadura en mal estado. Le devolví la sonrisa.

—El señor... —dijo con un tono de admiración...

—No te rayes. Hemos hecho lo que teníamos que hacer. Míralos... qué monos. Ahora solo tienes que acercarte y abrirles la caja mágica.

—¿Yo? —El miedo hizo que el edificio vibrara ligeramente.

—Claro, tú. Eres el mejor. Te acercarás, les dirás lo que te voy a contar ahora mismo y luego les abres la caja. Misión cumplida y listos.

—Sus ratas malparidas...

Ambos nos giramos a la vez. Aquella voz nos dejó pasmados.

—Cupidorro... ¿qué haces aquí?

Mierda. No me lo podía creer. Cupido nos había pillado con las manos en la masa. Sabía cómo se las gastaba.

—Esa es mi pregunta. ¿Qué hacéis aquí? Y TÚ —señaló a Anatolio, que se escondió detrás de mí como si fuera un crío asustado—. Sal, no te escondas.

Pero Anatolio, tozudo como él solo, siguió escondido, espiando con los ojos desde detrás de mí.

—Deja ya de dar la tabarra con tu ayudante. Simplemente me estaba echando una mano con una cosilla.

—¿Una cosilla? —le empezó a ticar el ojo izquierdo—. Sé muy bien de qué va el tema. ¡TRAIDOR! —gritó, y Anatolio soltó un gemido.

Me encogí de hombros y dije con sorna:

—Relájate, hombre. Estamos en una misión, así que si no es molestia, suelta el rollo y luego nos dejas en paz. Y tú —le dije a Anatolio—, sal de ahí, que ese no te va a hacer nada. Al menos no conmigo delante.

—Eso crearás tú —resopló Cupido.

Al enfrentarme a él, desvió la mirada hacia Anatolio.

—¿Pero qué pintas llevas? ¿Y esa peluca de mujer? Esto tiene que ser coña.

—La verdad es que no le queda nada mal —afirmé, completamente convencida.

—Ni de coña...

—Cálmate, tu secretario simplemente me estaba haciendo un favor.

—¿Estás tan desesperada que tienes que recurrir a él? Si ni puede mantenerse recto, no me quiero imaginar lo demás.

—Cupido, corta el rollo.

Anatolio, ofendido como una mona, cruzó los brazos y comenzó a marcar el ritmo con un pie, claramente enfadado.

—¿Qué? ¿He soltado alguna burrada? —preguntó Cupido con falsa inocencia.

—Vale, ya lo has cabreado —le dije con ironía.

—¿Yo? Es él quien se mete en jaleos. Y estaba traicionándome contigo.

—Deja de ser tan paranoico. No creo que Anatolio tuviera intenciones de traicionarte, y menos conmigo.

Cupido soltó una carcajada sarcástica.

—Tú no lo conoces como yo. Seguro que lo hizo solo para ponerme de los nervios.

—¿Por qué siempre crees que todos están en tu contra? Eres masoca, te encanta sufrir sin motivo —le espeté, incrédula.

—¡Claro que sí! —gritó, desquiciado—. ¿Ves esto? —se señaló sus cuernos—. Me está quemando por dentro. ¡Y es por tu culpa!

—Madre mía, estás majara...

Me lancé a él y lo besé sin pensar. Sabía que decía la verdad, pero su actitud me sacaba de quicio. Lo que empezó como un beso de reconciliación terminó siendo un pique. Luego, me separé.

—¿Te estás riendo de mí? —me preguntó, todavía sonrojado.

—¡Venga ya! Siempre con el papel de víctima. ¿Tienes idea de lo mal que lo pasé cuando lo dejamos? Tratas a todo el mundo como si te hubieran traicionado, pero tú fuiste quien me hizo sentir insuficiente. Al final, me refugié en tu hermano. Al menos él sí me cuidaba.

—¿Cómo te atreves a echarme eso en cara? No eres la víctima aquí y lo que hiciste no tiene justificación. Entonces, ¿qué pasa? ¿Que cuando alguien te deja de lado, o cuando reaccionan mal en una relación, vas y le pones los cuernos? ¡Tú fuiste quien me hirió!

—Si te preocupaba tanto que te haya puesto los cuernos, ya te los he quitado, así que tranquilo. Ahora estamos en paz.

—¿Qué? —se llevó una mano a la cabeza y luego ambas, buscando esos cuernecillos que solía tener y que ahora habían desaparecido.

Se quedó inmóvil un momento.

—¿Qué has hecho? —me preguntó, con serenidad.

—Te he besado. Y con eso, he borrado el pasado.

—El pasado no puede ser borrado por ti ni por nadie.

—Ahora, Cupido —mostró una expresión de sorpresa cuando pronuncié su nombre—, te lo digo yo: eres tú el que nos separa. ¡Eres tú el que no quiere curarse!

Guardamos silencio por un rato, yo de pie y él mirando al cielo. De pronto, oímos: «Mierda, joder, coño». Miramos hacia abajo y vimos a Anatolio, observándonos. Ambos rompimos a reír.

—Eh, eh, eh... vosotros dos... no deberíais estar... Eh...eh...eh... los tortolitos... tortolitos... solos...

—Esto es lo que haremos —dije, mirándolo directamente—. Te voy a explicar paso a paso. No hay tiempo que perder.

—¿Qué estáis tramando?

Suspiré y compartí mis planes.

—Estáis locos. Es peligroso.

Sin duda, era insultante la conciencia que parecía tener de todo. ¡Vaya aguafiestas!

—Es perfecto. El tuyo no está funcionando. ¿Dónde está Hedoné? No veo tus flechas por ninguna parte. Así no lograremos nada. Mi plan es nuestra mejor opción.

—No. Hedoné... bueno...

—Cupidito, ¿dónde está mi hija? —La ira empezó a hervir en mí.

—Ella... está...

—Demonio... demonio... malo... malo... malo —intervino Anatolio.

—¿De qué demonios habla, Cupido? —pregunté, con seriedad—. ¿A qué se refiere con "demonio"?

Cupido parpadeó, sin moverse. Rodé los ojos.

—Di algo —le insté.

—Algo... algo... Algos... —repitió Anatolio.

—¡Basta ya! —le reprendió Cupido. Luego suspiró—. Hedoné está con Algos. Se han reconciliado.

No había forma de negarlo: esto era un desastre.

—Eso no puede suceder. Debes hacer algo para evitarlo.

—¿Yo? No. Hedoné está feliz, no puedo interferir. Es mi hija y quiero su felicidad.

—Esa criatura le hizo daño, no merece a nadie. Y mucho menos a mi hija.

—Desde ese punto de vista, diría que tú tampoco te mereces a nadie.

¿No hay acaso esos destellos involuntarios que la memoria ansía recobrar? Ojalá los haya. En este instante, sólo deseaba olvidar lo que acababa de soltar. Me dispuse a marcharme, pero Cupido me agarró del brazo.

—Espera —lo miré y de repente, mis ojos se inundaron de lágrimas, algo que no sucedía desde las "torturas" de mi suegra. Él tragó saliva—. Lamento lo dicho. En realidad, sí, lo deseaba. Durante años, lo único que ansié fue hacerte daño, vengarme, detestarte. Y tienes razón, debería analizar dentro de mí el origen de esa inestabilidad y resentimiento. Aunque creo conocer la respuesta. Entiendo que veas con escepticismo la relación entre Algos y Hedoné, pero creo que merecen otra oportunidad.

—¿De verdad piensas que sabes algo del amor, Cupido? Has intentado difundirlo por el Universo, pero pareces ciego a lo que ocurre ante tus ojos. La venda que portas no es mera decoración. Representa tu incapacidad para verlo.

—¿Ver qué?

—El amor.

—Con todo respeto, no estás en posición de darme lecciones. ¿Cómo puedes afirmar que no veo el amor?

—Por esto.

Lo besé nuevamente. Y esta vez, puse en ese beso todo el amor que aún albergaba por él, y el que había guardado durante todos estos años. Se separó y me observó.

—Yo también te dije que conocía el motivo de mi enfado.

—¿Y cuál es?

—Esto.

Me besó a su vez. Y fue en ese momento que ambos comprendimos que lo que habíamos reprimido todo este tiempo era el amor que aún sentíamos. Milenios separados, resentidos, solos, todo en vano. Hubiera sido más sabio hablarlo y admitir nuestros errores y sentimientos. Pero ¿quién dijo que los dioses son infalibles? Estamos propensos a errar, y estábamos a punto de cometer un grave desliz.

—Pero ¿qué diantres os sucede? —masculló Anatolio.

—¡Ahora no, Anatolio! Ve y abre esa caja para esos dos tortolitos. ¡Rápido! —ordenó Cupido, volviendo a besarme.

Tras un rato, mientras seguíamos enredados en besos, Cupido intervino:

—Por cierto, ¿qué contiene esa caja que mi madre te entregó?

Lo miré, indecisa. Opté por la sinceridad.

—No tengo ni idea. Pensé que albergaba un fragmento de lo que tu madre me arrebató: el amor.

Cupido palideció. Se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—No puede ser. Mi madre extrajo el amor de esa caja. Lo vi claramente. Y me lo entregó. Por eso aún siento algo por ti.

Sonreí.

—Y yo por ti —él sonrió a su vez—. Pero, si lo que hay dentro no es mi amor, ¿qué demonios contiene?

Cupido parecía sumido en sus pensamientos.

—¡Vamos, dime ya! —la ansiedad comenzaba a apoderarse de mí.

Finalmente, recordó y exclamó:

—La muerte. Joder. Estamos en problemas, ¡CORRE!

Al llegar al lugar donde se encontraban los tortolitos, vimos a Hedoné y Algos.

—Mamá —mi hija me abrazó.

Nos quedamos contemplando la escena, estupefactos. Ahí estaba, imponente, única e indomable: La Parca.

—Hija, llama a tu abuelo. Necesitaremos un milagro.

—No, mamá. Es el momento de emplear esto.

Hedoné observó el vial que Algos le había entregado, el antídoto contra el dolor, y supo que debía usarlo con Anatolio. Nunca había estado tan segura.

Ahora, nuestra verdadera misión era otra: unir todas nuestras fuerzas para aprender a amarnos a nosotros mismos.

De vuelta a la azotea del edificio donde vivía Valentina

Valentina

—Estupendo. No tengo ni idea de dónde se ha metido la gente —dije.

—Oye, ¿no es ella la que viene caminando hacia nosotros? —apuntó hacia el final de la terraza.

—Creo que sí —lo cogí de la mano y caminamos juntos en dirección a la señora.

Un trueno nos sorprendió, seguido de un relámpago que iluminó el cielo sobre nosotros.

—Leo, deberíamos salir de la azotea —le advertí.

—Sólo hablemos con ella y nos vamos.

La señora nos miró con una intensidad que sentí hasta los huesos.

—Hola, ¿dónde están los demás? Disculpe, no sé su nombre —le pregunté.

—Bueno... en realidad me llamo Anatolio...

Leo me lanzó una mirada sorprendida.

—Hoy en día, cada uno se define como quiere. Me alegra por usted, Anatolio —respondí, intentando no mostrar mi sorpresa.

—Necesito vuestra ayuda... —dijo Anatolio con voz temblorosa—. En esta caja —mostró un baúl de madera bajo su capa— están unas llaves que nos permitirán acceder a ciertas puertas del edificio.

—Claro, ¿puedo verla? —Extendí la mano hacia la caja. Era una pieza antigua y tallada con esmero.

—Lo siento, parece que necesita una llave —observé, notando la pequeña ranura en la cerradura.

Anatolio sonrió levemente.

—No. Unas palabras mágicas... y se abre.

Antes de que pudiéramos reaccionar, otro trueno sacudió el aire, oscureciendo el día en una súbita noche.

—Abracadabra, pata de cabra —bromeó Leo.

Le di un codazo para que se callara. Anatolio parecía más y más inquieto.

—No abracadabra —dijo con severidad—. Las palabras son: sator, arepo, tenet, opera, rotas.

—Eh... sapor, arepas, tenet, opera, rotas —intenté repetir con cierta sorna. La situación era surrealista e hilarante, pero nada ocurrió.

Anatolio frunció el ceño y repitió las palabras. Esta vez, la caja se abrió y un humo negro emergió de ella. En segundos, el humo envolvió todo, y cuando se dispersó, encontramos a Anatolio tendido en el suelo.

Puse las manos sobre la boca, en shock. De pronto, Leo se abalanzó sobre el hombre y comenzó a intentar reanimarlo. No podía creer lo que veía.

—Sr. Anatolio, ¡despierte! ¡Despierte, por favor! —gritaba Leo, sacudiéndolo.

Joder.

Joder.

Joder.

¿Estaría muerto? *Oh, Dios mío.*

El señor Anatolio levantó la cabeza y abrió los ojos. Aliviada, suspiré. Sin embargo, nos miró como si nos estuviera viendo por primera vez y, sobresaltado, se levantó, dejando la caja abierta en el suelo. Leo intentó ayudarlo, pero Anatolio esquivó su mano. Entonces, Leo se volvió hacia mí:

—Creo que quedó trastornado por el desmayo. Será mejor dejarlo en paz. Pensé que había muerto.

Conforme terminó de hablar, otro trueno retumbó en el cielo. Me estremecí. El cielo estaba oscuro, y en un abrir y cerrar de ojos, comenzó a llover intensamente.

—Mierda —exclamó Leo, empapado en segundos.

—Debemos volver adentro —dije.

Leo asintió y, tomándome de la mano, comenzamos a cruzar la terraza hacia la puerta. Pero algo llamó nuestra atención: el señor Anatolio estaba subido a la barandilla de la terraza, apoyándose en una columna.

—No puede ser —murmuré, horrorizada.

—¡Coño! ¡Se va a lanzar! —Leo corrió hacia él y yo lo seguí de inmediato.

El escenario era digno de una película de terror: la lluvia empapándonos, la oscuridad, el peligro inminente.

—Sr. Anatolio —rogó Leo, deteniéndose a una distancia prudente—. Baje de ahí, por favor. Es peligroso.

Anatolio no respondió. Ni siquiera se movió. La expresión de Leo mostraba desesperación y temor.

—Sr. Anatolio, estamos aquí para ayudarle. Hable con nosotros —intenté persuadirlo.

Busqué en mi móvil, esperando poder llamar a alguien. Pero no había señal. Leo, al revisar el suyo, llegó a la misma conclusión.

—¿Qué hacemos? —pregunté, sintiendo un nudo en la garganta.

Leo me miró, compartiendo mi desesperación.

—No lo sé. No responde... —susurró.

—¿Y si intento pedir ayuda a algún vecino? Quizás lo conozcan.

—No me dejes solo aquí —me suplicó Leo.

Asentí, sintiendo un peso en el pecho. Ninguno de los dos sabía qué hacer. Paró y miró al hombre, intuyendo que estaba pensando en una solución. Yo no veía salida.

—Perdidos en el río, voy a hacer un pacto con el diablo, no me queda otra.

—¿Qué estás insinuando? —pregunté con temor.

Leo se acercó a la barandilla.

—Vamos, Sr. Anatolio, baja de ahí. O tendré que subir a por ti y, la verdad, preferiría no caer. Así que, por favor, déjame ayudarte desde aquí.

—¿Subir? ¿Está de broma? —Estaba desquiciado. El pánico me invadió. Cuando Leo llegó casi a su lado, el hombre lo encaró:

—¡NO! ¡NO TE ACERQUES! —gritó—. No sirvo para nada, todos me desprecian.

—No, no, no —replicó Leo.

Se detuvo y permaneció inmóvil. La lluvia golpeaba nuestros rostros con fuerza, dificultando mantener la vista. Leo retomó:

—Siendo brutalmente honesto: si decides hacerlo, hazlo, pero sin dejar desamparado a nadie, como a hijos que sufrirán enormemente.

—No tengo hijos, ni a nadie... tenía alguien... pero ahora no tengo a nadie.

Supuse que ser una persona trans y además ser abandonado por alguien a quien querías

debía ser devastador. Parecía desconsolado y muy solo. Me dolió el alma.

—Pienso que todos somos libres de decidir sobre nuestras vidas, con una premisa: no hacer daño a otros ni permitir que otros salgan lastimados, como la Primera Ley de la Robótica.

—¿De qué narices habla? —me confundí.

—Mi vida no tiene sentido, estoy perdido —el tono del señor denotaba profunda tristeza.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que tu vida no cambiará? A veces la vida te sorprende. Mírame —Leo me dirigió una mirada profunda—. Hace poco tiempo conocí a una chica. Al principio no la soportaba, pero luego la fui conociendo mejor. Me di cuenta de que vale la pena vivir, aunque solo sea por la oportunidad de encontrarte con personas como ella. Tú eres valiente, mucho más que yo. Yo he querido confesarle a todo el mundo que estoy enamorado de ella y nunca he tenido el valor. Quizá puedas ayudarme...

Anatolio no respondió. Las lágrimas inundaron mis ojos. Mi cara ardía con lágrimas calientes rodando por mis frías mejillas. Nunca pensé que alguien se declarara así, confieso que fue lo más espeluznante que he vivido en mi vida, pero no pude evitar pensar en la belleza de su discurso.

—La decisión es tuya, pero antes te pido que analices dos cosas —continuó Leo—. En primer lugar, esto te va a doler mucho, no seas tonto, ya sea por la caída o por lo que intentes. En segundo lugar, es posible que pienses que hay muchos motivos para dejar de vivir, pero te aseguro que si continúas vivo, algo bueno y muy grande aparecerá en tu camino. Porque, después de tocar fondo, llega la recompensa. Reflexiona sobre cuánto echarías de menos estar vivo. Mira, mi madre me crio sola, sin ayuda de nadie, y fue un camino duro. Imagino cuántas veces habrá pensado que optar por otra alternativa sería mejor que la que tenía. Pero ella siguió luchando, y gracias a ello, aquí estoy, como resultado de sus esfuerzos. Estoy profundamente agradecido porque ella decidió seguir con vida y brindarme una existencia. Quiero que pienses en dos cosas: primero, lo que intentas hacer te va a doler, y segundo, quizás sientas que hay muchos motivos para acabar con todo, pero si sigues adelante, algo maravilloso te espera. La vida siempre da segundas oportunidades. Y si decides hacerlo, hazlo bien, para que otros puedan beneficiarse.

—Pero nadie me quiere. Soy un pobre jorobado, sin techo, sin familia, sin hogar.

—Nadie es perfecto. Todos tenemos nuestros defectos, pero debemos luchar y encontrar lo que realmente nos hace felices. Además, si decides hacerlo... hazlo con un tiro de gran calibre directamente en la cabeza. De esa manera, los demás órganos permanecerán en buen estado y podrán ser utilizados para trasplantes.

Nos quedamos mirándolo en shock, ambos, y quedamos helados ante esa afirmación.

—Era una broma, hombre —dijo Leo, rompiendo la tensión con una carcajada. ¡Que loco! —. Mira, si decides irte, nunca podrás volver a reírte de una broma, saborear tu platillo favorito, disfrutar de una buena cerveza, degustar un buen vino, compartir un helado en la tarde con quien podría convertirse en el amor de tu vida, vivir momentos íntimos con esa persona especial, despertarte a su lado cada día, acudir al cine a ver esas películas que tanto te gustan, sentir la brisa del mar en la playa mientras escuchas música y admiras un hermoso atardecer, viajar y descubrir lugares nuevos, conocer a más personas que te valorarán tal como eres y dedicarte a lo que realmente te apasiona. La vida es maravillosa, independientemente de si eres hombre, mujer o lo que desees ser. Todos pasamos por momentos difíciles, todos enfrentamos adversidades, pero siempre hay esperanza y momentos felices por venir. Yo lo he comprendido: a veces al perder, realmente ganamos. Así que, por favor, no me hagas perder más tiempo. Baja y ayúdame. Si no bajas de ahí, impedirás que esté con la mujer que amo y que está al borde de enfermarse gravemente de una neumonía con esta lluvia. Y hay cosas que he querido compartir con ella

desde hace tiempo, como hacerle el amor. No me hagas esta putada, amigo.

Las palabras de Leo resonaron en mi mente mientras la situación se desencadenaba ante mis ojos, resultando en una serie de milagros.

Un estruendoso trueno retumbó, seguido de un relámpago tan brillante que nos cegó momentáneamente. Al recuperar la vista, tras haber cerrado los ojos por el impacto y haberme tapado los oídos, observé cómo la oscuridad se desvanecía y el sol se abría paso entre las nubes para iluminarnos. Era como si la oscuridad hubiese sido devorada por la luz en un instante. Anatolio sostenía algo en su mano, un frasco. Sin vacilar, lo llevó a su boca. Un escalofrío me recorrió. «¡Dios mío! ¿Habrá bebido veneno o algo similar?» pensé, cerrando los ojos en desesperación, no deseando presenciar una tragedia. Pero, al abrirlos nuevamente, la escena había cambiado.

Delante de mí, Leo estaba ayudando a Anatolio a bajarse, quien exclamaba desorientado:

—¿Qué hago aquí? ¡Coño! Mierda, mierda, mierda...

—Vamos, apóyate en mí —le indicó Leo con calma, ayudándolo a descender.

La lluvia cesó y un arcoíris surgió en el cielo, creando un telón de fondo casi mágico para la escena. Me sentí como si hubiera sido testigo de varios milagros en un corto período de tiempo.

Una vez que Leo ayudó a Anatolio a bajar completamente, nos dirigimos hacia el edificio. Anatolio descendió las escaleras con nosotros y, al llegar a mi puerta, le ofrecí entrar. Insistimos en que se quedara un rato, que descansara un poco, pero declinó la oferta.

Nos dijo:

—Mi misión ya está cumplida y es hora de regresar a casa. Feliz San Valentín...

Y se alejó. Leo y yo nos quedamos en silencio, perplejos. Al entrar al apartamento, aún no sabíamos qué decir o pensar sobre lo sucedido.

—Deberías cambiarte o podrías resfriarte —me sugirió Leo.

—Lo mismo te digo. Ven.

Lo llevé al baño, me despojé de la ropa mojada, que se adhería a mi cuerpo, bajo la atenta mirada de Leo. Luego, él hizo lo mismo.

—Lástima que no podamos ducharnos —comenté—. Sería una buena forma de entrar en calor.

—Tengo otra idea de cómo hacerlo —replicó él con una sonrisa traviesa.

—¿Ah sí? —pregunté, intuyendo a qué se refería.

—Mmm, sí —dijo, acercándose para abrazarme—. Escucha bien: aunque toquen la puerta insistentemente, no pienso cambiar mis planes.

—¿Y cuáles son esos planes?

—¿Por qué no me muestras tu habitación y te lo digo allí?

—¿No preferirías un armario?

—Deja de bromear... Vamos.

Me alzó por la cintura, rodeé mis piernas alrededor de él y nos besamos apasionadamente. Guie a Leo a mi habitación, y allí, nos entregamos el uno al otro durante horas.

Un año después, el día de San Valentín, en el Supramundo

Sadoma

Hola, me llamo Sadoma. A pesar de mis escasos tres meses de vida, soy testigo de todo lo que sucede en mi casa. ¡Presta atención! Te voy a contar como esta historia continuó...

—¿Por qué siempre embadurnas a la niña con esas tonterías? —reclamó mi padre, Algos.

—Realmente, eres insoportable —contestó mi madre, Hedoné.

—Es que se parece tanto a tu padre. ¿Qué absurda idea fue esa de disfrazarla de Cupido?

—Está adorable. Mira cómo le quedan el arco y las flechas miniatura.

—Oh, sí, "adorable"... y ¿qué me dices del pañal con forma de parra?

—¡Basta ya, Algos! Si nos retrasamos más, tu suegra nos asesinará.

—Aún recuerdo el último San Valentín. Ese enredo con la Parca... me pareció fatal.

—Sí, fue terrible. Pero todo se solucionó gracias a tu regalo.

Luego de ese intercambio, se besaron. Es asombroso las cosas que llego a presenciar siendo tan pequeña. Mis padres parecían imanes, siempre juntos. Donde se encontraba el Placer, ahí estaba el Dolor, y viceversa. De ahí viene mi nombre. Según ellos, nací con dos dones: ser Sádica y ser Erótica. Aunque aún no entiendo del todo qué significa, ellos siempre dicen: "Cuando crezca, será una revolución". Estoy segura de que desean lo mejor para mí.

Al llegar a casa de mis abuelos, mi abuelo Cupido no pudo evitar la sorpresa al verme con su traje en su aniversario.

—Ay, qué linda —dijo mi abuela Psyque al tomarla en brazos.

—¿"Linda"? Hubiese preferido que fuese un mono, porque... —mi abuelo inspeccionó el pañal en forma de parra— ¿están bromeando con esto?

—Papá, no te lo tomes a mal. Es una sorpresa. ¿No te alegra ver a tu nieta así?

Di mi mejor expresión de angelito.

—Mi niña, ¡me encanta! —me llenó de besos y reí ante las cosquillas de su barba.

—Tu padre se vuelve más gruñón con los años —comentó mi abuela a mamá.

—Papá, ¿piensas jubilarte algún día?

—El amor nunca se jubila.

—Ya veo... ¿Y cómo va la misión de este año?

—Este año la responsabilidad es de Anatolio. Desde su ascenso, no ha parado de trabajar.

Todos se sentaron a la mesa y las conversaciones fluyeron, en especial sobre Anatolio y su nueva relación. Mis padres, siempre tan afectuosos entre ellos, parecían dos adolescentes enamorados. En un momento me pregunté sobre mi bisabuelo Zeus, que solía venir para estas ocasiones.

—Venga, no me digas. Cuéntamelo todo.

—Claro que sí... Vamos, siéntate a comer y te lo cuento.

Mis padres me ayudaban a subir a la trona.

—¿Sabías que Anatolio tiene novia?

—Sí... está con mi prima Cárites.

—¿Tu prima Gracia o Caridad? Siempre me lío con ellas —preguntó mi abuela, metiéndose en la conversación.

—Es la misma, lo que ocurre es que cambia mucho de look.

—Bueno, la verdad es que está muy bien, es guapa —afirmó mi madre.
—Es de mi sangre, ¿cómo no iba a serlo?
—Joder, qué creído que eres —soltó mamá y balbuceé una carcajada.
—Oye, cuidado con el lenguaje, Hedoné, no digas palabrotas delante de la pequeña —le reprendió mi padre que acababa de sentarse a la mesa.
—Tú deberías tener cuidado con mi lengua. Si quieres vamos al baño y te lo demuestro.
¡Madre mía! Mis padres eran la bomba. Por cierto, ¿dónde estaría mi bisabuelo? No lo veía por la mesa. Solía venir con la tía y el tío a celebrar su cumpleaños.
—Mamá, ¿el abuelo no viene hoy?
—No, Zeus tenía cosas que hacer hoy y no pudo.
—Ya, seguro que para no traermelo regalo —intervino el tío Cupido.
—Hablando de regalos, Algos y yo tenemos algo para ti, papá.
—¿El qué? —A mi abuelo le encantaban los regalos tanto como a mí.
Estaba ansiosa por ver su expresión al abrirlo. Por supuesto, ya sabía lo que era.
—Toma —le dio mi padre un sobre.
—¿Y esto qué es? —preguntó el abuelo mientras lo abría—. Vamos a ver... —Sacó la tarjeta de dentro y comenzó a leer—. ¡Felicidades! Has ganado un crucero. No lo pienses, un crucero de placer es una experiencia inolvidable.
—¿Te gusta?
La expresión de mi abuelo cambió de repente y se puso serio.
—Hedoné, ¿es uno de esos cruceros que organizáis con fiestas locas y sadomasoquismo y esas cosas?
—Sí, papá, es de nuestra nueva empresa de eventos que he montado con Algos.
—Estoy segura de que será genial... —comentó mi tía.
—¿Y quién dice que quiera ir contigo? —contestó mi abuelo.
Las caras de todos se tensaron. ¿Qué estaba pasando? Me asusté. Estaba a punto de llorar cuando todos empezaron a reír a carcajadas. Así que me uní a la risa.
—Mira cómo sonrío. Ay, mi niña —dijo mi tía mientras me acariciaba—. ¿Y dónde iba a encontrar este viejo a alguien mejor que yo?
Mi abuelo besó a mi tía. Eran una pareja encantadora.
—No hay ninguna mujer mejor que tú. Y no quiero a ninguna otra que no seas tú.
—Ohhh, qué bonito —mi madre se emocionó y la vi llorar.
—¿Te pasa algo, cariño? —preguntó mi padre. Siempre estaba tan preocupado.
—No, es solo que... las hormonas y esas cosas.
—¿Hormonas? —cuestionó mi tía.
—En realidad... tenemos otra sorpresa para vosotros. Vais a ser abuelos de nuevo.
—Oh... —Mis abuelos se emocionaron.
Y yo... yo... empecé a llorar desconsoladamente.
—Tranquila, pequeña —me tomó en brazos mi padre—. No pasa nada, será genial tener un hermanito o hermanita. Ya verás.
Pero yo seguía llorando...
«¡NOOOOOOOO!», pensaba.
Con tantos rollos amorosos, ahora me tocaba a mí pagar el pato. ¡Vaya faena! Ya les daría guerra cuando llegase a la adolescencia.

Exactamente un año después, en el Día de San Valentín, en la casa de Valentina...

Cupida

Hola, me llamo Cupida y soy la gata de Valentina y Aquileo. Fui el regalo de San Valentín que Leo le hizo a Valentina el año pasado, y estoy la mar de contenta por haber sido adoptada siendo una cría y por venir a vivir a su casa. Son estupendos y por eso os voy a contar lo que va a suceder hoy, que es el Día de los enamorados. Tengo curiosidad por saber qué le regalará Leo este año.

Mientras tanto, me aseo, acicalándome en el sofá. Sonó el timbre de la puerta. ¡Genial! Ya ha llegado.

—Leo, pensaba que ya no venías...

—La última caja y ya está todo. Te prometo que es la última.

Traía una caja grande consigo.

—Déjala ahí. Ven aquí.

Los dos se sentaron en el sofá a charlar. Leo me acarició y yo froté mi cabeza contra su mano.

—Cupidita... ¿cómo estás? —Qué majo era. Y guapo.

—La gata bien, pero ahora soy yo la que está en celo y necesito un beso.

Se besaron durante un rato.

—Estoy súper contenta de que ya estés aquí de forma definitiva.

—Yo también, amor. Me costó dar el paso, pero creo que ha sido lo mejor.

Os contextualizo, por lo que sé. Valentina invitó a Leo a vivir con nosotros, pero él no quería porque su madre vivía donde él y no quería dejarla sola. Valentina lo ha apoyado en eso y, aunque pasaban los fines de semana juntos y se iban de escapada y a viajar, es cierto que la veía más apagada cuando él no estaba. Ahora está radiante. Y yo también, aunque me gustaba dormir en el lado de la cama que ahora será de Leo. Tendré que hacerme un hueco entre ambos.

—Y, ¿cómo está tu madre?

—¿Mi madre? Pues mejor que yo, ¡ya ves! —Valentina soltó una carcajada.

—¿Tu padrastro se ha mudado allí también?

—No lo llates mi padrastro que aún no me he acostumbrado.

—Venga, Leo, tu madre y Jorge llevan casi dos años juntos y tú aún no lo asumes. Además, ella me comentó que quizás se vuelva a casar.

—¿Te ha dicho eso? Vamos, tonterías. ¿Para qué?

—Hombre, Leo, ¿cómo qué para qué? Porque le hace ilusión y ya está. A mí también me haría ilusión. Sabes que quiero casarme. Te lo dije.

—Claro que lo sé, amor, y yo también. Contigo —la besó—. Un par de años y empezamos a organizarlo.

—Sí, veremos... primero tenemos que ahorrar para la casa y luego ya veremos lo de la boda, sin prisas —dijo Valentina.

¿Será que los animales también pueden ir a las bodas? Me encantaría.

—No te preocupes, Cupida, tú también irás. Buscaremos uno de esos sitios petfriendly que ahora hay a patadas y tú vendrás también. —Me dijo mi dueña.

Ronroneé satisfecha.

—Y tú, cariño —hablaba con Leo—, no te preocupes por Teresa, estará bien. Estoy contenta de que haya encontrado a un hombre tan bueno como Jorge. Y la adora.

—Aún me jode que no me haya dicho nada, nunca me cuenta nada. A ti, sí. Un año saliendo con él antes de que yo lo supiera. Lo escondió bien.

—Ya veo de quién has sacado eso.

—¿A qué te refieres?

—Tardaste un tiempo en decirme que me querías.

—Sí, y lo hice en el momento más oportuno del mundo, mientras un señor intentaba suicidarse. Vaya.

—Pero no pasó nada, gracias a ti, a tu generosidad y empatía. Y a todo lo que me hace quererte tanto.

Volvieron a besarse un rato. Entonces, escuché un ruido extraño desde la caja que Leo trajo y me levanté de inmediato. Olisqueando la caja, algo no olía bien, me olía a gato encerrado. Empecé a ponerme nerviosa e intenté encontrar una apertura para ver qué diablos había allí.

—Por cierto, ¿Nacho te ha comentado algo? —preguntó Leo.

—No. Como pedí el día libre para organizar la casa, no he podido ir a la reunión.

—Segundo año que arrasamos con la campaña.

—¿De verdad? ¡Qué bien!

Escuché a ambos riendo y celebrándolo. Pero yo seguía en lo mío.

—Jo... qué guay, estoy súper contento con el trabajo que hicimos. Y gracias por rescatar mi campaña del año pasado.

—Con el éxito de las camisetas, imaginé que este año los condones iban a ser un éxito.

—No te imaginas, la gente está como loca. Ha sido un boom.

—Por cierto, ¿te has hecho los análisis que te pedí?

—¿Cómo que no iba a hacerlo? Sí, todo está en orden. ¿Ahora ya podemos hacerlo sin preservativo?

—No. Ahora quiero usar todos los de la campaña.

—Venga ya... los guardamos como recuerdo, que si los gastas ya no tienes. O hacemos el baby shower de nuestro primer hijo con globos hechos de condones, ¿te parece?

—No creo que tengamos hijos.

—Algún día, quizá.

—Antes debemos encontrar una casa donde quepamos todos.

Mientras Leo besaba a Valentina en el cuello, yo presentía a dónde se dirigía esa situación. Pero algo captó mi atención. Miré hacia la ventana y percibí una silueta. Dejando a un lado mi comodidad, me acerqué y distinguí a un hombre jorobado, armado con una flecha, listo para disparar. Sin dudar, salté hacia la ventana, bufando y mostrando mis garras en un intento de ahuyentarlo. Mi acción fue efectiva, pero la flecha se incrustó en la pared, justo al lado de otra que ya había notado desde mi llegada a este hogar. ¡Qué situación más extraña!

Con este alboroto, perdí de vista mis propias preocupaciones.

—Cupida, ¿qué te sucede? ¿Viste un pájaro? —me preguntó Leo.

«Más bien un pajarraco, pero dudo que quieras saberlo». Ojalá los humanos pudieran escucharme. Es una lástima.

—Hablando de eso, tengo una sorpresa para ti —dijo Leo a Valentina. Salté al sofá,

intrigada por conocer el regalo de este año.

—¿Para mí? Qué tierno eres. Pensaba darte mi regalo después de cenar.

—¿Qué cena? Si para comerte no necesito ningún protocolo.

—¡Para, tonto! Vamos a cenar a nuestro restaurante de sushi favorito. Reservé para las nueve.

—Genial. Ahora, tu regalo. —Leo se levantó.

¡¡Sushi!! Adoro el pescado crudo. ¿Podré ir? Por favor... por favor... por favor...

Leo tomó la dichosa caja que había en el suelo y se sentó junto a Valentina.

—Aquí tienes, feliz San Valentín y feliz aniversario, amor.

—¿Recuerdas el año pasado? ¿El apagón? Por suerte, fue breve. ¡Qué anécdota!

Valentina abrió la caja, y su expresión cambió al instante.

—No puedo creerlo, Leo... —Noté su emoción, y yo misma estaba ansiosa. Introdujo las manos en la caja y, al extraer el contenido, casi me desmayo. Era un gatito, un macho. Lo pude percibir desde mi posición. Era diminuto. Quedé paralizada. ¿Un regalo? ¿Trajo un demonio a mi territorio?

—Observa, Cupida, es un gatito, como tú...

¿Como yo? Esa pulga no se me parece en nada.

—¿Te gustó? Pensé que, ya que me mudo contigo, podría traerle compañía a Cupida.

Oh, vaya detalle, Leo. ¡Vete a paseo! Mostré mi desdén, dándole la espalda.

—Es hermoso, Leo. Estoy enamorada.

«Es hermoso... Bla, bla, bla...», la imité en mis pensamientos.

—Mira, Cupida, es nuestro nuevo miembro de la familia.

Esa bola de pelo se aproximó a mí, y a pesar de su tamaño, intentó interactuar. La madre que lo traje, o mejor, el padre.

«¿Qué deseas?»

«Hola», respondió.

Genial. Sabe "hablar". Me ronroneó y, después de un rato, decidió anidar junto a mí. Este pequeño cree que soy su madre. Increíble. Supongo que debo ser paciente. Es obvio que su madre real era una gata callejera de dudosa reputación.

—Mira cómo se han adaptado. Gracias, Leo. Me ha encantado el regalo. Ahora, siento que mi obsequio será insuficiente en comparación.

—Mi regalo eres tú, amor. No necesito nada más. Y hablando de eso, todavía tenemos algo de tiempo antes de la cena...

—Ya sé a dónde quieres ir con eso, pero aún debo ducharme y vestirme.

—No hay problema. Podemos descansar un poco, luego me ducho contigo y nos preparamos juntos para la cena. ¿Te parece?

—Conozco esas "siestas" tuyas...

—¿Y?

—Y me encantan.

—Perfecto...

Mientras se dirigían hacia el dormitorio, Leo recordó una pregunta pendiente.

—Por cierto, tengo una curiosidad desde el año pasado. ¿Recuerdas esa lista de supervivencia que hiciste?

—Claro que sí.

—Esa lista en la que estabas un poco... desequilibrada.

—Muy gracioso, Leo. ¿Qué quieres saber?

—¿Por qué tenías alimento para animales si no teníamos mascotas?

—¿Has probado las croquetas de pollo de Cupida?

Así que ella era la responsable de la misteriosa desaparición de mi comida. Ahora, con otra boca que alimentar, parece que comenzará mi dieta involuntaria.

—Vaya, Valentina, eso es repugnante. Estoy pensando en volver a la casa de mi madre.

—Ni lo pienses, tu padrastro sigue ahí.

—¿Podrías dejar de llamarlo así? —Ella soltó una carcajada, y él la atrapó para hacerle cosquillas—. ¡Eres incorregible!

Se dirigieron a su habitación juntos. Mientras tanto, me preguntaba el nombre del recién llegado.

Pronto tuve mi respuesta desde el cuarto.

—Cupida, cuida de Mago.

¿Mago? Tiene sentido. No cabe duda de que en esta casa fluye una energía especial. Es la magia del amor.

Miau...

FIN

Agradecimientos

A todos mis queridos lectores, vuestra pasión por la lectura es la chispa que enciende mi creatividad. Cada página que escribo lleva un pedacito de mi corazón, pero es vuestro apoyo y cariño lo que la hace cobrar vida. Gracias por acompañarme en este viaje literario y por permitir que mis palabras se entrelacen con vuestras emociones. Sois el verdadero alma de cada historia. Con infinito agradecimiento y cariño.

Elena Martin

Puedes seguirme en Instagram, Facebook y TikTok como **@elenamartinescritora**

O enviarme un correo a:

elenamartinauthor@gmail.com

Libros de este autor

[Sigue sin mí](#)

Una segunda oportunidad en el amor

Isabel y sus cicatrices

Tras años de refugiarse en los estudios y ocultar las cicatrices de un pasado doloroso, Isabel lleva una vida apacible junto a sus tres incondicionales amigas: las gemelas Sofía y Miriam, y su fiel aliada, Alicia.

El inesperado reencuentro

Pero todo cambia cuando el destino entrelaza nuevamente su camino con el de Aaron, el chico que le rompió el corazón en su juventud y alimentó sus inseguridades. Ahora, el reencuentro trae consigo un torbellino de sentimientos enfrentados: rencor, nostalgia, desconfianza y una pasión que se niega a desaparecer.

El dilema del corazón

En esta encrucijada de emociones, ¿puede el amor verdadero superar las heridas del pasado? Isabel deberá enfrentar no solo a Aaron y sus propios demonios internos, sino también a la ardua tarea de aprender a amarse a sí misma.

Una historia de redención

Una trama donde el perdón, la autoaceptación y la redención tejen una historia intensa y cautivadora. ¡Sumérgete en una montaña rusa de emociones y descubre si el amor tiene el poder de curar las heridas más profundas!

[Vacaciones con mi jefe](#)

Imagina un Paraíso en el Caribe, Dos Personas en Guerra, y un Amor Inesperado

h2>Paola García, una brillante joven de 26 años, encuentra su vida laboral de repente en un torbellino. Atrapada trabajando para Alexander Ruiz, un jefe arrogante y mujeriego, sus días en la oficina son una lucha. Pero cuando la oportunidad de un viaje de trabajo al Caribe se presenta, la tensión se convierte en algo completamente nuevo.

"Vacaciones con mi Jefe" no es solo una novela de amor y odio; es una aventura emocionante llena de humor, erotismo y una química inesperada. En una isla paradisíaca, la tensión entre Paola y Alexander alcanza un punto de ebullición sensual. ¿Qué pasará cuando vuelvan a la vida real? Lo que sucede en el Caribe no se queda en el Caribe...

Prepárate para una comedia romántica que te mantendrá pegado a las páginas, riéndote de las

ocurrencias y torpezas lingüísticas y deseando un final feliz. Si buscas una historia que combine diversión, emoción y momentos tiernos con una dosis de erotismo, no busques más. ¡Empaca tus maletas, mete este libro y déjate llevar por una aventura que te calentará el alma y te sacará más de una sonrisa!

Regálame un beso : Enemies to Lovers

Sumérgete en una novela romántica llena de sorpresas y misterio para enamorarte
Descubre el poder de los encuentros inesperados y la simplicidad de la vida.

Conoce a Chiara, una joven periodista que encuentra más de lo que esperaba en Boston.

Vive una experiencia única con personajes intrigantes y divertidos en esta novela romántica. Una historia de amor, amistad y guiños felices en una época especial.

En "Regálame un beso", Chiara, una chica italiana, llega a Boston en busca de un nuevo comienzo en su carrera de periodista. Pero todo cambia cuando su vida se cruza con la de un desconocido en un día de invierno. A partir de ahí, la novela te lleva por un emocionante viaje de emociones.

Con personajes interesantes y sorprendentes que aportan su propia chispa a la historia, "Regálame un beso" te hará enamorarte de todos ellos, ¡bueno, algunos más que otros! Pero lo más importante, esta novela te recordará la simplicidad de la vida.

En esta novela romántica corta, descubrirás un mundo lleno de sorpresas y misterios que te mantendrán enganchado hasta el final.

A lo largo del libro, Chiara se encontrará con personas inesperadas y vivirá encuentros que cambiarán su vida para siempre. Pero también habrá momentos de alegría y desastres, guiños felices que iluminarán su camino y situaciones que te harán reír, llorar, suspirar y hasta tirar de los pelos.

Te recomiendo que no dejes pasar la oportunidad de leer esto, porque estoy segura de que te arrancará una sonrisa o incluso te sacará una carcajada. ¡No te lo pierdas!

Regálame un bichito

¡Descubre la Nueva Novela Del Universo "Regálame un Beso"!

De Italia a Boston: Una Jornada Hacia El Nuevo Comienzo

Descubre la fascinante historia de Francesca Lorenzo, la hermana menor de Chiara, la protagonista de "Regálame un beso". Francesca se embarca en un emocionante viaje transatlántico con destino a Boston, dejando atrás un pasado complicado en Italia y una relación tóxica que amenazaba con derrumbar su vida. Mientras su hermana Chiara se prepara para dar la bienvenida a su primer hijo, Francesca encuentra en este nuevo comienzo una oportunidad de darle un giro a su vida.

Un Sueño, Una Clínica y Un Año Crucial en Boston

Además de ser una tía devota a los animales, Francesca tiene el firme objetivo de finalizar su último año de estudios en ciencias veterinarias. ¿El sueño final? Montar su propia clínica veterinaria. Con la ayuda de Chiara y Daniel, logra establecer su pequeña clínica, un logro de esfuerzo y dedicación, a la vez que sortea los desafíos de vivir en una nueva ciudad y de navegar la vida universitaria lejos de casa.

Un Encuentro Inesperado y Una Chispa Inevitable

Sin embargo, todo se complica cuando Toby, un hombre que parece odiar a los animales, entra en su clínica buscando una mascota para su prometida. A partir de ahí, su vida toma un giro inesperado, lanzándola a una serie de encuentros llenos de tensión, risas, y posiblemente, amor. Pero, ¿puede Francesca mantener su determinación de alejarse de las relaciones y los hombres, o será que la presencia de Toby comienza a derrumbar sus resoluciones?

"Regálame un bichito": Más Que Una Historia De Amor

Si quedaste encantado con "Regálame un beso", no puedes perderte esta apasionante historia. "Regálame un bichito" no solo es la historia de Francesca y su viaje para encontrar el amor y cumplir sus sueños, sino que también te revelará más sobre la vida de nuestros amados personajes de la primera entrega. ¿Encontrará Francesca su final feliz? ¿Qué les depara el destino a nuestros amigos? Prepárate para emociones, risas y celebraciones. Después de todo, ¡esto es América, y siempre hay algo que festejar!

Por cierto... aunque no hayas leído "Regálame un Beso" (¡no se a qué esperas!), puedes leer esta novela perfectamente. Son totalmente independientes y autoconclusivas. Pero molaría que leyeras la otra. :) Ahí lo dejo.